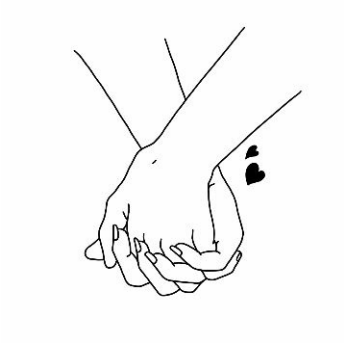
ELLA VALENTINE



# El deseo oculto de MR RIGHT

# El secreto oculto de Mr Right



Ella Valentine

1ª edición agosto 2023

Copyright © Ella Valentine

Sobre la cubierta: Foto de Shutterstock

Sobre las imágenes interiores: pngtree

Todos los derechos reservados.

Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización escrita de la titulare de copyright, bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, incluidos la reprografía y el tratamiento informático, así como la distribución de ejemplares mediante alquiler o préstamo público.

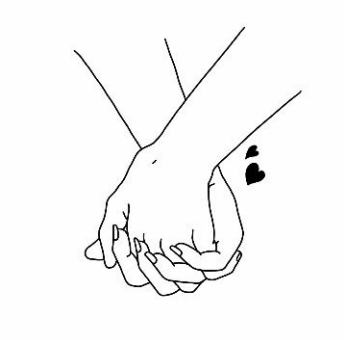
# Índice

1
2
3
4
5
6
7
8
9
10
11
12
13
14
15
16
17
18
19
20
21
22
23
24
25
26
27
28
29
30
31
32

33
34
35
36
37
38
Epílogo
¡Esto no acaba aquí!
Novelas anteriores

1

# Fabiola



—¿Te he dicho ya lo mucho que me gusta cómo te queda el vestido? —preguntó Arielle, mi dama de honor, mirándome con ojos emocionados.

—Solo un millón de veces. —Giré sobre mí misma y me miré en el espejo de cuerpo entero de la habitación donde esperaba para la ceremonia. Era el día de mi boda y el vestido de corte princesa con encaje en el escote y falda de tul caía sobre mi cuerpo como un sueño hecho realidad. Lo había confeccionado la propia Arielle inspirándose en un dibujo que yo hice de niña, y combinaba a la perfección con los zapatos que había diseñado yo misma para la ocasión. Era perfecto.

Sonreí a mi reflejo y me imaginé caminando por el césped del viñedo donde se celebraría la ceremonia cogida del brazo de mi padre. Daniel me miraría desde su sitio con una sonrisa fascinada, los invitados se levantarían de las banquetas para comentar lo guapa que estaba y luego…

Tragué saliva notando como la inquietud golpeaba con fuerza la base de mi estómago.

Algo no iba bien.

Desde hacía días, esa sensación había estado persiguiéndome como una sombra y yo había sido incapaz de comprender su origen.

Arielle debió notar mi preocupación y preguntó:

—¿Te encuentras bien?

—Creo que sí.

—¿Crees?

—Estoy nerviosa.

—Es normal estar nerviosa. Después de todo, llevas años soñando con este momento.

Asentí, dándole la razón. Desde pequeña siempre supe que un día me casaría vestida con un hermoso vestido blanco, en un lugar precioso como aquel. Tenía tan claro cómo quería que fuera mi boda que la *wedding planner* que contraté para la ocasión me dijo que podía haberla organizado yo sola. Cada uno de los detalles que había escogido para la ocasión se correspondían con lo que yo siempre había soñado… sin embargo, la sensación de que algo no iba bien no desaparecía. Sentía una especie de desasosiego interno difícil de acallar.

¿Habría olvidado algo?

—¿Has comprobado que hayan colocado las flores en las banquetas y el altar?

—Sí. Todo ok. Julieta ha hecho un gran trabajo con eso. —Julieta, mi cuñada, tenía una de las mejores floristerías de Manhattan, y era la encargada de esa parte.

—¿Y el pianista? ¿Ha llegado ya? Hace un rato cuando me he asomado aún no estaba en su sitio.

—Acaba de llegar.

—¿Y el fotógrafo? ¿Le has dado la lista detallada de las fotos que quiero que tome?

—Claro, tal como me pediste.

Seguí haciendo preguntas sobre la organización de la boda, dejándome llevar por ese malestar que me encogía el estómago. Arielle cortó mi diatriba colocando sus manos sobre mis hombros y diciendo, con tono paciente:

—Fabiola, cariño, hoy es tu día, tienes que dejar de lado tu obsesión por el control durante

unas horas. Has planificado cada segundo de esta boda, y Rachel, la Wedding planner, y yo, como tu dama de honor, estamos al frente de la situación. Confía en nosotras e intenta disfrutar.

Asentí de nuevo y respiré hondo, intentando relajarme.

—Lo siento mucho, Arielle. Sé que has hecho un esfuerzo enorme al encargarte de mi vestido de novia y al venir desde París a pesar de tener mucho trabajo. En lugar de hacerte las cosas fáciles, te obligo a aguantar mis dramas —dije con un mohín. Como diseñadora de vestidos de novia, Arielle solía estar a tope durante la temporada de primavera-verano.

—Creo que aguantar tus dramas es algo que viene dentro del pack de mejor amiga y dama de honor.

—Prometo aguantar yo tus dramas el día que te cases.

—Eso si me caso —dijo con un suspiro. Arielle no había tenido mucha suerte en el amor. Ella estaba segura de que era por su cuerpo curvy, alejado de los cánones de belleza, pero yo estaba segura de que se equivocaba. Sus curvas y redondeces resultaban sexys y llamativas, al igual que su cabellera pelirroja, su rostro de facciones dulces y sus ojos verdes y luminosos. Sus problemas amorosos tenían que ver, más bien, con su mal criterio a la hora de elegir hombres.

Arielle miró su teléfono y dijo que iría a buscar a mis padres y al fotógrafo para hacer unas fotos antes de la ceremonia. Se lo agradecí con una sonrisa y me quedé sola en el cuarto.

El sol se filtraba por las cortinas de encaje de la habitación bañando todo con una luz cálida y acogedora.

Aproveché ese momento de soledad para imaginarme cómo sería mi vida con Daniel. En unas horas, dejaría de ser Fabiola Romeo para convertirme en Fabiola Wilson. Arrugué la nariz al pensarlo. Quería conservar mi apellido de soltera, pero Daniel insistió tanto en lo importante que era para él que me lo cambiara que cedí. Al fin y al cabo, un apellido era solo un apellido, ¿verdad?

Seguí imaginándome mi vida futura. Tendría una casa bonita a las afueras, tal como siempre

planifiqué, un par de hijos y un perro. Daniel seguiría trabajando en su puesto de Wall Street, ganando mucho dinero, y yo seguiría haciéndolo en la empresa que gestionaba mi hermano como CEO, Vittorio Veneto, una marca de zapatos de alta gama. Era la encargada de supervisar el diseño de los zapatos de las distintas colecciones, además de diseñar mis propios zapatos. Daniel y yo habíamos convenido que podría seguir trabajando hasta quedarme embarazada. Luego me tomaría unos años de excedencia para cuidar a los niños hasta que se hicieran mayores y pudieran valerse por sí mismos.

Volví a arrugar la nariz. En realidad, eso no era lo que yo quería, pero Daniel se había mostrado muy reacio ante la idea de que siguiera trabajando esos primeros años, alegando que los niños pequeños necesitaban a su madre.

Tragué saliva y una nuez me oprimió la garganta. Respiré hondo, consciente de que empezaba a faltarme el aire. Enseguida supe que estaba teniendo un pequeño ataque de pánico, no era el primero que tenía en mi vida, y supe lo que debía hacer. Cogí aire y lo dejé ir despacio. Una vez. Dos. Tres. Algo más tranquila, abrí una de las ventanas de la estancia y asomé la cabeza por ella. La ventana daba al jardín trasero de aquel viñedo.

El aire del exterior me golpeó el rostro y seguí respirando lentamente, intentando relajarme, con los ojos cerrados. Los abrí segundos después, un poco más tranquila. Fue entonces cuando reparé en que Daniel estaba a pocos metros de allí, hablando con su amigo Justin, quien, además, era nuestro padrino. Lo primero que pensé al verlos fue que estaban muy guapos. Daniel llevaba un smoking azul añil, a juego con sus ojos. El de Justin era gris oscuro. Su conversación me llegó nítida acompañada por el piar de unos pájaros que revolotean bajo un gran árbol.

—Pero esto es para siempre, Daniel.

—Ya lo sé, pero es demasiado tarde para echarme atrás. —Un momento… ¿echarse atrás?

—Y ¿qué pasa con nosotros?

Parpadeé, sintiendo la confusión en cada poro de mi piel. ¿Qué había querido decir Justin

con ese «nosotros»?

—Podemos seguir como hasta ahora.

—No quiero ser tu amante, Daniel.

Algo golpeó con fuerza mi estómago dejándome sin aire.

—Para mí tampoco es fácil.

—Pues no te cases con ella. Rompe el compromiso, aún estás a tiempo.

—Sabes que no puedo hacer eso. Lo hemos hablado muchas veces. Mis padres son muy tradicionales, nunca aceptarían que estuviera con un hombre.

Seguí la conversación perpleja. Las palabras llegaban a mis oídos, pero era incapaz de procesarlas.

—Pero ellos me adoran…

—Te adoran como el mejor amigo que hice en la universidad. Si supieran la verdad…

—¿Y qué hay de Fabiola? —Oír a Justin mencionar mi nombre me despertó del letargo—. No es justo tampoco para ella. Debería saber la verdad, que te casas para usarla como tapadera.

—Justin, no insistas.

—Pero yo te quiero, Daniel.

Todas mis terminaciones nerviosas se convirtieron en hielo. La escarcha recubrió mi corazón, mis pulmones y congeló mis venas. ¿Qué demonios estaba pasando allí? Quizás lo estuviera malinterpretando todo. Quizás Daniel y Justin me vieron asomar por la ventana y me estaban gastando una broma pesada. Sin embargo, cualquier esperanza de que fuera así se desvaneció en un instante cuando Daniel tomó el rostro de Justin entre sus manos, se acercó a él y lo besó de forma apasionada. Aquella visión golpeó mi cuerpo congelado, haciéndolo añicos.

¿Daniel y Justin… juntos?

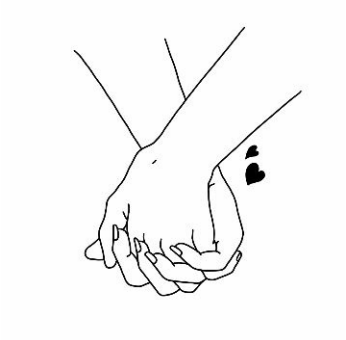
¿Mi Daniel?

¿El día de mi boda?

Y ahora… ¿qué?

2

# Kane



Miré el viñedo que se extendía frente a mí con ojos anhelantes. Los racimos de uvas maduras colgaban de las vides, prometiendo vinos exquisitos y momentos de deleite. Me parecía irónico que Fabiola hubiera decidido casarse justamente allí, en un paraje que parecía sacado de uno de mis sueños. Si no fuera imposible que ella conociera mi secreto, hubiera creído que lo hacía solo para torturarme.

Con el coche detenido frente al portón del viñedo, empecé a plantearme en serio la posibilidad de escaquearme de esa boda. Podría inventarme una excusa para disculpar mi ausencia. Como, por ejemplo, que el coche me había dejado tirado en medio de la autopista de camino hacia Hudson Valley, donde se encontraba ese viñedo. O que había contraído una enfermedad contagiosa y que me debía quedarme en casa como prevención. O que había sido abducido por los extraterrestres y aún me estaba intentando recuperar de los experimentos a los que había sido sometido por esos seres verdes y deformes.

Sacudí la cabeza espantando esa posibilidad. Era obvio que nada de eso funcionaría. ¿Por qué tuve que aceptar asistir en un primer momento? Entonces recordé el rostro sonriente de Fabiola cuando entró en mi despacho y me ofreció el sobre de color crema con la invitación dentro. Me hizo prometerle que anotaría la fecha en mi agenda yo le dije que sí porque… bueno, estaba demasiado devastado intentando gestionar mis propias emociones como para buscar una

excusa creíble para negarme.

Tras soltar un suspiro, me propuse volver a poner en marcha el coche, pero antes de que pudiera hacer ningún movimiento, algo golpeó con fuerza el parabrisas. Pasó todo muy rápido. Yo estaba concentrado en mis pensamientos cuando una bola blanca se abalanzó sobre el coche. Me costó unos segundos comprender lo que estaba ocurriendo, que aquella bola blanca era una persona y que esa persona era Fabiola. Fabiola Romeo. La novia de la boda a la que estaba asistiendo, y sus enormes ojos castaños me miraban llorosos desde el otro lado del vidrio al que acababa de encaramarse.

Estuve a punto de sufrir un infarto. Aquel giro de los acontecimientos fue del todo inesperado.

La bola blanca empezó a moverse, abrió la puerta del copiloto y se sentó a mi lado.

—¡¡Arranca!! —gritó.

—Emmmm… —¿Cómo se suponía que debía enfrentarme a eso?

—Arranca, por favor, arranca. Llévame lejos de aquí, donde sea, pero lejos.

No me costó mucho comprender lo que estaba pasando: Fabiola intentaba fugarse de su propia boda. Lo más sensato hubiera sido llamar a Adriano, su hermano mayor y uno de mis mejores amigos, para que se hiciera cargo de la situación, o intentar hablar con ella para que recapacitara. Pero vi la desesperación brillar en el fondo de sus ojos castaños y simplemente obedecí. Puse en marcha el coche, giré en sentido contrario y regresé a la carretera principal.

Conduje en silencio durante un rato, acompañado por el llanto desconsolado de Fabiola. Los oídos me pitaban y el pulso me martilleaba en las sienes. No tenía ni idea de lo que debía hacer. Llevaba en mi coche a una mujer vestida de novia que acababa de escaparse de su propia boda y esa mujer era la hermana pequeña de uno de mis mejores amigos. Estaba convencido de que Adriano no me felicitaría precisamente por haber hecho eso sin su conocimiento.

—Fabiola, ¿estás bien? ¿Quieres hablar sobre lo que ha pasado? —pregunté intentando que

me oyera por encima del llanto.

Pero Fabiola no respondió.

Seguí conduciendo, aturdido y confuso por aquella situación tan surrealista. Entonces, el móvil empezó a sonar en el salpicadero, sujeto en su soporte. Era Holden, mi mejor amigo desde hacía décadas y mi jefe. Suponía que estaría preguntándose porque no había llegado aún. Al percibir mi intención de responder la llamada, Fabiola se apresuró a detener el movimiento de mi mano colocando la suya encima.

—Por favor, no lo hagas, no respondas —imploró.

—Es Holden. Debe estar preocupado por mí. Hace rato que debía haber llegado a la finca.

Nos sostuvimos la mirada durante unos segundos y finalmente ella asintió con un movimiento de cabeza.

—Vale. Pero no le digas que estoy contigo.

Prometí no hacerlo y detuve el coche unos kilómetros más adelante, en un área de descanso. Estaba demasiado nervioso para hablar con él mientras conducía.

—Eh, tío, ¿dónde estás? —me preguntó Holden cuando descolgó el teléfono.

—El coche me ha dejado tirado a medio camino, estoy esperando que venga la asistencia técnica. —Ironías de la vida, al final si había tenido que usar una de las excusas.

—Joder, tío. ¿Estás bien? ¿Necesitas que vaya a buscarte?

—No te preocupes, no creo que tarden en rescatarme.

—Vale, mejor, porque no sabes la que se ha liado aquí…

Sentí un nudo en la garganta consciente de que por primera vez en mi vida iba a mentirle a Holden. Y no me sentía bien con eso. No era una persona a la que le gustaran las mentiras. Intentaba ir de frente siempre con la verdad por delante. Los ojos enrojecidos de Fabiola estaban puestos sobre mí, recordándome que le había hecho una promesa y que debía cumplirla.

—¿Qué ha pasado?

—Fabiola ha desaparecido. Arielle salió un momento del cuarto donde estaba esperando y cuando regresó ya no estaba. ¿Te lo puedes creer? Adriano está que trina y sus padres muertos de preocupación. Ahora estamos todos buscándola por los alrededores.

Me llevé una mano a la frente, dándome cuenta de la gravedad de la situación. Y yo era cómplice. Fabiola se había fugado sin avisar y yo la había ayudado. La miré de reojo. Tenía los ojos enrojecidos y el maquillaje corrido. En ese momento hacía pucheros, aguantándose el llanto.

Siempre he hecho lo correcto, eso forma parte de mi naturaleza. Holden suele decir que no se le ocurre un apellido mejor para mí que Right, pero… aquel día dudé. Porque cuando los intereses personales se mezclan con el deber, la perspectiva de las cosas cambia.

—Vaya, pues menudo follón.

—Y tan follón. Daniel parecía histérico frente al altar. —Escuchó un sonido de voces de fondo y luego Holden añadió—: Tengo que colgar. Voy a seguir con la búsqueda.

La llamada se cortó y golpeé mi frente contra el volante, asqueado de mí mismo.

—Gracias —balbuceó Fabiola que parecía a punto de volver a llorar.

Ofuscado, salí un momento del coche, entré en la tienda de la gasolinería a por botellines de agua, volví y le ofrecí uno a Fabiola. Ella dio un par de tragos.

—Fabiola… —La miré por largos segundos, preguntándome cuál sería la mejor forma de encarar aquello—. ¿Qué ha pasado? Necesito que me lo cuentes. Todos te están buscando. Están preocupados por ti. Si me explicas qué es lo que pasa quizás pueda ayudarte.

—¡No! ¡No puedes ayudarme! —aseguró Fabiola entre nuevos sollozos—. Nadie puede.

—Fabiola… —pronuncié su nombre con suavidad, intentando calmarla.

Ella se sonó los mocos ruidosamente.

—Kane, Daniel… él… Lo vi engañándome.

Mis ojos se abrieron de par en par.

—¿Daniel te ha engañado? Explícate.

—Yo… he pillado a Daniel siéndome infiel.

—¿Daniel te ha engañado con otra el día de tu boda?

—Con otra no, con otro —respondió Fabiola con voz temblorosa. Y, sin más, pasó a relatarme la escena que había presenciado desde la ventana del cuarto.

Me quedé impactado por la revelación. No conocía mucho a Daniel, pero en las ocasiones que lo había visto con Fabiola él parecía desvivirse por ella.

—No sé qué decir —admití tras unos segundos de pensamientos caóticos—. No puedo imaginar el shock que debes haber sufrido, pero ¿no crees que en lugar de escapar deberías hablar con Daniel y explicar lo que ha pasado a tu familia?

Fabiola negó con la cabeza con los ojos llenos de tristeza.

—Necesito procesarlo, Kane. Y no me siento capaz ahora mismo de enfrentarme a Daniel, a mi familia y… a la cancelación de mi maldita boda soñada. —Tras decir esto último volvió a romper en llanto—. Tenía que haber supuesto que algo no iba bien. Siempre me ha tratado más como una hermana que como una novia. ¡Si apenas practicábamos el sexo! Y si lo hacíamos, tenía que ser en total oscuridad y sin preliminares. ¿Y los besos? Hace años que no me mete la lengua en la boca cuando nos besamos. Según él, los besos con lengua no le gustan, ¡pero bien que le ha metido hoy la lengua a su mejor amigo! —Soltó todo eso en medio del llanto y mis mejillas se sonrojaron ante una información que NO necesitaba tener—. Yo pensaba que la culpa era de su familia, por haberlo criado con valores tradicionales y religiosos. Pero no, resulta que el motivo era mucho más simple. ¡Le gustan los penes! ¡No le gustan las vaginas!

Intenté asimilar la información que Fabiola compartía mientras mi rostro se ponía cada vez más rojo por la incomodidad.

—Bueno, emm... Entiendo tu conmoción. Pero necesito saber qué quieres hacer ahora. Todo el mundo te está buscando. ¿No crees que deberías enviarles un mensaje para que, al menos, dejen de preocuparse por ti?

—No tengo el móvil encima, ni la cartera… He salido con lo puesto. —Señaló el vestido con un mohín.

—¿Y si los llamas desde el mío?

—Entonces sabrían que estoy contigo y ya no podrías ocultarme.

Entorné los ojos sin comprender.

—¿Ocultarte?

—Necesito quedarme en un lugar seguro durante unos días, Kane. Sé que es muy egoísta por mi parte pedirte esto, pero ¿puedo quedarme contigo?

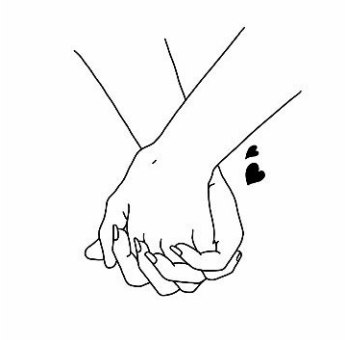
¿Conmigo? ¿En mi casa?

Prometo que quise decirle que no. Que era mala idea. Que huir de los problemas nunca es la solución, pero… Fabiola no es el tipo de mujer a la que uno pueda negarle nada. Si Fabiola quiere la luna se la bajas, y si Fabiola quiere esconderse en tu puñetera casa convirtiéndote en cómplice de su huida, lo que muy probablemente acabe con Adriano arrancándote la piel a tiras, pues la escondes, porque decirle que no, no es una opción.

Y así, sin esperarlo, mi segura y tranquila vida dio un giro de 180º.

3

# Fabiola



Llegamos al apartamento de Kane y entré agarrándome el vestido y deseando quitármelo. De repente. Cada gramo de cola sedosa y cara de tela me pesaba un tonel. Sentía la cara tirante, porque el maquillaje se me había secado después de tantas lágrimas y estaba segura de que mirarme bastaba para saber lo desastrosa que era mi situación. A mi lado, Kane permaneció en silencio mientras yo observaba el espacio abierto de su salón cocina y me percataba de la poca personalidad que tenía.

—Tiene poca personalidad —dije tal y como lo pensaba. Cuando vi que elevaba una ceja me apresuré para justificarme—. Lo que quiero decir es que es… no sé. Pensé que sería un lugar acogedor. Te pega eso, ¿sabes?

—Es un apartamento muy práctico —dijo un poco a la defensiva. No podía culparlo después de mi metedura de pata.

Además, tenía razón en eso. La distribución era moderna y funcional. La cocina se integraba perfectamente con la sala de estar y estaba equipada con electrodomésticos de alta gama, no había más que verlos, junto a las encimeras de granito o la isleta para saber que los materiales de construcción habían sido buenos.

En el salón había un enorme sofá de esquinera con vistas a las grandes cristaleras que ofrecían una vista inmejorable de la ciudad. Una mesa de cristal y un solo mueble modular con

un televisor gigante. Era bonito, supongo que el sueño de cualquier hombre, pero no era acogedor.

—¿Quieres ver el resto?

—Sí, vale —murmuré.

Kane me enseñó la única habitación que había, con una cama que no era demasiado grande, pero tenía pinta de ser cómoda. Los tonos grisáceos y blancos de la estancia eran más reconfortantes que las líneas modernas y sobrias del salón. Y había una foto de Kane, Adriano y Holden en la mesita de noche, dando un tono de calidez a la estancia. Justo lo que le faltaba al resto de la casa.

El baño era pequeño, pero elegante, equipado con una ducha de masajes y un lavabo de lo que parecía mármol.

Era un buen apartamento en una buena zona de Nueva York, pero me sorprendió que fuera más bien pequeño y que apenas estuviera decorado. No era por una cuestión monetaria: Kane ganaba bastante bien trabajando para Holden, me constaba, así que supuse que, simplemente, le gustaba vivir así, en un lugar algo impersonal, cómodo y práctico. Y, como ya había metido suficiente la pata, decidí que no era nadie para juzgar su estilo de vida y mucho menos cuando acababa de acogerme en su hogar para que yo pudiera esconderme.

—Muchísimas gracias por dejar que me quede contigo —dije volviendo al salón con él y sentándome en el sofá, o más bien dejándome engullir por los cojines y mi propio vestido.

—Tranquila. Ahora mismo lo importante es que te duches y consigas calmarte un poco más.

—Agradecería muchísimo una ducha, pero no tengo ropa.

—Bueno, puedo dejarte algo. Creo que tengo algún pantalón con cuerdas y puedes elegir la camiseta que más te guste del armario. Total, todas van a quedarte enormes —contestó con una sonrisa.

Sonreí, porque era muy amable de su parte dejar que me vistiera con su ropa. En realidad,

era muy amable todo por su parte. Mientras Kane fue a buscarme las prendas yo me metí en el baño y luché contra las mangas de mi vestido, pero tardé poco en darme de bruces con la realidad.

—No voy a poder —dije lo bastante alto para que Kane me oyera.

—Podrás, no te preocupes. Los primeros días todo será peor, pero al final, cuando logres hablar con tu familia y desarmar todo este lío, saldrás adelante.

No sé si me sorprendió más el hecho de que Kane estuviera tras la puerta, porque se oía muy cerca, o que estuviera tan listo para intentar animarme. Supongo que las dos cosas.

Abrí, lo miré a los ojos y, por un instante, me recreé en su mirada compasiva. Kane era un hombre atractivo, de eso no cabía duda, tenía unos ojos cálidos de color castaño que siempre llevaba escondidos detrás de unas gafas de pasta negra. Sus rasgos eran dulces pero masculinos, con una nariz elegante y una boca bien definida. Tenía el cabello castaño oscuro, corto, y siempre lo llevaba cuidadosamente peinado. Además, era alto, tanto que para mirarle a los ojos tenía que levantar mucho la barbilla. Y delgado, lo que hacía que se viera incluso más alto. Sin embargo, su delgadez no resultaba desgarbada, sino firme y atlética, y más cuando se enfundaba uno de esos trajes a medida que le quedaban tan bien. Su energía era diferente a la de mi hermano Adriano, o a la de su amigo Holden. Era gentil y considerado, atento, el tipo de persona que se desvive por ayudar a los demás.

Era guapo, sí, sin duda, pero ni siquiera pude pensar mucho en ello, porque en aquel instante solo había una cosa que me preocupara.

—No puedo quitarme yo sola el vestido.

El rubor cubrió tan rápido sus mejillas que, en otro momento, me hubiese dado la risa. En aquel momento, no. Entendía que para él era un poco violento, porque no todos los días desabrochas el vestido a una novia fugitiva, pero no había nadie más a quien recurrir, así que al final Kane entró en el baño, me pidió que me girase y, a través del espejo, pude ver cómo su

ceño se fruncía al intentar soltar todos y cada uno de los diminutos botones que conformaban la espalda de mi vestido.

—Si vuelves a querer casarte en el futuro, por favor, haz que te pongan una maldita cremallera aquí detrás.

Me reí. Cualquier otra persona no habría sido capaz de bromear con algo como una posible boda en el futuro. No en aquellas circunstancias, pero Kane lo hizo porque, en el fondo, llevábamos demasiados años conociéndonos y supongo que sabía bien que aquello ayudaría a disolver un poco de la tensión que soportaba.

Cuando sentí sus dedos en la parte baja de mi espalda me estremecí, pero de inmediato me sobrevino el pensamiento de lo raro que era que, al final, fuera él quien me estuviera quitando el vestido y no Daniel. Sobre todo porque siempre pensé en lo sexy que sería que me lo quitara, en el reto que plantearía y en que quizás, así, se excitaría tanto como para hacerlo con ganas, aunque eso nos solía darse en nuestras relaciones. Claro, ahora entendía muchas cosas. Entendía, por ejemplo, que Daniel prefiriese hacerlo sin preliminares, o que odiara toda esa sensualidad que acompañaba al acto de tener sexo. Imagino que, mientras me lo hacía, no dejaba de pensar en su queridísimo amigo.

Tragué saliva, incómoda con aquellos pensamientos, y miré hacia atrás por encima de mi hombro.

—Gracias, Kane, eres un gran amigo.

Sus preciosos ojos se quedaron fijos en los míos y la comisura de uno de sus labios se alzó suavemente.

—No tienes que darlas. Para mí es un placer ayudarte con esto. —Pareció darse cuenta de que sonaba raro, sobre todo porque acababa de ayudarme a desnudarme—. Quiero decir… bueno, ya me entiendes. Es un placer ayudarte en general, no solo a quitarte la ropa. —Carraspeó y sonreí, comprensiva—. En fin, mejor te dejo sola para que te duches.

—Sí, mejor. Gracias.

Él asintió y salió con cierta torpeza de la habitación. Yo me terminé de quitar el vestido y luego me desnudé por completo con prisa, sin querer recrearme en la preciosa ropa interior de encaje blanco.

La ducha me sentó bien. Mejor que bien. Me calmó lo bastante como para que no me doliera recrear la llamada que había hecho a mi padre desde la gasolinera, justo antes de emprender la marcha hacia aquí. Kane insistió en que debía hablar con alguien de la familia, decirles que estaba bien y que me pondría en contacto lo más rápido posible y eso hice, pero desde el teléfono de la gasolinera, porque no quería arriesgarme a que supieran que estaba con él. Sé que tendría que dar explicaciones, pero… todavía no. Aún no estaba lista, ni mucho menos.

Salí de la ducha y me puse la ropa que Kane había dejado sobre el lavabo. Un pantalón corto de deporte con cuerdas para atarlo a mi cintura, un bóxer suyo y una camiseta. Todo me iba gigante, pero al menos estaba cómoda y olía a limpio. La verdad es que era lo mejor que me había pasado en lo que iba de día y eso decía mucho del desastre que había sido.

Salí y busqué a Kane en el salón. Lo encontré sentado en el sofá, moviendo la pierna nerviosamente, pero en cuanto me vio se obligó a parar. Fue muy descarado, intentaba fingir una calma que no sentía. Carraspeó e hizo un esfuerzo por sonreír y quise abrazarlo solo por eso. Por intentar hacerme creer que todo estaría bien.

—He pensado que dormiré aquí —me dijo.

—¿Aquí?

—En el sofá. Es cómodo y amplio. Podrás usar mi cama mientras estés aquí.

—Oh, no, ni hablar. No voy a quitarte la cama.

—Fabiola, no me importa, de verdad. Quiero que estés cómoda.

—Y yo quiero que estés cómodo tú.

—Lo estaré, este sofá es…

—No, ni los sueñes. Dormirás en la cama.

—Tú no vas a dormir en el sofá —dijo tajante.

—Bueno, pues dormiré en la cama también. —El silencio se instauró de repente en el salón, pero decidí romperlo de una patada—. Somos adultos y estoy agotada. ¿tienes miedo de que abrace o algo así mientras duermo?

—No, por supuesto que no, pero…

—Kane, no tengo fuerzas para discutir. Solo quiero que vayamos a la cama y durmamos así que, por favor, te lo ruego, no me lo pongas difícil.

Él se quedó mirándome lo que me pareció una eternidad y, al final, asintió una sola vez y sonrió.

—Vale, pero tienes que cenar algo.

—No tengo hambre.

—Mala suerte. No vas a acostarte sin cenar así que, si quieres ir a la cama, ya sabes lo que toca.

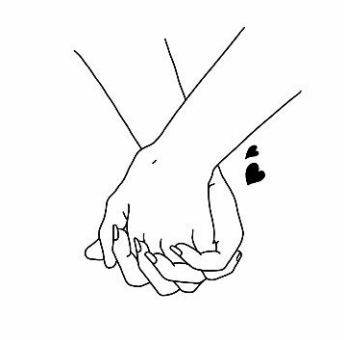
Observé cómo preparaba un sándwich para cada uno y me lo comí en silencio, pensando que debería estar degustando una increíble cena gourmet. No es que el sándwich estuviera malo, es que nunca pensé que acabaría el día de mi boda así.

—¿Podemos dormir ya? —pregunté cuando apenas me faltaban un par de bocados.

Kane asintió y nos marchamos a la cama. No sé si para él fue incómodo, pero yo estaba tan destrozada emocionalmente que, en cuanto pude tumbarme y cerrar los ojos, me dormí y no pensé en nada más.

4

# Kane



Después de una noche completamente infernal, sin apenas dormir por intentar mantenerme en mi lado del colchón y no invadir el lado donde dormía Fabiola, pensé que al menos podría levantarme con una buena taza de café y algo de charla matutina, pero no.

Lo primero que sentí al abrir los ojos fue el cuerpo de Fabiola pegado al mío. No es que me estuviera abrazando, pero había ido girando en la cama hasta que su espalda tocaba por completo mi costado. Yo estaba boca arriba, en el extremo de la cama y sujetándome para no caerme, pero eso ni siquiera fue lo peor. Tampoco darme cuenta de que, aún sin despertar, olía a puñeteras flores. Debía ser su pelo, pero si había usado mi champú, ¿por qué olía a flores?

De todos modos, daba igual, porque no era lo peor. Lo peor era que el portero no dejaba de sonar. Miré el reloj y apenas estaba empezando el día. No sabía quién podía ser, pero el presentimiento fue más fuerte que otra cosa. Zarandeé a Fabiola y en cuanto abrió los ojos un mínimo hablé.

—Viene alguien.

Se sentó en la cama de golpe, consciente de que no era una hora propia de visitas. Salí del dormitorio y descolgué el portero para ver por la pantalla la cara de Adriano, lo que hizo que mis alarmas se dispararan en todas las direcciones.

—¡Adriano! —exclamé para que Fabiola me oyese desde el dormitorio—. Qué sorpresa.

—Abre.

No parecía contento y, por un instante, temí que se hubiese enterado de que estaba escondiendo a su hermana, pero intenté mantener la calma. Corrí hacia el dormitorio y pillé a Fabiola escondiéndose en mi armario.

—No salgas hasta que yo vuelva aquí —le pedí.

Ella asintió, con los ojos un poco hinchados, las mejillas más pálidas de lo normal y la mirada asustada.

Volví al salón y abrí la puerta de mi apartamento justo a tiempo de ver a mi amigo salir del ascensor y entrar en casa como un toro bravo.

—¿Mala noche? —pregunté.

Fue una mala pregunta y lo supe en cuanto me miró como si quisiera arrancarme la cabeza.

—¿Tú qué crees? No la encontramos, tío. No damos con ella.

Relajé los hombros de inmediato. Bien, estaba alerta, tenso y cabreado, pero no conmigo. Llevaba la ropa un poco descuidada, algo raro en alguien que siempre iba de punta en blanco. Incluso su cabello moreno, del mismo color que el de Fabiola, se veía desordenado como si acabara de darse unos tirones. Y sus ojos, también castaños como los de ella, lucían enrojecidos como si no hubiera descansado nada. Su aspecto era un desastre, pero no sabía la verdad, al menos de momento.

—¿Te refieres a Fabiola?

—¿Hay alguien más que esté en paradero desconocido? —Debió darse cuenta de lo brusco de su tono, porque lo suavizó de inmediato—. Perdona, joder. Están siendo unas horas infernales.

—¿No sabéis nada de ella? —fingí no tener noticias de ningún tipo, mentí como un condenado y me sentí como la mierda, pero decir la verdad a aquellas alturas era imposible.

Yo sabía que Fabiola había llamado a su padre desde la gasolinera. Sabía eso y sabía que en aquel momento estaba en mi jodido armario aguantando hasta la respiración para que no lo pillaran. Debería contárselo a Adriano. Eso es lo que hacen los buenos amigos, pero, por alguna razón, me sentía incapaz de traicionar a Fabiola.

—Llamó a mi padre ayer, pero cuando hemos rastreado la llamada hemos descubierto que se hizo desde una gasolinera y, aunque hemos ido, el dependiente dice que la vio, pero que no se fijó en si iba con alguien más. ¡Menudo imbécil! ¿Cómo no vas a fijarte en una novia que es evidente que se ha dado a la fuga?

—Quizás no sabía que estaba huyendo.

—¡Lo que pasa es que era un adolescente más preocupado de mirar las redes sociales que de lo que pasa en la maldita gasolinera! Y ahora no damos con ella. Podría estar en cualquier parte de Nueva York. ¿Tienes idea de lo inmensa que es esta ciudad?

—Sí, lo sé, pero, oye… si ella ha dicho que está bien…

—Ha dicho que necesita tiempo y que no la busquemos. ¡No podemos estar de brazos cruzados! Daniel estaba destrozado. ¿Y su familia? Joder, tenías que ver la cara de la madre de Daniel. Estaba completamente horrorizada por tener que explicar a todo el mundo que habían plantado a su hijo en el altar. ¿En qué demonios estaba pensando mi hermana?

Tragué saliva. Una parte enorme de mí quería decirle la verdad: que su hermana era allí la víctima, pero, para empezar, no me correspondía a mí, y para seguir eso me delataría y, por ende, delataría a Fabiola, así que encogí los hombros y dije lo único que se me ocurrió.

—A lo mejor ya no está enamorada de Daniel.

—¡Esa sí que es buena! Se pasa años esperando que el pobre desgraciado le pida matrimonio, nos da a todos la lata con que no deja de hacer insinuaciones y Daniel no se decide y, cuando por fin lo hace, ¡lo abandona! ¡y el maldito día de su boda! Si no fuera por lo mucho que quiero a mi hermana, te juro que pensaría que es un plan malvado para reírse de él.

—Tú lo has dicho: conoces a tu hermana y ella no es así. Entiendo que estés disgustado, pero intenta recordar que es tu hermana y la adora.

Lo dije sobre todo porque me podía imaginar a Fabiola en el armario oyendo a su hermano despotricar así de ella y, como si no tuviera ya bastantes motivos para hundirse, tendría que lidiar también con eso. Me dio pena y rabia, y me dio aún más rabia no poder defenderla abiertamente.

—Ha sido una niña egoísta. Una consentida y caprichosa.

—Eso no lo sabes.

—¡Se largó de su propia boda!

—Tendría sus motivos, Adriano. No la culpes antes de saber todas las versiones.

—Hoy estás muy defensor, ¿eh? —Adriano tomó una inspiración cuando lo miré mal y, al final, tras unos segundos, negó con la cabeza—. Joder, perdona. En realidad, sé que eres mucho mejor persona que yo. Tú no ves la maldad en los demás. Eres capaz de racionalizarlo todo y… ojalá yo fuera como tú, ¿sabes? Ojalá no tuviera esta rabia contra mi hermana y toda esta situación que ha desestabilizado por completo a mi familia.

—Todo se arreglará, estoy seguro.

Adriano se frotó la nuca y asintió antes de volver a inspirar con profundidad.

—¿Me invitas a café? En realidad, he venido solo porque sabía que eras el único capaz de calmarme. Holden ya se ha atrevido a hacer chistes de la situación.

No sé por qué, no me extrañaba. Holden y Adriano se adoraban, pero también chocaban muchísimo porque los dos tienen ese carácter de mil demonios y ese gen dominante que hace que quieran tener la verdad absoluta de todo. Y todo controlado. Siempre. Sin excepciones. Y, desde luego, esta situación se había descontrolado para todo el mundo.

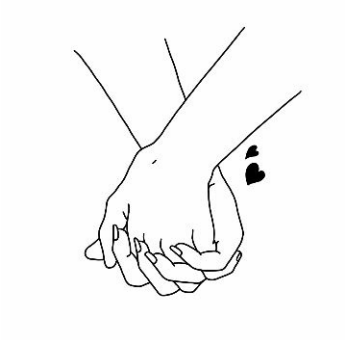
Invité a Adriano a café, porque sería sospechoso no hacerlo, y mientras lo tomábamos y me contaba que tenía una reunión cerca de donde yo vivía, yo no podía dejar de pensar en que había una mujer escondida en mi armario. Una mujer que resultaba ser la persona que Adriano estaba

buscando.

Aquella situación era surrealista y estresante. Justo lo que no necesitaba ni quería en mi vida.

5

# Fabiola



La primera y última vez que me escondí de Adriano dentro de un armario fue a los cinco años. Ocurrió después de romper sin querer la maqueta del Coliseo romano que él llevaba semanas construyendo con esmero en su habitación. No lo hice a propósito. Quería coger prestado el estuche de rotuladores que guardaba en su escritorio, porque los míos estaban resecos y necesitaba dar color al diseño de unos zapatos que acababa de dibujar. Sí, empecé a dibujar zapatos de muy pequeña. Creo que lo llevaba en la sangre. La cuestión es que tropecé con algo en la entrada, caí de bruces sobre la maqueta y presa del pánico me escondí en el armario del pasillo con la esperanza de que Adriano no me encontrara nunca. Aún hoy recuerdo lo mucho que gritó y se enfadó al descubrir el desastre. Me buscó por toda la casa hecho un basilisco y yo permanecí escondida durante horas, hasta que el enfado de Adriano dio lugar a la preocupación y la preocupación al miedo absoluto. Al final fui yo la que salió del armario y se entregó. Y aunque Adriano estaría recordándome ese episodio durante años, aquel día en lugar de gritarme y enfadarse, me abrazó y me pidió que no volviera a darle ese susto nunca más.

Tuvieron que pasar más de dos décadas desde ese episodio para que yo volviera a esconderme de Adriano dentro de un armario. Pero en aquella ocasión estaba convencida de que, salir de allí y entregarme, nada podría salvarme de los gritos y el enfado.

No tengo idea del tiempo que pasé oculta entre la ropa de Kane, solo sé que cuando por fin

mi hermano se fue y él vino a buscarme, tuvo que ayudarme a salir del armario porque mi cuerpo estaba tan agarrotado que no podía moverme.

—¿Estás bien? —dijo mientras me acompañaba hasta el sofá y me ayudaba a sentarme en él —. Siento haber tardado. Adriano necesitaba desahogarse

Negué con un movimiento de cabeza.

—Tú no tienes que sentir nada, Kane. Quién debe pedir disculpas soy yo. Lamento haberte involucrado en mis problemas y poner en riesgo la amistad que tienes con mi hermano.

Kane me miró en silencio unos segundos, evaluándome. Parecía preocupado. Me imaginé que mi aspecto no era el mejor dadas las circunstancias. Apenas había logrado conciliar el sueño, y el poco rato que había conseguido dormir, lo había hecho entre pesadillas.

—No pienses en ello —respondió Kane con voz tranquila y reconfortante—. No he hecho nada que yo no haya aceptado hacer.

—Pero yo te obligué.

Kane arqueó una ceja con una leve sonrisa burlona asomando en sus labios.

—¿Eso crees? ¿Qué me obligaste?

—Puede que no te pusiera una pistola en la cabeza y te amenazara a muerte, pero te coaccioné para que me ayudaras.

—¿Y cómo se supone que me coaccionaste?

—Con mi llanto desconsolado.

Kane reprimió una risa y negó con la cabeza. Vi un brillo extraño en el fondo de sus ojos y fue entonces cuando me fijé en que estos se volvían dorados con la incidencia de la luz. Era extraño porque habíamos estado cerca muchas veces antes, pero nunca me había fijado en ese pequeño detalle, que sus ojos castaños cambian su tonalidad cuando la luz llegaba a ellos.

—Oh, así que pensabas que tus lágrimas eran suficiente para coaccionarme, ¿eh? —

respondió Kane con una mezcla de diversión y complicidad—. Aunque debo admitir que tienes una gran habilidad para utilizar el poder de las emociones a tu favor, siento decepcionarte. Ese no fue el motivo por el que decidí ayudarte, Fabiola. Te ayudé porque lo necesitabas.

Me quedé mirándolo, sin acabar de creerle.

—¿En serio? ¿No te sentiste presionado?

—Para nada. Mi decisión de ayudarte fue completamente voluntaria. No me obligaste ni me coaccionaste, así que puedes dejar de sentirte mal por ello.

—Pero Adriano algún día descubrirá que me ayudaste y entonces…

—Y entonces ya lidiaremos con ello. No avancemos acontecimientos. Deja que la Fabiola y el Kane del futuro se encarguen cuando llegue el momento.

—Entonces, ¿de verdad no te importa que me quede aquí un tiempo?

Kane negó con un movimiento de cabeza para dar énfasis a lo que dijo a continuación:

—No me importa. Mi casa es tu casa. Siempre y cuando no monopolices el baño por la mañana. Sé lo mucho que te gusta dedicar tiempo a tu pelo.

—Vale.

—Ni cambies las cosas de sitio. Me pone nervioso no encontrarlas en su lugar.

—De acuerdo.

—Y por último… —Kane hizo una mueca de contrariedad—. Recuerdo que hace unos años entré en tu habitación y había cosas tiradas por todas partes. ¿Podrías intentar que eso no pasara aquí? No soporto el desorden.

Lo miré perpleja. Reconozco que yo era una persona controladora en todos los aspectos de mi vida a excepción de uno: mi casa. Era como si entre las paredes de mi hogar me permitiera el lujo de no ser perfecta. Aunque, a mi favor debo decir que con los años fui ganando estrategias para disimular el caos que me rodeaba. Por ejemplo, tenía un armario en el salón que parecía el

triángulo de las bermudas. Siempre que tenía visitas o que no sabía dónde guardar algo, lo tiraba allí dentro. Daniel solía bromear con ello. Decía que dentro de mi armario se escondía un universo alternativo como en Narnia.

Suspiré al recordar a Daniel. Aún me costaba creer que hubiera vivido una mentira con él. Pensé que me quería, que quería construir un futuro conmigo. Sin embargo, lo único que quería era a una mujer que le sirviera como tapadera para seguir viviendo en secreto su romance con Justin.

Me arrebujé sobre mí misma, flexionando las piernas sobre el sofá y suspiré.

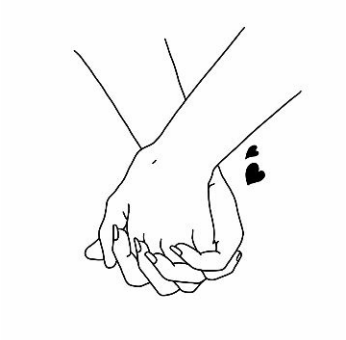
—¿Te ha molestado el último comentario? —preguntó Kane con un susurro preocupado—. No pretendía ser grosero. Sé que puedo ser un poco… maniático.

—Oh, no. No me ha molestado en absoluto —dije recomponiéndome, y forzando una sonrisa hacia su dirección—. Prometo que tu TOC y tú no tendréis nada de lo que preocuparos. Será como si no estuviera aquí.

Kane me miró como si dudara profundamente de mis palabras y yo le dediqué mi mejor cara de niña buena. Realmente creía que sería así. Que mi paso por casa de Kane sería un mero trámite temporal mientras reconstruía el mundo que acababa de desmoronarse entre mis manos. Lo que yo no sospechaba era que vivir con Kane supondría que ese mundo desmoronado nunca volviera a ser ni remotamente parecido a como era antes, y que el nuevo mundo que construiría sería más bonito, luminoso y colorido que el anterior.

# 6

# Kane



Al día siguiente, al llegar al trabajo, fantaseé con la idea de encontrar una superficie horizontal en la que tumbarme y dormir un rato. Desde la llegada de Fabiola a mi cama, las horas de sueño se habían visto reducidas drásticamente. Era difícil compartir cama con una persona que acababa pegada a mi cuerpo por muchos esfuerzos que hiciera para poner distancia entre nosotros. Y la cama no era pequeña precisamente, pero ella se las ingeniaba para dar vueltas y cabriolas hasta terminar con una pierna o brazo encima de mí. Sin embargo, a pesar de las ganas de descansar un rato, aquella mañana empecé la jornada laboral con una reunión, una reunión en la que tuve que tomar notas y parecer un ser adulto funcional a pesar de no procesar la mitad de las palabras que se decían. Estaba tan hecho polvo que al salir de la sala y volver al despacho de Holden, este me preguntó si estaba enfermo.

—No, es solo que llevo un par de días sin dormir bien.

—¿Y eso? —Se quedó unos instantes mirándome, pensativo, y luego sonrió divertido y preguntó— ¿Tu falta de sueño tiene que ver con una mujer?

Me costó responder más tiempo de lo estrictamente necesario para no parecer sospechoso y Holden empezó a reír.

—¿Eso significa que sí hay una mujer?

Técnicamente sí había una mujer, pero no de la forma que él creía.

—Por supuesto que no —me apresuré a negar, evitando su mirada incisiva—. Solo he estado teniendo problemas para conciliar el sueño.

No estaba acostumbrado a mentirle a mi mejor amigo, y menos en la cara, pero en dos días había conseguido mentirle a él y a Adriano como si fuera algo normal y habitual para mí. Quizás tuve que haberme dedicado a la actuación. O a perpetrar crímenes de guante blanco. O a la abogacía.

Holden me escrutó como si no acabara de creer en mis palabras, pero no insistió. Sacó su teléfono móvil, lo consultó, y tras soltar un suspiro pesaroso, me pidió:

—¿Puedes mandar un mensaje a Adriano para preguntarle cómo está y si hay novedades sobre Fabiola? Ayer le conté un chiste sobre novias a la fuga y creo que me ha bloqueado.

—¿No crees que es demasiado pronto aún para hacer ese tipo de chistes?

—Bah. Fabiola está bien. Se ha fugado de su boda, sí, pero, seamos honestos, ¿a quién le sorprende? Siempre pensé que Fabiola era demasiado mujer para Daniel.

Me costó un poco comprender que Holden no estaba siendo literal y que, por tanto, no sabía que había dado en el clavo con sus palabras.

—¿Crees que Daniel no era lo suficientemente bueno para ella?

—No sé. —Se encogió de hombros—. No digo que no sea un buen novio, pero cuando los veía juntos sentía que algo no cuadraba. No sabría decir el qué.

Yo sí sabía el motivo por el que no cuadraban, pero no podía compartirlo. Carraspeé, saqué el iPad donde tenía anotada la agenda para ese día y le recordé que tenía otra reunión en quince minutos.

La mañana pasó bastante rápida entre reunión y reunión. Sobreviví a ella a base de café. Por suerte, en *Coffe King* café nunca faltaba. Estábamos analizando unos gráficos de vuelta al despacho antes de salir a almorzar cuando la puerta se abrió y una niña de dos años, con la cara manchada de chocolate y los brazos abiertos, entró correteando por el espacio.

—¡¡Papá!! —gritó sorteando la mesa del escritorio y lanzándose a sus brazos.

Holden la elevó entre sus brazos con una sonrisa enorme y la llenó de besos, olvidándose al instante de los gráficos, de mí, y del mundo entero. Para Holden King no había nada más importante que su hija Lizzy, una niña risueña, que había heredado el cabello oscuro de su padre, sus ojos grises y la nariz pequeña y bonita de Becca, su madre.

Segundos después, Nora, la cuñada de Holden y hermana de Becca, su esposa, entró por la puerta con la respiración acelerada y cara de susto.

—¡Lizzy King! Te dije que esperaras un momento mientras hablaba con la recepcionista —dijo Nora, llevándose una mano al corazón, como si temiera estar a punto de sufrir un ataque cardiaco. Luego con la mirada fija en Holden se disculpó—: No quería irrumpir así. Sé que me dijiste que te esperásemos en la sala de descanso, pero Lizzy ha aprovechado un segundo de descuido para salir corriendo hacia aquí.

—No importa —Holden le guiñó un ojo—. Ya habíamos terminado.

Aunque no habíamos terminado, asentí y guardé los documentos para acabar de revisarlos más tarde.

—Deberíais apuntarla a atletismo cuando crezca un poco. Corre como *Flash*.

—Ajá. Has vuelto a darle chocolate, ¿verdad?

Las mejillas de Nora se sonrojaron. Era curioso lo distintas que resultaban Nora y Becca, a pesar de ser hermanas. Si Becca era pequeña y tenía el cabello de color castaño rojizo, Nora era alta y su pelo era rizado y moreno.

—No se lo cuentes a Becca, la última vez me echó una bronca tremenda. No Pero pasamos delante de una confitería y… ya sabes. Se puso como la niña del exorcista cuando le dije que no le compraría chocolate. Montó tal drama pataleando sobre la acera que la gente se paraba a constatar que la niña estaba bien y que no era víctima de secuestro. Creo que a Lizzy le están sentando fatal los terribles dos.

Holden se rio y yo sonreí. Que Lizzy King tenía carácter era una obviedad.

—Vale. No le diremos nada a mamá.

—Gracias. —Becca suspiró, aliviada.

—Me llevaré a esta señorita a limpiarse la cara antes de que llegue su madre y se entere de que la tía consentidora ha vuelto a ceder ante sus caprichos.

—*Consentiora* —repitió Lizzy riéndose mientras salía por la puerta del despacho cogida de la mano de su padre.

—Temo el día que se convierta en adolescente. No habrá quién pueda con ella —musitó Nora tomando asiento en uno de los cómodos sillones que había en una zona despejada del despacho con vistas a la ciudad. Ahí solíamos hacer las reuniones más distendidas, o descansar un poco antes de volver al trabajo. Aunque yo tenía mi propio despacho, bastante más pequeño que aquel, pasaba la mayor parte del tiempo allí.

—Recuerdo que Holden también fue de temperamento difícil durante su pubertad.

—Becca en cambio siempre fue un amor. Ya podría parecerse más a ella.

—Creo que los genes King son predominantes.

—¿Verdad? Y Becca quiere buscar pronto otro bebé.

—Bueno, si hay alguien en este mundo capaz de llevar por el buen camino a un King, ese alguien es Becca.

—Cierto.

Compartimos una mirada llena de complicidad y luego recordé que era día lectivo. Me sorprendió que estuviera allí en lugar de Harvard.

—¿Hoy no vas a clase?

Negó con un movimiento de cabeza.

—Las clases terminaron hace unos días, en una semana empezaremos los exámenes finales.

—¿Y cómo lo llevas?

—Bien. Muy bien. El semestre pasado conseguí dos matrículas de honor. Iban a ser tres, pero esa me la arrebató *Byte*.

—¿*Byte*? ¿Es eso un nombre?

—No, qué va. Es el apodo de mi archienemigo.

—¿Tu archienemigo? —pregunté divertido.

Nora asintió con vehemencia.

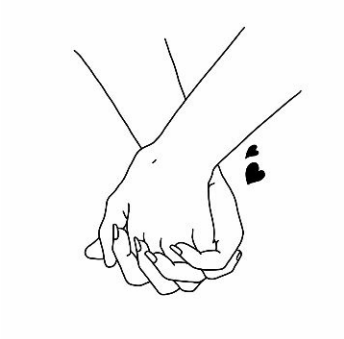
—*Byte* es el tipo más insufrible que conozco. Es un crack con los códigos y los sistemas informáticos, pero las personas se le dan regular. Aunque no estudiamos la misma carrera coincidimos en algunas asignaturas y desde primero nos odiamos. Pero este semestre pienso conseguir yo la matrícula de la asignatura que compartimos.

Me reí ante su determinación a lograrlo y la animé a ello. Hablar de la universidad me trajo recuerdos. Yo al contrario que mis amigos no echaba especialmente de menos la etapa universitaria. Mientras que Holden y Adriano pudieron disfrutar de la vida en el campus sin preocuparse de nada más, yo tuve que esforzarme mucho para mantener la beca, además de trabajar como camarero los fines de semana y los veranos para mantenerme. No tenía padres, y me independice de mi tía, que se hizo cargo de mí cuando estos fallecieron, al cumplir los dieciocho. No tenía una red de apoyo como tal, solo me tenía a mí mismo. Estaba solo.

Antes de que pudiera sumergirme demasiado en la nostalgia, Holden regresó con Lizzy, cuyos mofletes ahora estaban limpios de chocolate, y de Becca, que los había pillado con las manos en la masa. Mientras Nora le pedía perdón a Becca por ser tan dócil y prometía ser más fuerte en el futuro, yo me limité a sonreír, pensando en que no era cierto que estuviera solo. Porque los tenía a ellos. Mi familia elegida. La familia que seguiría eligiendo una y otra vez cada día de mi vida.

7

# Kane



Llegué a casa cansado, pero animado después de pasar un rato con Holden, Becca, Nora y la pequeña Lizzy. Estar con ellos era como inyectarme cafeína en vena. El problema era que, desde que había emprendido el camino de vuelta a casa me había ido dando un bajón de cansancio fruto de tantos altibajos como llevaba esos días. Bueno, de los altibajos y de no ser capaz de dormir bien.

Abrí la puerta pensando en cómo sería esa noche y en que, con un poco de suerte, mi cerebro estaría tan cansado que lograría desconectar y dormir pese a que Fabiola me abrazase o se pusiese pegada a mí. Solo tenía que mantenerme calmado hasta la hora de dormir, dejar que mi cerebro se relajara. Nada de pantallas, por ejemplo, eso haría que me diera sueño antes. Eliminar cualquier elemento que me alterase.

Parecía sencillo, lo había hecho otras veces, pero no contaba con que ahora Fabiola estaba en casa. En cuanto entré supe que mis planes se habían ido a la mierda. Para empezar, el desorden en el salón era tal que recé para que la habitación no estuviera igual, o no sería capaz de dormir hasta ordenarla y limpiarla.

Había cojines en el suelo, ropa mía desperdigada por aquí y allá, la encimera estaba llena con varios envases vacíos de yogur y envoltorios de comida y la tele estaba demasiado alto. Y,

aun así, eso no era lo peor. Lo peor era ver a Fabiola en mi sofá, vestida de nuevo con ropa mía, llorando a moco tendido y limpiándose los mocos en un clínex mientras en el regazo sostenía una caja y a su lado, en el sofá, había varios ya usados. En cualquier otro momento la imagen me habría dado un asco considerable, pero en aquel instante la lástima ganó la partida y fui hasta donde estaba inmediatamente.

—Eh, Fabiola, ¿qué ocurre? —Me senté en el lado del sofá que no tenía los pañuelos usados y acaricié su hombro en un intento de calmarla.

Ella me miró y en sus ojos vi tal tristeza que deseé poder ir y partirle la cara a Daniel. Yo no era un hombre agresivo, nunca lo había sido, así que ese pensamiento me sorprendió mucho.

—Comes demasiado bien —dijo ella antes de que el hipo la asaltara y volviera a llorar desconsolada.

—¿Qué?

—¡Comes demasiado bien! —gritó frustrada—. Esta mañana intenté encontrar cereales, galletas, algún bollo industrial, pero todo lo que encontré fue fruta y… y… avena. ¡Avena, Kane! Cielo santo, ¿sabes lo horrible que es?

Entrecerré los ojos, porque no estaba seguro de tener una respuesta a esa pregunta, por fácil que pudiera parecer. Nada de aquello era fácil. Intuía que todo tenía un trasfondo y, si metía la pata, lo pagaría caro.

—¿Mucho? —pregunté dudoso.

—¡Mucho! —confirmó—. A la hora de comer quería pizza, o hamburguesa, o comida china. Maldita sea, quería un chuletón bien grasiento, pero he tenido que conformarme con una ensalada porque, de nuevo, tú solo tienes cosas sanas en esta casa. —Me hablaba como si fuese el culpable de una masacre en grupo. Como si hubiese matado a siete vírgenes o algo así—. ¿Sabes lo malo que es querer comer helado y pizza para llorar por mis desgracias y no poder?

—Podrías haber pedido algo a domicilio —sugerí casi con miedo.

—¡No tengo dinero! —gritó llorando todavía más fuerte—. Y si compro por internet y hago algún movimiento en mi cuenta bancaria mi familia sabrá encontrarme, no tengo ninguna duda.

—¿Tú crees?

—Kane, es mi familia. ¿Es que eres nuevo? Los conoces perfectamente.

Pensé en ello un segundo. Solo necesité eso: un segundo. Lo cierto era que su familia era tan desmedida y sobreprotectora que me encajaba perfectamente que ya estuvieran tras la pista de su cuenta corriente para intentar averiguar su paradero.

Llegados a aquel punto yo no podía hacer mucho, porque al parecer había cometido el horrible sacrilegio de tener comida sana en casa, pero sí podía cumplir sus deseos, aunque fuera para cenar.

—Pediré pizza y helado, ¿qué te parece?

—¿De verdad? —Que sus ojos se mostrasen tan ilusionados por algo tan simple me ablandó el corazón y me hizo olvidar el desastre que era mi casa en aquellos instantes.

—Claro que sí. Comeremos hasta hartarnos y, mañana mismo, compraré alguna cosa insalubre de camino a casa.

—Dios santo, eres el mejor —susurró con la voz entrecortada.

En cualquier otro instante me habría reído, pero no en aquel. La actitud de Fabiola casaba tan poco con la de la mujer fuerte, valiente y decidida que era por lo general… Nunca la había visto tan hundida y me preocupaba mucho que su estabilidad emocional se fuera al traste por algo tan simple como no poder comer comida basura cuando se le antojara.

La miré justo a tiempo de verla subirse la manga de la camiseta por el hombro, que había quedado al descubierto. Mierda, necesitaba ropa. Toda mi ropa le estaba gigante. Aunque los

pantalones de deporte tenían cordones, se le acababan cayendo hasta las caderas. Las camisetas se le resbalaban por los hombros. Era… era un suplicio, sinceramente.

—Mañana iremos a comprar ropa.

—¿Iremos? ¿Yo también?

—Sí, ¿por qué no?

—Porque estoy aquí escondida. No puedo salir de casa.

Lo pensé solo unos instantes.

—Bueno, tendremos cuidado, tardaremos poco y nos moveremos por lugares poco concurridos.

—Kane, esto es Nueva York —respondió escéptica.

—Hasta en Nueva York hay lugares poco concurridos si sabes dónde buscar —dije en tono chulesco.

No sé qué efecto pretendía causar en ella. O más bien no lo supe hasta que sonrió y justo que ese, justo ese era el que quería.

—Hay un problema más.

—Tú dirás.

—No tengo dinero. O sea, sí tengo, pero no puedo disponer de él ahora.

Me constaba que Fabiola no solo tenía dinero, sino que tenía MUCHO dinero. En cualquier caso, yo tampoco era pobre.

—No te preocupes por eso. Pago yo.

—Uh, ¿Cómo en Pretty Woman?

Me reí y me rasqué la barbilla un poco nervioso, sin saber por qué.

—Sí, algo así, pero sin la parte de la prostitución.

Nos reímos algo incómodos los dos, o al menos yo, y finalmente pedí la pizza y el helado. No tardó en llegar y, mientras lo hizo, la propia Fabiola se puso de pie y comenzó a recoger todo lo que había ido tirando a lo largo del día con lo que, al parecer, era un ataque de vergüenza. Como si el hecho de saber que iba a cenar pizza sirviera para que se calmara y tomara consciencia de la realidad.

Me levanté y la ayudé, porque en realidad me daba mucha lástima que se sintiera tan mal como para no darse cuenta de ese tipo de cosas.

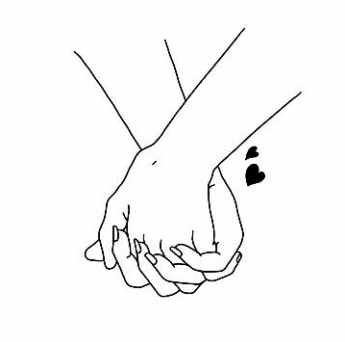
Cuando llegó la cena la comimos sentados en el sofá y, al acabar, vimos una peli.

Al final me acosté después de cenar mal, ver pantallas, cuando me había propuesto no hacerlo, y con Fabiola pegándose a mí casi desde el principio.

Por desgracia, no necesitaba ser adivino para saber que aquello iba a traducirse en una noche más sin pegar ojo.

8

# Fabiola



Por la mañana Kane se fue tan deprisa que apenas tuve tiempo de despedirme de él. Me sentí un poco mal, pero al mismo tiempo aquella noche, para variar, conseguí conciliar el sueño de un modo profundo y reparador. Quizá fue la pizza, el helado o ver una peli con Kane e intentar olvidarme de todos mis problemas.

Por desgracia, aquello solo funcionaba para momentos esporádicos, porque al amanecer todos volvían a estar ahí, frente a mí, dejándome muy claro que no iban a ir a ninguna parte.

Aun así, me habría gustado levantarme a tiempo de despedir a Kane y, no sé, quizás tomar una taza de café con él, porque había visto en el poco tiempo que llevaba allí que Kane se preparaba café antes de marcharse. Lo sabía porque siempre dejaba el vaso espumador de su máquina de café hipercara en el friegaplatos. Me sorprendió y al mismo tiempo no ver aquella cafetera. Me sorprendió porque, si algo tenía claro, era que Kane no solía derrochar el dinero, pero luego me recordé a mí misma que trabaja en una de las cadenas de cafeterías más importantes del mundo. Y más importante aún: Kane adora beber café, así que no era de extrañar que tuviera aquella máquina que yo estaba empezando a adorar y odiar por razones distintas. La adoraba porque hacía un café riquísimo y la detestaba porque me cargaba de una energía que no podía eliminar encerrada entre aquellas paredes.

Aquel día decidí hacer un poco de ejercicio, para variar. Abrí YouTube en el televisor y no me sorprendió que Kane ni siquiera tuviera una cuenta registrada. Estaba bastante segura de que apenas encendía la tele para entretenerse y se apañaba con su teléfono y su portátil. Puse uno de los miles de videos que hay para ejercitarse y, pasados diez minutos, me di cuenta de que aquello había sido una pésima idea. Estaba sudorosa, aún ansiosa y, además, me faltaba el aire, así que opté por dejar todo eso y darme una ducha refrescante que me aclarase las ideas.

Funcionó a medias. Al salir de la ducha me sentía mejor, más fresca, limpia y animada, pero en cuanto vi la hora y me di cuenta de todo lo que faltaba para que Kane volviera a casa mi ánimo se hundió un poquito.

Recogí el apartamento de nuevo, limpié el polvo y pasé la aspiradora. No quería que Kane volviera a llevarse una imagen tan nefasta como la del día anterior cuando volviera a casa. Me sentía como la mierda, sí, pero eso no era motivo para poner patas arriba su caos. Claro que, conociéndome, podía pensar eso en ese instante y cambiar de parecer un segundo después, cuando el drama se abriese paso en mí.

Al acabar, ni siquiera era la hora de comer. Me senté en el sofá y valoré la opción de coger el helado sobrante de la noche anterior y ponerme una peli, pero algo me decía que eso me haría acabar precisamente como no quería, así que inspiré y, al ver el portátil de Kane en la mesita que había frente al sofá, no lo pensé demasiado.

Lo cogí, lo abrí y me alegré muchísimo cuando constaté que no tenía contraseña para acceder. Era un poco irresponsable por si se lo robaban, sí, pero al mismo tiempo era beneficioso para mí, porque no tenía ni un triste teléfono para llamar a Kane y pedirle la clave para acceder. De este modo pude entrar con facilidad, abrir el navegador y conectarme a mi correo electrónico. Lo hice todo en la pantalla de “Incógnito” para no dejar huella.

Una vez logrado, tuve claro que debía escribir dos correos electrónicos. El primero de ellos para Daniel, por supuesto.

*De: Fabiola*

*Para: Daniel*

*Asunto: maldito mentiroso*

*Buenos días, Daniel*

*Imagino que te sorprenderá mi correo y aún más el asunto, sobre todo porque es posible que no tengas ni idea del motivo por el que salí corriendo de nuestra propia boda. Pensaste de verdad que era tan idiota como para engañarme toda una vida, ¿no?*

*Menos mal que no es así.*

*Te vi, Daniel. Es mejor que lo sepas desde ya para que no intentes buscar excusas. Te vi con mis propios ojos mientras besabas a Justin. No era un beso de amigos. Maldita sea, ni siquiera era un beso de amantes. Era un beso de enamorados, de dos personas que saben que van a quererse para siempre. Era el beso que deberías haberme dado a mí después de prometerme lealtad y fidelidad.*

*No voy a explicarte cómo me siento, no te mereces ni siquiera eso, pero sí que voy a pedirte que seas tú quien aclare todo este embrollo. Te doy unos días para que le expliques a nuestras familias que eres gay y estás con Justin, que es a él a quien amas y es con él con quien sueñas que compartes tu vida.*

*Esto no es una petición, Daniel. Si no lo haces tú, pasados unos días lo haré yo misma.*

*Saludos.*

Releí el mensaje y me quedé pensando en el “Saludos”. ¿Debería mandarle saludos después

de lo que había hecho? ¿Acaso se merecía esa mínima muestra de consideración? Lo hice, porque me gustaba pensar que, en el fondo, era toda una señora, le mandé los malditos saludos junto con el resto del mensaje y luego, antes de cerrar el portátil, redacté un correo nuevo, esta vez para una persona a la que no guardaba rencor, sino todo lo contrario.

*De: Fabiola*

*Para: Adriano*

*Asunto: Perdóname*

*Hola, hermanito*

*Me gustaría escribir esto en otras circunstancias. Sé que no son las mejores y sé que, a tus ojos y los de todo el mundo, estoy comportándome como una niña malcriada, pero solo quiero que sepas que todo tiene una explicación. Te la daré en algún momento, te lo prometo, pero ahora mismo… necesito desconectarme de todo. Necesito unos días para recuperar la calma que he perdido.*

*Solo quiero decirte que no estoy en peligro, no te preocupes y dile a papá y mamá que no lo hagan tampoco. Os quiero muchísimo y espero que todo este lío se arregle lo más pronto posible.*

*Con cariño,*

*Tu hermanita, a la que te recuerdo que adoras.*

Esta vez no dudé de la despedida. Cualquier forma de chantaje emocional me parecía válida si con eso lograba que mi hermano no se pusiera hecho un basilisco conmigo.

Solté el portátil y me alegré de que fuese una hora más o menos acertada para comer. Con

suerte esa tarde podría trabajar en algunos bocetos, si encontraba papel y boli. Comí, puse el friegaplatos en marcha, puesto que se había llenado con los platos de la noche anterior y esos, y después volví al sofá.

No quería mirar el portátil. No quería obsesionarme con la posible respuesta de Daniel, si es que había respondido, pero supongo que aún era demasiado pronto para resistirme. Solo habían pasado unos días y todavía me costaba mucho hacerme a la idea de que Daniel y yo fuéramos enemigos y no marido y mujer.

Para mi sorpresa, cuando abrí el portátil de nuevo y accedí a mi correo electrónico no había ninguna respuesta de Daniel, pero sí de mi hermano.

*De: Adriano*

*Para: Fabiola*

*Asunto: Re: perdóname*

*¿Tienes una mínima idea de lo preocupados que estamos por ti, Fabiola? ¿Te das cuenta de lo increíblemente egoísta que estás siendo? ¿Cómo que necesitas unos días? ¿Cuántos días? ¿Y dónde estás? ¡No puedes enviar un correo electrónico después de desaparecer de tu propia y maldita boda y decirnos que esperemos sin preocuparnos! ¡Las cosas no funcionan así, joder!*

*Ponte en contacto con nosotros, Fabiola. Con papá, con mamá, conmigo. ¡Con quien quieras! Pero habla con alguien y dinos dónde estás para que podamos ir a buscarte y conseguir, por fin, las explicaciones oportunas, porque te juro que, hasta este momento, siempre he defendido que eras un poco caprichosa pero no mala persona.*

*Dejar a Daniel plantado el mismo día de la boda…*

*Te quiero, hermana, y precisamente porque te quiero tengo que decirte que me has decepcionado enormemente.*

*Aparece y da la cara, Fabiola. Es lo mínimo que nos debes.*

*Lo mínimo que debes a Daniel.*

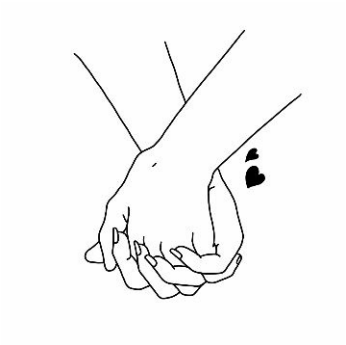
No respondí. Cerré el portátil con las lágrimas resbalando por mis mejillas y me retrepé en el sofá pensando en lo que acababa de leer. Intentaba tener presente que mi hermano no tenía todo el contexto. Él no sabía lo que había pasado y yo ya imaginaba que iba a estar enfadado, pero reconozco que leer aquello… pensar que me tenía en tan baja estima, después de todo, destrozó mi corazón más de lo que había imaginado.

Y ese fue el momento en que mi poca estabilidad emocional se fue al traste y volví a caer en el helado sobrante y las maldiciones por no tener más.

Por no poder comprar un camión más.

Maldije la falta de dinero, el encierro, el helado en sí mismo y a Daniel Maldije especialmente a Daniel y solo esperaba que diera las explicaciones oportunas pronto, porque dudaba mucho que mi propia estabilidad mental aguantara aquello muchos días más.

# 9
# Kane



—¿Debería comprarme este vestido? ¿o mejor este? —preguntó Fabiola levantando dos perchas con las cejas arqueadas.

Llevábamos media hora en el interior de aquella tienda y, para ser honestos, mi humor no era el mejor. Pasarse tres noches sin dormir era motivo más que suficiente para arruinarle el ánimo a cualquiera.

—No lo sé. Son muy parecidos —dije con desgana, mientras espantaba mentalmente la tentadora idea de sentarme en uno de los bancos tapizados que habían repartidos por el establecimiento. Si no lo hice fue por miedo de caer inconsciente y no poder levantarme luego.

—No son parecidos. Este tiene cuello redondo y mangas cortas, mientras que el otro es sin mangas y tiene un escote pronunciado. Este es de color amarillo limón, y este otro amarillo mostaza —me corrigió Fabiola, haciendo una mueca de frustración—. Y no sé cuál escoger.

Respiré profundamente, tratando de encontrar un poco de paciencia en mi agotado cuerpo.

—¿Y si compras los dos?

—No puedo comprarme los dos. Me niego a derrochar tu dinero, Kane.

—Derróchalo sin sentirte culpable. Puede que no sea tan rico como tú, pero tengo dinero suficiente para comprarle ropa a una chica.

Fabiola me sonrió como respuesta y colocó los dos vestidos en la cesta que yo arrastraba y que ya estaba bastante llena.

—Pienso devolverte hasta el último centavo en cuanto regrese a casa. Con intereses incluidos.

—No hace falta. Ni siquiera es ropa de diseñador, que es a lo que estás acostumbrada.

Había elegido aquella franquicia de ropa económica porque sabía que era improbable que nos encontrásemos a nadie conocido. En los círculos en los que ambos nos movíamos, la gente solo compraba en tiendas de lujo.

—Cualquier cosa será mejor que seguir poniéndome esto —dijo señalándose el cuerpo. Llevaba una camiseta de los Yankees que le llegaba a medio muslo y unos pantalones con cordones que se le resbalaban constantemente hacia abajo, tapándole los zapatos de la boda que llevaba ante la imposibilidad de calzarse nada mío. Había completado el conjunto con una gorra también de los Yankees, unas gafas de sol enormes que le tapaban media cara y una mascarilla. Se había disfrazado de aquella manera para pasar desapercibida, sin embargo, tenía un aspecto tan sospechoso que llamaba más la atención que otra cosa—. Eres inmenso, Kane.

—No es que yo sea inmenso, es que tú eres diminuta.

Puso los ojos en blanco y dejó atrás los vestidos veraniegos para mirar un estante lleno de blusas estampadas.

—Lo que quiero decir es que esto está bien. No soy tan snob como piensas.

—No pienso que seas snob, yo mismo invierto mucho dinero en trajes a medida —repuse, quitándome una pelusilla invisible de la chaqueta. Puede que proviniese de una familia humilde, pero ahora tenía dinero. Mucho dinero. De hecho, con todo lo ahorrado podía decirse que tenía una pequeña fortuna. Holden, además de un sueldo mensual de cinco cifras, me daba cuantiosas bonificaciones cada semestre.

Fabiola deslizó su mirada por mi cuerpo y sonrió al fijarse en mis pies.

—Además, tienes buen gusto para los zapatos.

Sonreí de vuelta al darme cuenta de que eran unos Vittorio Veneto, la marca de zapatos de alta gama de su familia.

—Son mis favoritos. Elegantes pero cómodos.

—Los diseñé yo —dijo con orgullo, cogiendo una blusa negra con un estampado de tucanes y palmeras y me lo enseñó—. Mira que cuqui. Y solo cuesta ocho dólares con cincuenta. Me lo llevo. —Lo dejó en la cesta y tras pasear su mirada a su alrededor, encontró un mostrador lleno de pantalones cortos.

Parecía contenta, lo que suponía todo un alivio teniendo en cuenta que al llegar a casa antes me recibió triste y melancólica. Me jodía verla tan mal por culpa de un capullo que no se merecía para nada sus lágrimas.

Salimos de allí una hora más tarde cargados con bolsas llenas de ropa hasta arriba. Cualquiera diría que Fabiola en lugar de quedarse en casa unos días, iba a hacerlo de forma indefinida.

Después de eso cogimos el coche y propuse comprar unas hamburguesas. Nos las comimos en el aparcamiento de la cafetería con vistas al parque de juegos que a aquellas horas en las que empezaba a oscurecer estaba prácticamente vacío.

—Hoy usé tu portátil para enviar unos correos, espero que no te moleste. —Le dio un sorbo a su batido de chocolate—. He escrito a Daniel. Le he dado un ultimátum para que confiese lo suyo con Justin. Me siento mal por obligarle a salir del armario de esta manera, pero no debió jugar con mis sentimientos en primer lugar.

Asentí, despacio.

—Puedes usar mi portátil siempre que lo necesites. Tengo uno exclusivo para trabajar, así que puedes disponer del otro para ti mientras te quedes en mi casa. Y me alegro de que te hayas puesto en contacto con Daniel y le hayas dado un ultimátum. No debes sentirte mal por exigir que cuente la verdad de lo ocurrido. Has sido más considerada y paciente de lo que hubiera sido yo en tu lugar.

—Lo dudo —dijo Fabiola riendo—. Eres considerado y paciente por definición.

—No te dejes engañar por las apariencias —dije con un guiño de ojos.

—Oh, vamos. Nunca he conocido a un hombre con tu personalidad. Eres atento, amable y buena persona con todo el mundo, independientemente de su clase social o posición. Incluso en el pasado, siendo bastante más pequeña que tú, me trataste como una igual.

—Eso es porque eres una igual. Tampoco nos llevamos tantos años.

—Ya, sé que ahora cinco años no son muchos, pero cuando te conocí, ¿cuántos años tenía yo? ¿Dieciocho? Aunque fuera legalmente mayor de edad para muchas cosas, seguía siendo muy niña para otras tantas. En cambio, tú eras…

—¿Un viejo?

—No —se rio, dándome una palmada en el muslo. Fue un gesto sin importancia, pero sentí su contacto como si quemara—. Eras adulto. Y no se trataba solo por tu edad, porque Holden y mi hermano tenían también veintitrés y se comportaban como críos de siete. No, era otra cosa. Era tu forma de ser en general. Eras centrado, maduro y tenías la cabeza bien amueblada. Mi padre solía ponerte como ejemplo cuando mi hermano hacía alguna de las suyas, cosa que, por cierto, ocurría a menudo.

—Bueno, no creo que sea nada remarcable ser más centrado, maduro y tener la cabeza mejor amueblada que Holden o Adriano en aquella época. El listón estaba muy bajo.

—Cierto —Se rio, dejando el envoltorio vacío de su hamburguesa dentro de la bolsa de la

cadena de *fast food* que habíamos elegido—. Pero siempre me pareciste alguien confiable. Como el caballero de brillante armadura de los cuentos de hadas. Seguro que eres muy popular con las mujeres.

—¿Tú crees? —pregunté con una media sonrisa.

—Sí. Es decir, eres del tipo chico bueno. Y a partir de cierta edad es lo que busca una mujer. Puede que cuando eres más joven te dejes impresionar por el chico malo, pero después todo cambia. Quieres estabilidad, porque está muy bien que un hombre te empotre contra una pared y te diga cosas sucias en la cama, pero es aún mejor encontrar a alguien que te escuche y te apoye en los buenos o malos momentos. Por eso elegí a Daniel. Él era la opción segura, o eso creía —dijo las últimas palabras con el ceño fruncido.

Yo terminé de comerme la hamburguesa mientras asimilaba sus palabras. Entre nosotros se había instaurado la complicidad, envolviéndonos como un velo invisible. Con calma, fijé mis ojos en los suyos y dije, seguro y firme:

—A mí me gusta pensar que soy ambas cosas. El chico que empotra contra una pared y dice cosas sucias en la cama, y el que escucha y apoya en los buenos o malos momentos. ¿Por qué una cosa debe excluir la otra? —Las mejillas de Fabiola se arrebolaron, pero no apartó la mirada —. La próxima vez no te conformes con alguien que no te da todo eso y más, Fabiola. No te quedes con la opción segura.

A continuación, nos sobrevoló el silencio, mirándonos el uno al otro con intensidad. Fuera, la noche se volvió más cerrada. Cuando Fabiola apartó los ojos lo hizo con una sonrisa en la boca.

—Vaya, Kane, no sabía que se te diera tan bien dar consejos amorosos. —Se rio, volviendo a darle a su tono un matiz risueño—. Yo también puedo hacer eso por ti, si quieres. Ahora que compartimos piso, podemos ser también confidentes. Cuéntame, ¿hay alguna mujer en tu vida?

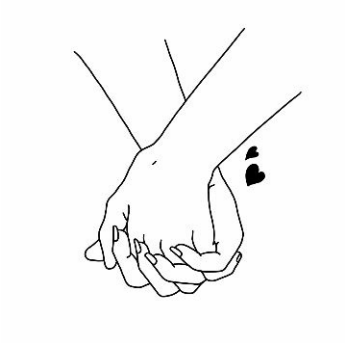
La miré durante unos instantes en silencio y como respuesta le ofrecí una sonrisa comedida. Porque ella no sabía la verdad. De hecho, nadie conocía esa verdad. La verdad inconfesable que llevaba años guardada dentro de mí. Mi deseo oculto. La razón por la que, a pesar de haber conocido muchas mujeres, no había acabado teniendo una relación estable con ninguna de ellas.

—Vayámonos, es tarde. —Puse en marcha el coche y me dirigí de regreso al apartamento.

Fabiola se quejó por mi falta de respuesta, pero enseguida se conformó y empezó a tararear una canción que sonaba por la radio. Observé su rostro iluminado por las luces de la ciudad y me pregunté qué habría pasado de haber expuesto mi verdad. ¿Se habría asustado? ¿Habría pensado que soy un raro? Probablemente sí. Por eso, por ese motivo, mi verdad seguiría oculta para siempre, en ese lugar donde se esconden como tesoros nuestros secretos más preciados.

10

# Fabiola



Dos días más tarde, recibí un correo de Daniel:

*De: Daniel*

*Para: Fabiola*

*Asunto: Re: maldito mentiroso*

*Entonces, ¿lo sabes? ¿Sabes lo mío con Justin? ¿Nos viste?*

*Oh, Dios, Fabiola, ni siquiera sé qué decir. Tienes razón, soy un maldito mentiroso, un bastardo, un mierda que no merece tu perdón y mucho menos tu comprensión, pero… por favor, no se lo cuentes a nuestros padres. No aún. Dame tiempo. Ya sabes que la salud de mi abuela está muy delicada, y se llevó un disgusto tremendo con la cancelación de la boda, no quiero someterla a más preocupaciones ahora mismo. Te prometo que asumiré las responsabilidades de mis actos en cuánto las aguas se calmen un poco.*

*Lo siento mucho. Espero que encuentres espacio en tu corazón para perdonarme.*

*Daniel.*

Me quedé mirando la pantalla con el corazón encogido y un vacío en el estómago. Tiempo. Daniel me pedía tiempo. Estábamos a jueves, habían pasado cinco días desde la no boda y yo empezaba a subirme por las paredes de ese pequeño apartamento. No sabía cuánto más podría aguantar encerrada allí. Pero Daniel me había pedido tiempo y yo estaba dispuesta a dárselo porque había mencionado a su abuela, y yo adoraba a aquella ancianita menuda, que hablaba en inglés británico y que me invitaba todas las semanas a su mansión del Upper East Side a tomar té con pastas. Era mi debilidad, Daniel lo sabía, se aprovechaba de ello y solo por eso estuve dispuesta a concederle algo de tiempo.

*De: Fabiola*

*Para: Daniel*

*Asunto: Re: Re: maldito mentiroso*

*Está bien. Te doy una semana. Ni un día más. Si en una semana no les has contado a nuestros padres lo de Justin, voy a hacerlo yo.*

*Saludos.*

*Fabiola*

Tras enviar el mensaje la ansiedad volvió a instaurarse tras mis costillas. Pensaba en mi familia y me dolía saber lo tristes y decepcionados que estarían por lo que había hecho. Y lo peor de todo era darme cuenta de que mi mundo perfecto y controlado había saltado por los aires.

Hasta la fecha había conseguido cumplir con todos y cada uno de mis objetivos, desde

terminar la carrera hasta incorporarme como diseñadora de zapatos en el negocio familiar. Conocer a Daniel fue poner un nuevo *stick* de conseguido en la larga lista de propósitos vitales. Yo quería casarme, tener una casa a las afueras e hijos antes de los 30, así que presioné a Daniel los últimos años para que diera el paso y me pidiera matrimonio. Creía que con eso por fin todo estaría en su lugar. Supongo que me equivocaba. Y no, la culpa no era tan solo de Daniel.

Solté un suspiro melancólico y pensé en Arielle y en lo mucho que me ayudaría uno de sus abrazos virtuales en ese momento. Estaba convencida de que mi mejor amiga a esas alturas estaría al borde de un ataque de nervios. La conocía. Llevaba fatal la incertidumbre casi tanto como yo. Pensé en mandarle un correo electrónico también, pero se me ocurrió algo mejor. A fin de cuentas, si había alguien en quien podía confiar, era ella. Habría regresado ya a París, por lo que era imposible que mi hermano la estuviera sometiendo a algún tipo de vigilancia.

Abrí una aplicación de videollamadas en línea y la llamé. Después de un par de tonos, Arielle apareció en la pantalla. De fondo podía ver el taller de confección de la boutique en la que trabaja en París. Al verme al otro lado, sus ojos se llenaron de lágrimas y empezó a hablarme en francés. No entendí nada de lo que dijo, pero su tono de reproche dejaba poco lugar a la duda. Al darse cuenta de su diatriba en un idioma que yo no entendía, cambió al inglés.

—¿Eres consciente de lo preocupada que he estado, Fabiola Romeo? —preguntó mirándome a través de sus ojos aguados.

—Sí. Y lo siento.

—¡Cinco días! Cinco días han pasado desde que te dejé en aquel cuarto el día de tu boda antes de que desaparecieras. Cinco son los días que llevo sin conciliar el sueño preguntándome qué diantres debió ocurrir para que decidieras escapar sin dejar rastro.

Su voz sonaba dolida y me odié por haberle hecho aquello. Había hecho daño a muchas personas con mis actos. Y en el caso de Arielle, lo sentía aún más. Desde que nos conocimos en la carrera de diseño de moda juntas, habíamos sido inseparables. Como hermanas. Incluso en la

distancia, nuestra relación siempre había sido abierta y exenta de secretos.

—De veras que lo siento, Ari.

—No lo sientas y cuéntame qué es lo que está pasando Fabiola. Adriano me llama a diario preguntándome si tengo noticias tuyas. Tus padres están destrozados. Y Daniel hecho una pena. ¿Lo peor de todo? Que yo no entiendo nada. Se supone que soy tu mejor amiga y no supe ver las señales de que ibas a cometer una locura como esa.

Las lágrimas se me agolparon a los ojos y la culpa se convirtió en una bola de lava ardiente quemándome las entrañas. A pesar de que había decidido darle unos días a Daniel, decidí sincerarme con Arielle. Sabía que ella guardaría el secreto, y necesitaba tenerla de mi lado. La idea de que creyera que me había marchado de la boda por un capricho del momento me dolía demasiado.

Al terminar de explicárselo todo, los ojos de Arielle pasaron del enfado al desconcierto y del desconcierto a la incredulidad.

—¿Daniel es gay? ¿Está saliendo con Justin?

—Fue un shock, Arielle. Estaba conmocionada. Abrí la ventana y me encontré a mi futuro marido metiéndole la lengua en la boca a alguien que no era yo. ¿Podría haber hecho las cosas de otra manera? Probablemente. Pero escapar fue la forma que encontré de lidiar con ello.

—Pero ¿por qué sigues escondida? Tú no has hecho nada malo. Daniel debería ser quién se escondiera. A ojos de los demás, él es la víctima.

—Lo sé, pero… me da pena —admití con un mohín.

—¿Pena?

—Conozco a sus padres y sé que no será fácil para él explicarles lo de Justin.

—¿Acaso a ti te está resultando fácil esconderte de tu familia sabiendo que piensan que es

culpa tuya?

No, desde luego no lo era. Hice un nuevo mohín y Arielle suspiró pesadamente antes de preguntar:

—¿Y dónde te escondes?

Lo pensé unos segundos antes de responder.

—Creo que por ahora es mejor que no lo sepas. No quiero ponerte en un aprieto. Y más sabiendo que mi hermano te llama a diario.

—¿Pero es un lugar seguro?

Asentí con una sonrisa.

—El más seguro posible.

Hablaba en serio. Puede que odiara estar encerrada en esas cuatro paredes, pero había empezado a cogerle cariño al apartamento. A pesar de ser pequeño, era funcional, y cuando Kane estaba en casa lo sentía como un hogar.

Mi sonrisa se amplió al pensar en Kane. Era curioso lo estrecha que se había vuelto nuestra relación en tan pocos días. A pesar de que siempre fue alguien familiar para mí al ser uno de los mejores amigos de mi hermano, nunca antes había tenido la oportunidad de hablar con él de esa manera, a solas, con la complicidad y la intimidad que supone compartir piso con alguien.

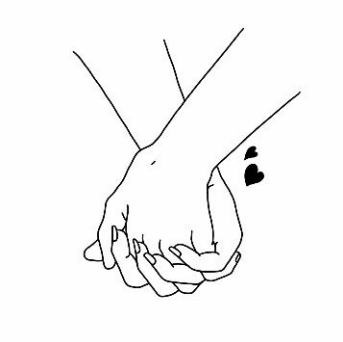
Tras intercambiar un par de frases más, Arielle cortó la llamada porque una clienta había entrado en la boutique y volví a quedarme sola y aburrida en aquellas paredes que se me caían encima. Por si eso no fuera un suplicio, había recibido un mensaje de Kane avisándome de que llegaría tarde a casa porque aquella noche tenía cena en casa de Holden y Becca. Al menos me había dicho que podía abrir su cuenta de comida a domicilio y pedir lo que quisiera, pero, aun así, me moría del asco al pensar que me pasaría todo el día sola.

Intentando sacudirme de encima la amargura, decidí hacer algo que aún no había hecho en los últimos días: cotillear el piso de Kane. Había evitado ser una fisgona por respeto, pero en los últimos días Kane había empezado a despertar curiosidad en mí y me moría por saber más cosas de él.

De alguna forma Kane seguía siendo un misterio y yo me moría de ganas de desentrañarlo.

11

# Kane



En casa de Holden el ambiente era relajado y divertido, pero claro, eso se debía a que Holden y Adriano estaban discutiendo quién de los dos había ganado a las cartas que todos los demás teníamos sobre la mesa, convencidos de que antes preferían matarse que admitir que, en realidad, era un empate técnico.

—¡No existen los empates técnicos! —gritó Adriano—. Existen los ganadores y los perdedores. Y yo he ganado.

—Cielo, cálmate —le dijo Julieta acariciando su espalda en un intento de relajarlo.

La forma en que Julieta era capaz de calmarlo me parecía asombrosa. Jamás hubiera pensado que la chica de las flores, con su cabellera aguamarina, podría conquistarlo hasta ese punto, pero ahí estaban, ella con un negocio cada vez más próspero y él… bueno, él era un hombre muy feliz desde que estaba con ella, pero en los últimos días había vuelto a comportarse como el gruñón que había sido antes. No podía culparlo, porque sabía que estaba preocupado por Fabiola. Fabiola, que seguía escondida en mi casa, en mi cama y en mi…

—Pues si yo también he ganado, tenemos un problema —insistió Holden cortando mis pensamientos, cosa que agradecí.

—Holden, por favor —dijo Becca poniendo los ojos en blanco—. ¿No crees que hemos

tenido suficiente por hoy?

—Oh, no, ni hablar. Esto no ha hecho más que empezar.

—La verdad es que, cuando papá y tú empezáis a comportaros así, dais mucha pereza. ¡Es un simple juego de cartas! —exclamó Chiara.

A sus once años seguía siendo inteligente, avispada y con un carácter a caballo entre el carácter fuerte de su padre y la dulzura tan propia de ella.

—¡No es un simple juego de cartas! —exclamó Adriano—. Es una competición, cariño.

—No, una competición es lo que haré yo en solo unas semanas.

La niña nos miró con una pequeña sonrisa y yo miré de inmediato a Adriano, que suavizó su rostro hasta formar una sonrisa sincera, de esas que solo tenía para Chiara y Julieta.

En aquel tiempo Chiara se había ido formando en el patinaje con el apoyo incondicional de Julieta y también de su padre, que poco a poco había aprendido a dejar de lado sus miedos, aunque en aquel mismo instante tuviera la sombra de la preocupación dibujada en sus ojos.

—Lo harás de maravilla.

—Eso espero. Me ha costado un poco hacerme a los patines nuevos, pero creo que por fin empiezo a tenerlo controlado. Es una competición importante. La más importante en la que he participado yo hasta la fecha.

—Estoy segura de que lo harás genial —dijo Julieta—, pero si no tienes los resultados que deseas… tampoco pasa nada. Recuerda que lo que tú amas es patinar.

—Amo patinar, pero también amo ganar —dijo la niña.

Todos reímos, porque esa frase definitivamente era lo que demostraba que era una digna sucesora de su padre.

—Esa es mi chica. Tú amas ganar, yo amo ganar y esta partida de cartas la he ganado yo.

—¡Ni hablar! —intervino Holden.

Algunos rieron, otros pusimos los ojos en blanco y Chiara solo soltó una risita y se fue al sofá, donde enchufó la tele y nos ignoró, porque empezaba a entrar en esa etapa en la que los mayores ya no resultaban interesantes todo el rato. A veces me daba nostalgia pensar en la pequeña Chiara. Todavía se me hacía muy raro ir a *Érase una vez*, la librería de Becca, comprarle un libro y que no fuera un cuento. Estaba creciendo demasiado rápido y, si yo lo sentía así, no podía ni imaginar cómo se sentía Adriano al respecto.

Miré a mi amigo y fui consciente, de repente, de las profundas ojeras que tenía. No es como si fuera ajeno a su preocupación, de verdad que no era eso. Era simplemente que quería respetar a Fabiola. Ella tenía sus razones para mantenerse escondida y, aunque su familia sufría, yo la entendía y estaba de su parte, pero eso no quiere decir que no me sintiera mal al ver a Adriano en esas circunstancias.

—¿Sabemos algo más de tu hermana? —preguntó Becca con calma y dulzura.

Intenté adoptar una posición neutral, que no se notara que yo sabía más de lo que decía. Diablos, no se debía notar que sabía absolutamente nada.

—¿Aparte de su correo pidiendo tiempo como una niña mimada? —bufó—. No.

—No seas duro con ella —le dijo Holden—. Ya sabes que eso no funciona.

—Quizás es lo que debería haber hecho hasta ahora. Creo que el problema mío y de toda mi familia ha sido justo el contrario. Hemos sido demasiado blandos con ella. Era tan talentosa en su trabajo en la empresa que pensamos que tenía la cabeza bien amueblada, cuando es evidente que no.

—Vamos, tío… —dijo Holden de nuevo.

—¿Qué? ¿Me vas a decir que te parece normal que deje plantado a su futuro marido el día de la boda?

—Bueno, creo que todos conocemos a Fabiola lo suficiente como para saber que no lo haría sin una buena razón de base —dijo Julieta en un intento de interceder en favor de su cuñada.

—No la disculpes —le dijo Adriano de mal humor—. Ha sido una niñata egoísta.

—¿Y si resulta que tiene sus razones qué harás? —me oí preguntar.

Ni siquiera sé por qué abrí la boca, si me había dicho a mí mismo que debía mantenerla tan cerrada como fuera posible.

—¿A qué te refieres? —preguntó entrecerrando los ojos y mirándome mal. Muy mal.

—Estás diciendo que es una consentida, una niñata, que no debisteis confiar en ella… ¿qué harás si resulta que todo tiene una explicación? ¿Pedirás perdón por todo esto?

—Pediré perdón cuando ella pida perdón por hacernos pasar esta vergüenza a toda la familia. El pobre Daniel…

Bufé. No pude impedirlo, aunque posiblemente debería haberlo hecho. Bufé porque no soportaba al imbécil de Daniel, ni lo que había hecho. Bufé porque, al parecer, se me daba bien olvidar que tenía que mantener la maldita compostura y no delatar a Fabiola. A ojos de todo el mundo él era la víctima y yo no podía decir lo contrario, o me delataría, pero tenía que decir algo, porque ese bufido había sido muy cantoso y todos estaban mirándome extrañados.

—No digo que no haya sido un drama para Daniel, pero no creo que tu hermana esté por ahí celebrando esto. Es posible que, aun sin tener la razón en lo que ha hecho, como tú dices, esté pasándolo mal.

—Nosotros lo estamos pasando peor, porque además de la anulación de la boda estamos lidiando con su desaparición.

—Ya, bueno.

—¿Qué? —preguntó de mal genio—. ¿Estás dudando que estamos nosotros peor que ella?

—No he dicho eso.

—Pero lo has insinuado.

—No, te equivocas. Yo solo he dicho "ya, bueno", pero si quieres pensar que he insinuado no sé qué mierdas porque eso te hace sentir mejor, pues vale, Adriano. Tú ganas. Yo no soy Holden, a mí no me importa una mierda darte la razón con tal de que no te pongas intenso.

¿Me había pasado? Sí, igual sí, sobre todo porque yo solía ser el diplomático, el que nunca cruzaba la línea y sabía comportarse en todas las situaciones, pero el modo en que Adriano estaba actuando empezaba a pasar de "familiar preocupado" a "cretino sin causa" sinceramente.

—Pero ¿a ti qué te pasa?

—A mí nada, Adriano —dije con cansancio—. Entiendo que estés preocupado por Fabiola, pero de verdad, deja de ponerte a la defensiva con nosotros. Recuerda que estamos en tu bando.

Joder, me sentía como una mierda diciendo aquello porque claramente yo había elegido bando y no era el de Adriano, ni el de Daniel, ni el de nadie más que el de Fabiola.

Y me di cuenta, allí sentado, entre mis amigos, a los que consideraba prácticamente la única familia que me quedaba, que aquella noche había sido divertida, pero por primera vez en mucho tiempo quería que acabara para volver a casa. Más aún: me di cuenta de que la idea de volver a casa no me generaba desidia, ni tristeza, ni apatía, sino ganas. Unas ganas que sabía que no eran sanas, pero sentía de todos modos porque… Bueno, supongo que el ser humano es idiota por naturaleza. No encuentro otro modo de explicarlo.

—Tenéis razón —dijo mi amigo con un suspiro—. Estoy pagando esto con las personas equivocadas. Vosotros habéis estado aquí desde el principio, como siempre, apoyándome e

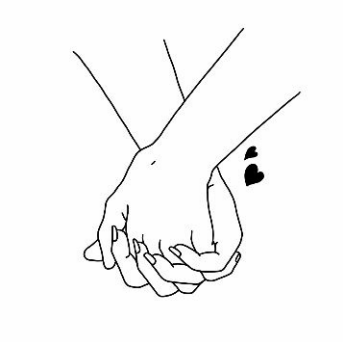
impidiendo que me volviera loco. Si algo tengo que agradeceros es que seáis tan fieles y tan buenos amigos. Perdona, Kane, he sido un capullo.

Adriano no pedía perdón nunca, o casi nunca, no porque no quisiera, sino porque no estaba en su haber. No contemplaba la posibilidad de equivocarse. Que lo hiciera justo la única vez que yo le ocultaba tantas cosas me hizo sentir el ser humano más miserable de la tierra y, aunque soy ateo, recuerdo que cerré los ojos y recé para que Adriano jamás descubriera que en aquellos instantes su hermana estaba en mi casa, muy posiblemente en mi cama y yo, no solo me había callado, sino que empezaba a disfrutar tanto de la compañía, pese a no dormir una mierda, que la idea de tenerla allí más días no resultaba infernal sino… apetecible.

Estaba bien jodido.

12

# Fabiola



Cuando Kane entró en casa estuve a punto de levantarme del sofá y lanzarme a sus brazos. No sé por qué tuve ese primer impulso y era un poco raro, pero enseguida me convencí de que se trataba de la soledad y el encierro. Era mi único contacto con la realidad y la sociedad, aunque hubiéramos salido un día, no contó porque yo iba de incógnito y prácticamente no hablé con nadie. Kane se convirtió en la persona a la que contaba todo lo que se me pasaba por la cabeza, fuera una tontería o no. Era mi paño de lágrimas, mi amigo y mi apoyo en todo aquello. La única persona, junto a Ari, con la que podía contar, pero mi amiga estaba demasiado lejos y él, o más bien su llegada a casa, me colmaba de calidez y gratitud por poder hablar con alguien más.

—Te eché de menos —dije sonriendo y palmeando mi lado en el sofá—. ¿Te sientas conmigo?

Él pareció un poco contrariado y, por un momento, tuve miedo de que no le apeteciera, pero entonces sonrió, se quitó la chaqueta y se acercó al sofá para tomar asiento junto a mí. Mi sonrisa se amplió en el instante.

—¿Cómo ha ido tu día? —preguntó—. ¿Te has aburrido mucho? ¿Has tenido noticias de Daniel?

—Por partes: No, no me he aburrido mucho gracias a ti, o más bien a lo que escondías —

dije con cara de traviesa—. Y del imbécil de Daniel no sé nada.

—¿Qué escondo? —preguntó sonriendo.

Me gustaron dos cosas: la primera, que captara tan rápido que no quería hablar de mi ex. En eso Kane era increíblemente bueno. Era capaz de respetar los ritmos de todo el mundo y captar al instante lo que sus amigos necesitaban. Y la segunda, que no se espantó al saber que había curioseado por su casa, porque era evidente que me había pillado, sobre todo porque sobre mis piernas todavía reposaba uno de los álbumes con fotos personales que había encontrado.

—Jamás hubiese dicho que eras tan antiguo como para tener tantos álbumes de fotos. A estas alturas no conozco a nadie que no lo tenga todo digitalizado.

—Lo tengo todo digitalizado —confirmó—, pero a veces me gusta tener las fotos más importantes en papel. Siento que así es más real. Hay algo bonito en coger un álbum de fotos, sentarte en el sofá y revisarlo para saber más de la vida de una persona, ¿no te parece?

Su tono era divertido, se hacía muy evidente que me había pillado y ni siquiera tenía que confesar, pero, aun así, lo hice.

—He cotilleado cada álbum que he encontrado.

Su risa sonó a música celestial para mí, no sé por qué.

—Contaba con ello. ¿Algo que te haya llamado la atención?

—Oh, sí. —Abrí el álbum por una página del principio y le señalé a un chico que aparecía junto a él. Los dos sonreían, pero era evidente que su acompañante era muchísimo más joven que él, y eso que Kane ya era joven—. ¿Quién es?

Estuve a punto de preguntar si se trataba de un familiar, pero recordé a tiempo que Kane ya no tenía familia. A menudo me había preguntado cómo había hecho para sobrevivir sin el apoyo constante de una familia amorosa y paciente como la que yo había disfrutado.

—Se llama Easton y es un maldito genio —dijo con una sonrisa tan orgullosa que de inmediato quise saber más. Debió notarlo porque siguió hablando sin que tuviera que pedírselo —. Lo conocí hace un tiempo en un programa de Hermanos Mayores. Cuando las cosas empezaron a irme bien quise ayudar a adolescentes con riesgos de exclusión social. Easton llegó a mí cuando estaba tan perdido como lo estuve yo en su día. Cuando lo conocí tenía una familia completamente desestructurada que le hacía la vida muy difícil. Me di cuenta enseguida de que era un genio. No es ninguna metáfora o halago exagerado. Es un maldito genio de la informática. Tanto que, con un poco de ayuda por mi parte, mucha implicación de la asociación en la que estaba y un inmenso esfuerzo por su parte, logró dejar atrás todo lo que le impedía alcanzar sus metas. Consiguió una beca para Harvard, nada menos, y ahora estudia allí, para su orgullo y el mío.

No tenía que jurar que se sentía orgulloso de ese chico. Sus ojos brillaban de un modo que me emocionó, porque era increíble lo que Easton había logrado, pero también era maravilloso que en el mundo hubiese gente como Kane dispuesto a ayudar a los demás solo para poder brindarles oportunidades, porque estoy segura de que cuando él dijo que lo había ayudado un poco se quedó muy corto. De hecho, estaba convencida de que si Easton era tan buena persona como parecía a través de las palabras de Kane, estaría eternamente agradecido con este.

—Eres una gran persona —dije sin contenerme.

Él pareció sorprendido, pero se repuso enseguida.

—Guau, sí que me has echado de menos.

Me reí y cambié de álbum para coger uno más pequeñito. Me había resultado curioso porque no aparecía ni una foto de personas en todo el álbum. En cambio, había un sinfín de fotos de distintos viñedos. Se lo enseñé y fruncí el ceño a modo de pregunta.

—¿Y esto? ¿Puedes explicar por qué vas por ahí haciendo fotos a viñedos ajenos? ¿O todas son del mismo? Es raro.

Kane se ruborizó un poco y eso me hizo gracia y al mismo tiempo me dio ternura.

—Bueno, mi padre era un gran apasionado de los vinos. Cuando era pequeño me hablaba de los grandes viñedos en los que se producen algunos de los mejores vinos del mundo. Me contaba lo mucho que le gustaría visitarlos algún día y poder conocerlos. Él no pudo hacerlo, pero yo sí. Cuando tuve la oportunidad y el dinero para viajar fui a conocer los viñedos que ves en las fotos. No son todos los que me interesan, pero sí algunos. Al principio lo hice en parte por placer y en parte por cumplir uno de sus sueños, pero no tardé mucho en darme cuenta de que había heredado de él mi amor por el vino y la enología.

—Oh, Kane…

—Pensé durante mucho tiempo que solo quería interesarme porque así podía estar más cerca de él. Era una forma de no olvidarlo, ¿sabes? Pero ahora sé que, en el fondo, soy tan enamorado de todo esto como él. Tanto como para hacer fotos a viñedos y meterlas en un álbum —dijo con una sonrisa tímida.

Recordé, sin saber por qué, sus palabras acerca de buscar un hombre que fuera tímido y al mismo tiempo fuera capaz de empotrar a una mujer contra una pared. Tragué saliva. Aquel pensamiento no pintaba nada allí.

—¿Nunca has pensado ser enólogo? —pregunté con curiosidad y, sobre todo, para dejar de tener pensamientos que no tenían pies ni cabeza.

—¿De un modo platónico? Constantemente. Sueño con tener mis propios viñedos, producir el mejor vino del mundo y vivir en una de esas casas en las que solo tienes que abrir las ventanas para ver los mejores atardeceres del mundo.

—¿Y por qué no lo haces? —pregunté fascinada al notar en su voz la ilusión que sentía por aquello.

—Bueno, no es fácil. En primer lugar, se necesita dinero.

—Oh, vamos, Kane. Ganas mucho dinero.

—También se necesita mucho tiempo y yo no lo tengo. Mi trabajo con Holden absorbe mis días, ya lo has visto.

—No, claro, tendrías que dejar a Holden.

—Eso sería algo desagradecido. Él me ayudó cuando más lo necesitaba y yo no puedo dejarlo en la estacada.

—Pero…

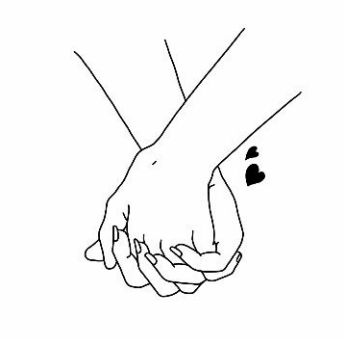
—Yo nunca dejo en la estacada a la gente que me importa, Fabiola. Nunca.

Hablaba de Holden. Yo sabía que hablaba de Holden, pero por alguna razón, fui incapaz de controlar el escalofrío que recorrió mi cuerpo de pies a cabeza.

¿Qué demonios estaba ocurriéndome?

13

# Kane



El día siguiente, a pesar de ser sábado, tuve que ir a trabajar como cualquier otro día de la semana. La campaña de *Coffee King* para el 4 de julio estaba en marcha, y había mucho trabajo por hacer. Sin embargo, la falta de sueño por compartir la cama con Fabiola seguía afectando mi desempeño. Estaba agotado y con una migraña terrible.

Aquella mañana teníamos una reunión con el equipo de innovación alimentaria. Querían que probáramos la bebida especial que habían creado para la campaña del 4 de julio. Sin embargo, yo me encontraba en unas condiciones físicas y psíquicas terribles.

No se trataba solo de la falta de sueño que obviamente mermaba considerablemente mi capacidad de concentración, sino también me preocupaba el nivel de tensión al que sometía a mi cuerpo durante la noche. Fabiola seguía durmiendo pegada a mí en el mejor de los casos, y abrazada a mí en el peor. Sin ir más lejos aquella noche me convirtió en su colchón y de alguna forma acabó encaramada sobre mi cuerpo, boca abajo, con su cabeza sobre mi pecho y sus piernas enredadas con las mías. Intenté librarme de ella, pero fue imposible; cada vez que lo intentaba, Fabiola gruñía y se agarraba a mi cuello como si fuera un bote salvavidas en medio del océano.

Aquella situación fue agónica. Sentir a Fabiola moverse sobre mi cuerpo, rozándose contra

mí, me llevó al borde de la locura. El esfuerzo mental que tuve que hacer para no empalmarme, fue majestuoso. No quería excitarme. No mientras ella estaba dormida. Me parecía algo propio de un puto pervertido y yo no quería convertirme en uno.

Así que me pasé las horas resolviendo ecuaciones imaginarias, tratando de enfocar mi mente en cualquier cosa que no fuera la mujer dormida quetenía encima de mí.

Total, había sido una noche terrible y me sentía asqueado, frustrado y de una mala leche considerable. Eso explicaba por qué en lugar de la persona agradable y paciente que solía ser, me convertí en un imbécil desquiciado.

—¡Esto es inaceptable! ¡Inaceptable! ¿En serio creéis que podemos ofrecer esta bebida a nuestros clientes para celebrar el Día de la Independencia? Es asquerosa. ¡Horrible! ¡Repugnante! ¡Sabe a vómito! ¿Queréis que nos frían a críticas negativas en las redes sociales? Es un día para celebrar, no un día para querer arrancarse el paladar de cuajo.

Mis palabras resonaron en la sala de reuniones, y tanto Holden como el equipo de innovación alimentaria se quedaron en silencio, mirándome con sorpresa. Yo nunca hablaba así, pero la falta de sueño y la tensión acumulada me habían llevado al límite.

Tras salir de su asombro, Holden carraspeó y suavizó mis palabras.

—Creo que lo que Kane quiere decir es que podría mejorarse. El jarabe de arándanos no casa bien con la leche de vainilla. ¿Podéis darle una vuelta?

Asintieron en grupo y tras asegurar que traerían algo nuevo al día siguiente abandonaron la sala.

Holden me atravesó con sus ojos grises.

—Tío, ¿se puede saber qué te pasa?

—No me pasa nada. Solo he dicho la verdad.

—Ya. Pero tú eres el poli bueno y yo el poli malo, ¿recuerdas? Ese era el trato. Y no me has dejado mucho margen de maniobra con tu reacción desmesurada.

—Oh, vaya, perdón. No sabía que ahora censurábamos la honestidad —grazné.

—Nadie está censurando nada. Solo digo que no pareces tú. —Chasqueó la boca, mirándome con los ojos entrecerrados, como si yo fuera un acertijo que se moría por resolver—. Ayer cuando pusiste a Adriano en su sitio me hizo gracia. Pensé, mira, ahí tienes a Kane, que nunca dice una palabra más alta que la otra, mostrando un poco de chispa. Pero hoy... parece que la chispa se ha convertido en fuego. ¿Qué está pasando contigo?

Respiré profundamente, sabiendo que Holden tenía razón. Estaba permitiendo que mis problemas personales afectaran mi profesionalidad y no podía permitirlo.

—Tienes razón, lo siento. Estoy… irascible.

—Y desquiciado. Llevas una semana comportándote de forma extraña. Es obvio que me estás escondiendo algo. Y también es obvio que no descansas lo suficiente. Tienes unas ojeras que te llegan hasta el suelo, estás de mal humor y pareces descentrado y despistado todo el tiempo. Ayer estuviste a punto de graparte la mano en lugar de los folios, ¿y qué me dices cuando confundiste el frasco de las lágrimas artificiales por el del pegamento instantáneo y estuviste a punto de echártelo en los ojos? Si no llego a estar contigo entonces, no sé qué hubiera pasado.

Joder, sí, el episodio con el pegamento aún me daba escalofríos.

—Tienes razón, no estoy en mi mejor momento. Lo siento.

—No necesito que me pidas disculpas, quiero saber qué es lo que pasa. —Volvió a mirarme de esa forma, como si quisiera desentrañar lo que ocultaba—. Estás viéndote con alguien. ¿Es eso?

—¿Qué? No. Por supuesto que no. ¿Por qué iba a esconder algo así? Si saliera con una chica

serías el primero en saberlo.

—Ya. Puede. Pero ¿quizás no es una chica?

—¿Perdón? —Abrí mucho los ojos, atónito ante su suposición.

—Puede que te sientas avergonzado. Aunque no sé por qué tendrías que sentirte así teniendo en cuenta que soy muy abierto. Incluso añadí una bebida con los colores con la bandera LGTBI en la carta para celebrar el mes del orgullo.

Tardé unos segundos en recuperar el habla.

—Agradezco tu apoyo y comprensión, Holden, pero no, no soy gay. No es que haya nada malo en serlo, pero me atraen las mujeres.

Holden asintió, mirándome muy fijamente.

—Entonces dime, ¿qué me ocultas?

Quise decirle que lo que ocultaba era la hermana desaparecida de Adriano en mi casa, pero no lo hice porque había prometido a Fabiola guardarle el secreto y siempre fui hombre de palabra. Estaba seguro de que cuando se supiera la verdad no me iban a felicitar precisamente. Pero odiaba mentir a Holden. Y odiaba más aún haberme convertido en un empleado tan ineficiente y distraído. Pero poca cosa podía hacer por restaurar el orden de las cosas.

—No puedo contártelo —solté al fin, con un nudo en el estómago. Me sentía atrapado entre la lealtad hacia Fabiola y mi amistad con Holden.

Holden frunció el ceño, visiblemente preocupado.

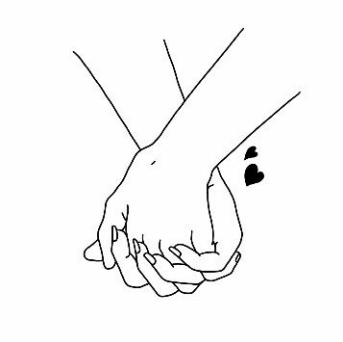
—En ese caso no voy a insistir. Te conozco, tus razones tendrás para guardar silencio. Pero no puedes seguir viniendo a trabajar con ese humor de mierda. Duerme más, folla más… haz lo que sea que necesites para volver a ser el Kane que conozco. ¿De acuerdo?

Asentí, prometiéndome a mí mismo encontrar la manera de mejorar la situación. Ahora me

río al pensar en lo ingenuo que fui al pensar que aquella tensión sexual no resuelta y excitación constante podrían resolverse de forma espontánea. ¿Acaso se puede escapar de un tsunami que se acerca a ti a toda velocidad? No. Solo puedes rezar para que la ola no te arrastre con ella y te deje maltrecho.

14

# Fabiola



Cuando me desperté esa mañana, el aburrimiento cayó sobre mí como una pesada manta. Necesitaba que Daniel aclarara las cosas de una vez por todas, pero mientras tanto, me encontraba atrapada sin mucho qué hacer. Intenté llamar a Arielle para distraerme, pero no respondió. Supuse que estaría ocupada en el taller, recibiendo a novias histéricas por la proximidad del día de su boda. Resoplé llena de frustración y, en su lugar, decidí escribir un correo a Kane.

*De: Fabiola*

*Para: Kane*

*Asunto: Te necesito*

*¡Ayuda! No aguanto más encerrada sola aquí. ¿A qué hora volverás a casa? Dime que no muy tarde, por favor. Estoy desesperada y aburrida. Sin ti, las horas se hacen interminables.*

*Fabiola.*

*P.D. Adjunto un GIF del gatito de Shreck como chantaje emocional, espero que funcione.*

Envié el correo y esperé frente a la pantalla unos minutos. Era una pena no disponer de teléfono móvil para comunicarme, pues era un método de mensajería mucho más rápido y cómodo que aquel. Cuando ya pensaba que no respondería, vi aparecer el icono de correo entrante.

*De: Kane*

*Para: Fabiola*

*Asunto: Re: Te necesito*

*Siempre pensé que si algún día una mujer me decía algo como «Te necesito» sería bajo otro contexto, lo que resulta un poco decepcionante.*

*Respecto a tu pregunta, saldré sobre las tres, ¿te apetece que hagamos algo en particular?*

*Podríamos escaparnos de incógnito a algún sitio.*

*Kane.*

*P.D. ¿Por qué se supone que ese GIF debería funcionar como chantaje emocional?*

Releí el mensaje unas cuántas veces, intentando captar el doble sentido de la primera parte del correo. ¿Qué había querido decir con aquello? ¿Qué le decepcionaba que no lo necesitara de otra manera? ¿Qué quería que lo necesitara de otra manera? ¿O solo estaba bromeando y yo estaba sacando las cosas de contexto porque solía sobreanalizarlo todo?

Una vez más recordé sobre nuestra conversación dentro del coche unos días atrás cuando dijo que ser un chico bueno y buen empotrador no estaba reñido. ¿Sería verdad? ¿Kane era

ambas cosas? Dios ¿qué me pasaba? ¿Por qué pensaba en eso ahora?

Espanté mis pensamientos y respondí su correo con otro:

*De: Fabiola*

*Para: Kane*

*Asunto: Re: Te necesito*

*Kane, estoy segura de que hay muchas mujeres que te necesitan en otros contextos, ¡no mientas!*

*Por lo demás… me encanta tu idea de escaparnos a algún sitio. ¿Ese sitio podría ser la playa? Hace calor y me muero por darme un chapuzón.*

*Fabiola.*

*P.D. El GIF funciona porque es imposible resistirse a la ternura de ese gatito.*

Tres minutos fue lo que Kane tardó en responder.

*De: Kane*

*Para: Fabiola*

*Asunto: Re: Te necesito*

*¿La playa?*

*No tienes traje de baño, no creo que sea buena opción. ¿Y si vamos al cine?*

*Kane.*

*P.D. Tampoco te pases con el GIF, ni siquiera es real, es un dibujo.*

Deslicé rápidamente los dedos por el teclado redactando mi respuesta:

*De: Fabiola*

*Para: Kane*

*Asunto: Re: Te necesito*

*No necesito un traje de baño para bañarme, puedo usar un conjunto de ropa interior. Hace mucho calor y no me apetece estar encerrada en una sala de cine. ¡Quiero libertad!*

*¡Por favor, vamos a la playa! Te prometo que no te arrepentirás.*

*Fabiola.*

*P.D. Que digas eso del GIF hace que me replantee el concepto que tengo de ti, Kane Right.*

La respuesta de Kane no se hizo esperar:

*De: Kane*

*Para: Fabiola*

*Asunto: Re: Te necesito*

*Está bien. Vayamos a la playa.*

*Llegaré a casa en una hora, así que prepárate y nos vamos.*

*Kane.*

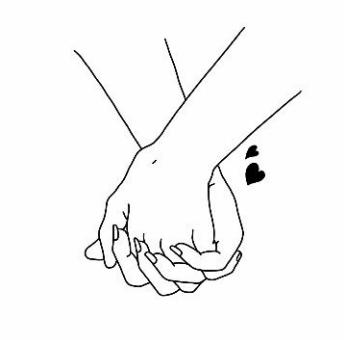
*P.D. Espero que ese concepto acabe de mejorar considerablemente.*

Salté de alegría al leer su respuesta. Estaba entusiasmada por pasar una tarde en la playa lejos de aquel apartamento, disfrutando de un ambiente relajado al aire libre. Además, me apetecía mucho aquel plan con Kane. No solo porque fuera la única persona presente en aquel momento convulso de mi vida, sino también porque me gustaba estar con él. Había descubierto en Kane a alguien divertido, amable y cariñoso, y me estaba acostumbrando a su compañía, tanto que, de alguna forma, no quería que aquello terminara. O sea, sí, odiaba el aburrimiento y el encierro, pero cuando Kane estaba conmigo, no importaba nada más que él, yo y el momento que compartíamos juntos.

Con una sonrisa pintada en la cara, fui al cuarto de baño y empecé a depilarme, con ganas de que el tiempo pasara rápido para perderme entre salitre y brisa marina.

15

# Kane



Antes muerto que ver a Fabiola bañarse en el mar en ropa interior.

Era todo lo que podía pensar mientras releía su mensaje. Envié mi respuesta sin decirle nada, pero es que ni de puta coña iba a bañarse en el mar en sujetador y bragas, por muy disimuladas que estas fueran. Y no era porque yo fuera un machista, nada que ver con eso. Era porque temía demasiado por mi propia salud mental. Ya se me hacía insoportable atravesar ciertas situaciones con lo que mi imaginación hacía en mi cabeza. La idea de tenerla a mi lado y así en la playa se hacía tan insoportable que, al salir, no lo pensé demasiado a la hora de parar en una tienda y comprar un bikini para Fabiola.

Cuando estuve de vuelta en el coche miré la bolsa cerrada con un lazo. Era un bikini bastante caro, pero no era eso lo que me preocupaba, sino más bien la reacción de Fabiola. No sabía bien cómo explicarle que le había comprado un traje de baño porque era incapaz de soportar su presencia en ropa interior. O sea, no sabía cómo decirlo sin parecer un enfermo.

Arranqué, diciéndome a mí mismo que eso era algo que enfrentaría cuando llegara el momento, y volví a casa para encontrarme con una Fabiola que me recibió con una sonrisa que no olvidaré nunca.

—No te imaginas lo emocionada que estoy por poder salir de casa —dijo abrazándome y sonriendo.

Sonreí de vuelta y, cuando nos separamos, estiré el brazo y le hice ver la bolsa.

—Esto es para ti.

—¿Para mí?

Lo preguntó tan sorprendida que me hizo pensar en que, en realidad, Fabiola no parecía muy acostumbrada a los regalos, o más bien a los regalos provenientes de hombres fuera de su familia. Me pregunté cuántas veces le habría comprado Daniel algo o si también había sido un imbécil en eso, porque cuanto más días pasaban más claro que quedaba que tenían una relación mucho más extraña y fría de lo que se podía percibir desde el exterior. Un tipo de relación que ella no merecía. Fabiola se merecía que un hombre quisiera colmarla de regalos solo porque sí, sin ningún motivo en especial. Y ya que estamos, se merecía a alguien que la empotrara cada maldito día porque… joder, porque sí. Solo era necesario conocerla para saber que no eran necesarias las explicaciones. Yo, al menos, no las necesitaba.

—He pensado que, si vamos a ir a la playa, te irá bien.

Ella aceptó la bolsa, la abrió y extrajo el bikini con una cara de sorpresa que me hizo sentir nervioso. ¿Había sido demasiado invasivo? Mierda. No quería tener que explicar mis verdaderos motivos para comprarlo, pero…

—¡Oh, Dios! ¡Es precioso, Kane! —Me abrazó de nuevo mientras sostenía el bikini en una mano—. No sé cómo voy a agradecerte todo lo que haces por mí.

—No tienes que agradecerlo. Me basta con que te guste.

—¡Me encanta! —Tocó la tela verde esmeralda mientras lo miraba visiblemente emocionada—. Voy a probármelo ahora mismo.

No me dio tiempo de reaccionar. Se levantó, se metió en el baño y me quedé allí pensando que en realidad yo no había hecho tanto y, de hecho, había sido un acto egoísta, más pensando en mi salud mental que en ella, pero era tan miserable que ni eso iba a admitir en voz alta.

Me senté en el sofá y esperé durante unos larguísimos tres minutos, aproximadamente.

Cuando Fabiola salió lo hizo con el bikini puesto y me maldije a mí mismo porque definitivamente eso no iba a ayudar a que mis malos pensamientos se evaporaran. En mis manos el bikini parecía suficiente y bastante corriente. Era de corte clásico. La braga no era de tanga, porque se suponía que quería evitarme las tentaciones, no darme más. La parte de arriba se veía bastante amplia porque, ejem, bueno, digamos que me había fijado en que Fabiola era una chica con pecho. Bien, pues le quedaba ajustado. No ajustado de pequeño, no, más bien ajustado de "perfecto y condenadamente sexy". Tragué saliva e hice un barrido visual antes de enfrentarme a su sonrisa.

—Estás preciosa —dije sin paños calientes.

—Es un bikini precioso, muy de mi estilo. ¿Te he dicho ya que eres el mejor?

Me levanté en cuanto vi que se acercaba porque no podía tolerar que me abrazara así, estando yo sentado. Que existiese la posibilidad de que se notara que… bueno… que me afectaba su presencia.

—Me lo has dicho, pero puedes repetirlo tanto como desees. —Fabiola rio y cogió la bolsa que había preparado con dos toallas y crema solar para ir a pasar el día en la playa—. ¿Quieres cambiarte?

—¿Eh? —pregunté desorientado por un momento por mis propios pensamientos.

—Que, si vas a cambiarte, ¿o acaso piensas ir a la playa en traje de chaqueta? Nada que objetar, estás guapísimo, pero no lo veo muy cómodo ni playero.

Quise contestar, pero lo único que mi mente era capaz de procesar era que Fabiola pensaba que estaba guapísimo vestido de traje. Una suerte, porque vestía así prácticamente cada día de la semana.

—Me cambiaré —dije cuando pude hablar—. ¿Has preparado algo de comer? Puedo hacerlo en un momento.

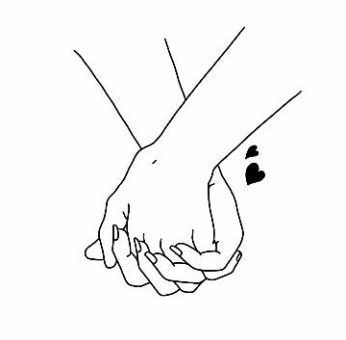
—He hecho un par de sándwiches por si acaso.

—Genial, perfecto. Me cambio y nos vamos, entonces.

Ella sonrió por respuesta y yo entré en el dormitorio y busqué durante varios minutos mi bañador porque, en realidad, hacía bastante que no iba a la playa. Mi vida se basaba en trabajar, salir con amigos el poco tiempo libre que tenía y, de vez en cuando, tener alguna cita que acababa (o no) en sexo satisfactorio (o no). En realidad, era una vida bastante tranquila y puede que incluso aburrida, pero solo me di cuenta de eso cuando Fabiola huyó de su boda, se escondió en mi casa y me hizo vivir toda aquella locura.

16

# Fabiola



Los gritos de la gente del parque de atracciones de Coney Island llegaban a mí lejanos, como un eco, consiguiendo de que me diera cuenta de lo callado que estaba Kane. No es que fuera el hombre más charlatán del mundo, por lo general solía ser reservado y solo daba su opinión si se le pedía, al menos hasta que estaba en confianza. Yo había conocido las dos versiones. El Kane del principio, hace muchos años, cuando él ya era así, y el Kane actual, uno de los mejores amigos de mi hermano y un hombre increíble, con un corazón enorme y siempre dispuesto a ayudar a los demás. No era el más extrovertido, cierto, o más bien no era tan dado a hacerse notar como mi hermano Adriano o Holden, pero tenía el poder de llamar la atención sin necesidad de exaltarse o dar la nota de cualquier manera.

Aquel día, en cambio, mientras ambos mirábamos el mar y yo enterraba los pies en la arena, no pude evitar pensar en lo callado que estaba.

—Si estás nervioso por haber salido conmigo…

—No es eso. Aquí estamos a salvo, estoy bastante seguro de que ni tu familia ni Holden vienen por aquí en días laborables.

—Entonces, ¿qué te pasa?

—No me pasa nada.

—Lo creas o no, soy la reina de los “nada”. Y lo creas también o no, cuanto más grande es

mi enfado, más tiendo a decir que no me pasa nada.

Kane sonrió y pensé que era imposible que estuviera enfadado. No me sonreiría con esa dulzura tan característica suya.

—¿Y qué hay que hacer en uno de esos días en los que no te pasa “nada”?

—Oh, correr.

Esta vez su risa sonó alta y clara. Incluso más alta y clara que los gritos lejanos del parque de atracciones.

—Entiendo. Bueno, intentaré no provocar uno de esos momentos nunca.

—Sería imposible. Eres demasiado bueno.

—O no.

—Y demasiado dulce.

—Eso piensas, ¿eh? —sonrió y movió la cabeza negativamente. No sabía qué significaba, pero no dejé de mirarlo—. En fin… puede que tú seas una reina en eso de los “nada” falsos, pero te aseguro que a mí no me pasa nada y es de verdad.

—¿Seguro?

—Seguro, estoy bien.

Guardé silencio un instante. Intenté que las inseguridades no me ganaran la partida, pero era complicado para mí. Me di cuenta en ese instante de que con Daniel las cosas habían sido siempre distintas. O sea, cuando me enfadaba lo hacía evidente incluso con esos “nada” pero él no hacía nada. Era como si no le importara y ahora entendía por qué. En cambio, Kane parecía preocuparse por mí de verdad. O sea, no soy tonta, entendía bien que había una diferencia abismal porque Daniel había sido mi novio y Kane era solo un amigo, pero, aun así, estaba bastante segura de que con las chicas sería igual que era conmigo. Dulce, cariñoso, atento, paciente y nada dado al chantaje emocional, como sí lo era mi ex.

—Es increíble que hayas acertado en la talla de mi bikini —dije estirando mis hombros hacia atrás y comprobando lo cómodo que resultaba—. Te pagaré hasta el último centavo que haya costado.

—Ni hablar —dijo riendo—. No tienes que pagarme nada.

—¿Entonces no estás molesto por haber tenido que regalarme algo más? Estoy sumando una lista inmensa de cosas que te debo.

—No me debes nada —insistió—. Y no estoy molesto por comprarte un bikini. Lo he hecho porque he querido.

—Jo, pues gracias. Es increíble que hayas sido tan atento y acertado. ¡Incluso me queda ideal de pecho! —Kane miró a mis pechos automáticamente y, un segundo después desvió sus ojos hacia el mar con el rubor coloreando sus mejillas. Era una insensata y no debería haber hecho un comentario como ese, porque no quería que se sintiera incómodo, pero, aun así, el modo en que apartó la vista de inmediato…—. Qué suerte va a tener la mujer que se quede contigo —murmuré en voz alta sin darme cuenta.

—¿Qué? —preguntó sorprendido y mirándome—. ¿Por qué?

—Por todo, Kane. Por todo. —Carraspeé y me levanté, porque estaba mirándome de un modo tan intenso que me hacía sentir un poco incómoda—. ¿Nos bañamos?

—Ve tú, yo voy a tomar el sol un poco más.

No insistí, porque en parte necesitaba ese tiempo a solas. No sabía bien por qué. Lo único que sabía era que, de pronto, él me había mirado con una seriedad distinta a la que tenía normalmente. Era algo más… profundo. Algo para lo que no tenía palabras. Y no solo eso. Me di cuenta de que, tal y como dije que cualquier mujer tendría suerte de estar con él, lo pensé de verdad. Y al pensarlo, al imaginar a cualquier mujer del mundo con Kane experimenté un sentimiento extraño. Un sentimiento que se podría calificar como celos, pero eso era imposible.

Hacía años que conocía a Kane y nunca, ni una sola vez, me había planteado tener algo más

con él o lo había visto como algo más que un buen amigo. Además, era amigo de mi hermano y eso automáticamente hace que esté prohibido o algo así, ¿no?

En cualquier caso, no podían ser celos, pero ¿entonces por qué sentía que algo se retorcía en mis entrañas cuando imaginaba a Kane encontrando al amor de su vida?

Me zambullí en el agua sin pensarlo. Metí la cabeza bajo una ola y, cuando salí a la superficie, dejé que mi cuerpo flotara mientras miraba el cielo y el vaivén de las olas jugaba conmigo.

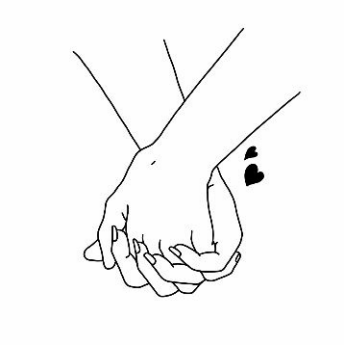
Todo ese remolino de sensaciones debía ser algo más profundo que aparentes celos. Lo pensé un poco y, al final, llegué a la conclusión de que seguramente no tenía celos de Kane como tal, sino más bien de la certeza de que él sí sería un gran marido algún día. Él sí formaría una familia preciosa y se implicaría, viviría en una gran casa, tendría un perro, hijos… Tendría la vida que ella había añorado siempre y, además, lo haría porque querría, por amor, y no por los motivos que llevaron a Daniel a querer casarse conmigo.

Me pregunté si aquello que sentía no era más que el dolor de saber que el único hombre que me había pedido matrimonio solo quería utilizarme como tapadera. A eso, y a que no sabía si algún día yo me merecería que alguien me quisiera como Kane Right iba a querer a su futura, perfecta y aborrecible esposa.

Sí, aborrecible. Decidí en aquel instante que no me importaba de quién acabara enamorado mi amigo. Iba a odiar a esa pobre mujer y lo sentía mucho por las dos. Por ella, porque posiblemente no lo mereciera, y por mí, porque el rencor era muy mal compañero de viaje en la vida.

17

# Kane



Me sentía un puto enfermo observando a Fabiola de aquella manera, como si fuera una jodida sirena y estuviera hechizado por su canto. Pero por mucho que me esforzara, mis ojos volvían una vez tras otra sobre ella. Los rayos del sol de la tarde arrancaban destellos dorados en su piel bronceada. El bikini dejaba muy poco espacio a la imaginación y me aprendí cada una de sus curvas como quién aprende el recorrido de un trayecto en el mapa antes de iniciar un viaje. Y joder, sí, lo admito: aquel era un viaje que llevaba mucho tiempo queriendo realizar.

Vivir contenido empezaba a pesarme. Llevaba demasiado tiempo siendo así. Aprendí a contenerme de muy joven, cuando mis padres murieron y una tía mía tuvo que hacerse cargo de mí. Aunque ella nunca me echó en cara nada, yo me sentía una carga, así que me esforcé mucho para no molestar y pasar desapercibido. Llegaba a casa tarde, cenaba y me encerraba en mi dormitorio, que siempre mantenía limpio y ordenado. Quería causar los menores problemas posibles, por lo que me esforcé mucho para sacar las mejores notas, obtener becas y no tener que depender de ella para nada.  Y esa forma de ser fue la que acabó forjando mi personalidad, convirtiéndome en alguien reservado y a menudo inaccesible. Alguien que se lo tragaba todo porque no tenía derecho a protestar. La contención formaba parte de mi persona y, gracias a ella, sobreviví a un mundo que, a menudo, era injusto y cruel, pero también me volví alguien demasiado encerrado en mí mismo. Por eso llevaba tanto tiempo escondiendo en la caja fuerte de

los imposibles todos aquellos sentimientos que creía inadecuados o inservibles. Sentimientos que, ahora, mirando a Fabiola, se volvían más difíciles de manejar que nunca.

—¡Venga, Kane! Métete en el agua. ¡Está muy buena! —exclamó Fabiola sonriendo.

—Prefiero quedarme en la orilla. —Sus ojos se encontraron con los míos y sentí que el vértigo se instalaba en la boca de mi estómago.

Fabiola era una mujer risueña y alegre, ese tipo de persona que parece un sol con patas que irradia luz y calor ahí donde va. Había odiado verla tan mal durante los últimos días, por lo que me aliviaba comprobar que lo peor ya había pasado. O al menos eso parecía.

—No tiene sentido venir a la playa para quedarse mirando.

Me callé lo que pensaba, que era que sí tenía sentido, porque estaba disfrutando mucho de las vistas. En su lugar, me encogí de hombros.

—He venido a la playa por ti, no porque sea un plan que me guste demasiado.

—Pero ¿de qué sirve haber venido si no me haces compañía? Es aburrido bañarme sola.

—No estás sola, hay un montón de bañistas a tu alrededor.

—Pero ellos no son tú. Ven. —Fabiola me señaló con el dedo y luego hizo el gesto de que me acercara con él.

Esa mujer acabaría con mi estabilidad mental, estaba convencido de ello. Podría haber sido inflexible con mi negativa, pero su sonrisa traviesa mientras me pedía aquello me estaba volviendo loco. Tanto que, de nuevo, volvía a sentir la excitación tensionando mis pantalones. Era el tipo de sonrisa que una chica hace justo antes de meterse ciertas cosas en la boca.

Con un gruñido, me quité las gafas y me dirigí corriendo hacia el agua. No quería ponerme en evidencia delante de ella. Traté de ocultar cualquier señal de excitación que pudiera delatarme, pero la frescura del agua no fue suficiente para aplacar mis emociones. Nadé lejos de

Fabiola, tratando de mantener una distancia segura para ambos, pero ella me atrapó por detrás y se subió en mi espalda Sentir sus pechos contra mi piel no ayudó a que mi erección disminuyera, precisamente. Recé para que ella no se diera cuenta de que tenía el mástil alzado a pocos centímetros de donde ella había colocado sus pies al rodearme la cintura.

—Tienes una buena espalda, ¿lo sabías? Podría echarme una siesta en ella —dijo apoyando su cabeza.

—Mi cuerpo no es un área de descanso.

—Pues debería serlo, es muy cómodo. Podrías rentarlo por horas.

—Quizás lo haga. Teniendo en cuenta el tiempo que pasas subida en él durante las noches quizás pueda ganarme un buen sobresueldo.

Aunque no la pude ver, supe que había hecho un mohín

—Me muevo mucho, ¿verdad? —Suspiró—. Por eso Daniel apenas se quedaba a pasar la noche en casa. Decía que era como un terremoto en la cama y que era imposible dormir conmigo. Supongo que tenía razón.

Fabiola se soltó de mi cuello, dejó de rodearme y yo sentí que mi interior ardía de enfado. Cerré los ojos, queriendo romperle la cara a ese Daniel una vez más. No me importaba en absoluto su orientación sexual, pero sí que hubiera engañado a Fabiola todos esos años, convirtiéndola en una mujer insegura en muchos aspectos. Suspiré y giré sobre mí mismo para poder mirarla a la cara mientras hablaba. Mantenía sus ojos fijos en el agua y todo rastro de diversión había desaparecido como una pompa al explotar en el aire.

—No creo que sea imposible dormir contigo en la cama —mentí, porque en realidad en mi caso estaba comprobado que sí era imposible dormir con ella en la cama, pero por motivos distintos a los que ella creía—. Puede que te muevas mucho, pero no me importa—mentí otra vez—. Por lo que a mí respecta puedes seguir durmiendo sobre mi cuerpo las noches que quieras

—joder, era un puto mentiroso—. Considérame tu área de descanso personal.

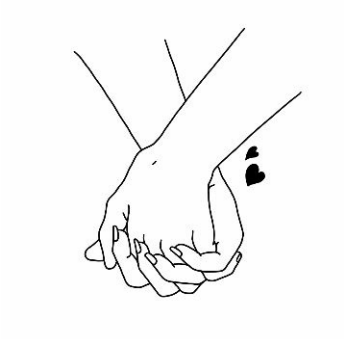
—¿Mi área de descanso personal? —Fabiola reprimió una sonrisa—. Kane Right, no puedes decir eso a una chica tan a la ligera. Corres el riesgo de que se enamore de ti.

Me quedé cortado y Fabiola se rio, salpicándome antes de sumergirse en el agua. Era obvio que solo era una broma, pero yo lo sentí como si alguien me diera un puñetazo en el estómago. Y es que no podía perder de vista que Fabiola era la hermana pequeña de Adriano, que acababa de pasar por una experiencia traumática con su ex, y que era del todo inadecuado fantasear con ella.

¿El problema?

Que a pesar de saber todo eso, mi cuerpo se negaba a cooperar. Seguía excitado, empalmado y más frustrado como nunca. Con un resoplido, me zambullí entre las olas, deseando que pudiera seguir manteniendo en pie ese muro de contención que empezaba a resquebrajarse.

# 18
# Fabiola



Llegamos a casa, nos duchamos y pedimos comida china para cenar. Después de una deliciosa comida, nos sentamos en el sofá dispuestos a ver una película juntos. Me sentía feliz y aliviada después de un día en el exterior.

A mitad de la película, Kane sacó su teléfono y luego su portátil. Fruncí el ceño al verlo.

—¿Vas a ponerte a trabajar a estas horas?

—Hay algo urgente que debo terminar —respondió Kane, sin apartar la mirada de la pamtalla—. Lo he dejado a medias antes para ir contigo a la playa. Debo acabarlo antes de acostarme.

Pensé en lo fiel y responsable que era Kane en su trabajo. Yo también me tomaba en serio el mío, y trabajaba más horas de las que debía. Incluso me despertaba de noche sobresaltada por la idea de un nuevo zapato que se me había ocurrido en sueños y me levantaba corriendo para esbozarla. Pero el diseño de zapatos era mi pasión. Desde pequeña supe que quería ser diseñadora de calzado. Era lógico que toda mi vida girara en torno a eso. Sin embargo, en el caso de Kane, dudaba que su dedicación fuera obra de un amor desbordante por su trabajo. Algo me decía que tenía más que ver con su lealtad hacia Holden.

Aquello dio vueltas en mi mente creándome una fuerte curiosidad.

—¿Puedo hacerte una pregunta?

—Claro. ¿Qué quieres saber? —Kane dejó lo que estaba haciendo para mirarme con una de sus sonrisas tranquilas.

Podía haberme dicho que esperara, que estaba concentrado en el trabajo, como hacía Daniel cuando le interrumpía, pero ser descortés no estaba en la naturaleza de Kane.

—¿Te gusta tu trabajo?

Kane parpadeó como si la pregunta le pillara desprevenido.

—Bueno, no está mal.

—¿Qué clase de respuesta es esa?

—¿Qué clase de respuesta necesitas?

—Quiero saber si disfrutas con lo que haces.

Kane lo pensó unos segundos antes de responder, acomodándose en el sofá. Luego se encogió de hombros con suavidad.

—Se me da bien lo que hago y me gusta ser útil y ayudar a Holden. Somos un buen equipo y él siempre me hace sentir valorado y escuchado. Tengo mucha suerte de trabajar para él. Pocas personas pueden decir que trabajan con su mejor amigo. Y aunque Holden puede ser un capullo en muchos aspectos, es un buen jefe. ¿Eso responde tu pregunta?

Asentí y Kane regresó al trabajo con una sonrisa gentil. A pesar de no haber respondido mi pregunta directamente, podía captar perfectamente su significado. El motor de su dedicación en el trabajo no era la pasión sino su lealtad inquebrantable hacia Holden. Aún recordaba lo que dijo sobre que nunca dejaba en la estacada a la gente que le importaba.

Mientras Kane escribía en su portátil, fijé la mirada en el televisor, recordando nuestra conversación sobre los viñedos y la enología. Era una pena que no luchase por sus propios

sueños, estaba convencida de que con su constancia y tesón sería capaz de conseguir lo que se propusiera. Sabía lo mucho que le había costado llegar hasta donde estaba. Adriano nos había explicado a mis padres y a mí alguna vez cuando iba a la universidad lo mucho que Kane se esforzaba y lo duro que trabajaba para mantener su beca. Siempre había admirado a la gente como él, que se labraba un futuro prometedor a pesar de sus circunstancias personales. Yo en cambio lo había tenido fácil al haber nacido en el seno de una familia adinerada.

No pude evitar pensar en lo diferente que debían haber sido nuestras vidas. Como ojo derecho de papá, siempre vi satisfechos mis caprichos, incluso cuando estos eran desmesurados. Él, en cambio, había tenido que luchar por cada pequeña cosa que había obtenido en la vida.

Mientras daba vueltas a aquello, empezó a agobiarme la idea de ser un estorbo para él. Por mucho que Kane me hubiera asegurado mil veces que no lo molestaba y que podía quedarme el tiempo que necesitara, empecé a plantearme hasta qué punto estaba siendo sincero. ¿Había dicho aquello porque realmente no le importaba yo o porque era tan complaciente con la gente que le rodeaba que simplemente se había visto obligado a satisfacerme?

Agobiada y ansiosa, me levanté del sofá, fui al dormitorio y cogí el portátil que Kane me había prestado para escribirle un nuevo mensaje a Daniel:

*De: Fabiola*

*Para: Daniel*

*Asunto: Re: maldito mentiroso*

*¿Cuándo piensas sincerarte con tus padres, Daniel? El tiempo se agota. Si pasado el plazo que acordamos no lo has hecho, pienso descubrirte. No soporto más esta situación.*

*Saludos.*

*Fabiola*

Aquello de terminar los correos mandando saludos a Daniel me hacía sentir bien. Era como una pequeña demostración de que a pesar de lo que me había hecho seguía manteniendo mi orgullo y mi dignidad intactas.

Tras pensarlo unos segundos, decidí escribir otro correo, esta vez a mis padres.

*De: Fabiola*

*Para: Familia Romeo*

*Asunto: Estoy bien*

*No sé muy bien cómo empezar este mensaje. No es difícil para mí seguir escondida sabiendo que la situación en casa debe ser un caos. Y lo siento, lo siento muchísimo. estáis lidiando solos con las consecuencias de lo que hice, pero os prometo que hay una razón de peso y que muy pronto la conoceréis.*

*Dicho esto, quiero que sepáis que estoy en un lugar seguro. Me encuentro bien, echándoos de menos y lamentando mucho lo ocurrido, pero bien.*

*En cuanto la verdad salga a la luz saldré de mi escondite, iré a casa y os lo contaré todo.*

*Un beso.*

*Os quiere,*

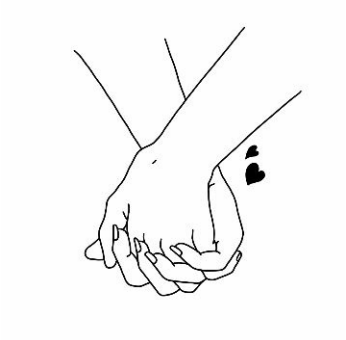
*Fabiola.*

Releí el mensaje y lo envié. Sabía que aquello no solucionaría el problema real al que mis padres se estarían enfrentando, pero me sentí un poco más aliviada. Solo esperaba que el maldito Daniel soltara de una vez por todas la verdad para dejar de esconderme y aclararlo todo. No sabía

cuánto tiempo podría seguir sobrellevando aquella situación.

19

# Kane



Al día siguiente, cuando desperté, Fabiola no estaba encaramada a mi cuerpo. Ni siquiera estaba en la cama. Fruncí el ceño porque era raro. Salí del dormitorio buscándola y la encontré en la cocina, sentada en una silla, con una taza de café por delante y mirando hacia el vacío por uno de los grandes ventanales que había en casa.

—Buenos días —dije con cierta cautela.

—Mmm.

La noté rara. Muy rara. Podía ver un aura oscura envolviéndola.

—¿Todo bien?

—El café de tu cafetera es maravilloso —fue toda la respuesta que obtuve—. He hecho de más, por si quieres.

En ningún momento me miró y eso me puso más alerta todavía. Me serví una taza mientras me despejaba, fui al baño, vacié mi vejiga, me lavé las manos y volví a donde estaba. Me senté a su lado y, aunque al principio me limité a imitarla y mirar por la ventana, pronto aquello empezó a desesperarme.

—¿He hecho algo que te haya molestado? —pregunté de un modo directo, porque no quería andarme por las ramas.

Si la había cagado en algo quería hacer lo máximo posible por arreglarlo. Estaba seguro de que no había sido queriendo.

Quizás se había dado cuenta de que lo mucho que la había observado. Joder, por favor, que no fuera aquello. O puede que se tratara de que había notado mi erección en algunos de los múltiples momentos en los que no podía controlar mi maldito cuerpo. Mierda, esa idea era aún peor.

—No, Kane, claro que no.

No me había dado cuenta de lo importante que era para mí su opinión hasta que me contestó.

—¿Entonces?

—Entonces ¿Qué?

—Te noto muy rara.

Su suspiro melancólico me dejó claro que yo tenía razón.

—¿Te han invitado a la barbacoa de hoy?

—¿Barbacoa?

Me llevó unos segundos darme cuenta de lo que hablaba. Era domingo y sus padres solían organizar copiosas barbacoas en las que cabía todo el mundo. Y cuando hablo de todo el mundo, me refiero a que a menudo asistía y veía gente que ni siquiera me sonaba. Los padres de Fabiola eran gente amigable y cercana y les encantaba tener la casa llena de gente. Por eso no me había extrañado nunca que Fabiola fuera tan extrovertida. En realidad, el gruñón era Adriano y, cuando conocías el contexto y lo que había ocurrido en su pasado, te quedaban claros los motivos.

—Mis padres…

—Lo sé —dije interrumpiéndola al darme cuenta de que me había sumido en mis propios pensamientos—. No, hoy no hay barbacoa.

—Oh.

Pensé durante unos instantes si compartir con ella la información que tenía. Me llevó poco decidir que sí, Fabiola tenía que saberlo. No quería que se sintiera culpable, pero estaba bien que fuera consciente de la situación que se estaba viviendo.

—Según Adriano, tus padres no piensan hacer nada hasta que aparezcas.

—Vale.

—¿Estás bien?

—Sí.

—Mentira.

Ella resopló, molesta.

—Pues claro que es mentira. No sé, es que… están haciendo como si me hubieran secuestrado o algo así. No es como si hubiese desaparecido de la faz de la tierra.

Di un sorbo a mi taza de café y medité bien mis palabras. No quería herirla al hablar, pero tampoco quería mentirle.

—Te entiendo, sé que estás frustrada y harta de esta situación, pero intenta ponerte en el lugar de tu familia. Es normal que estén preocupados. Quiero decir, yo me volvería loco si te perdiera.

—Tú no me has perdido ni me vas a perder. No vas a tener esa suerte.

Sonreí y, aunque no debería, en mi interior le di un contexto totalmente equivocado.

—Piensa en lo importante que eres para todos ellos. La princesita de papá. Por supuesto que no va a celebrar nada hasta que aparezcas.

—A lo mejor se avergüenzan de tener que dar más explicaciones.

—De eso nada. Te lo repito, Fabiola: eres la princesita de papá y mamá. Ellos matarían por ti sin pensarlo un solo segundo. Simplemente están preocupados con toda esta situación. En

cuanto reaparezcas y las cosas se aclaren volverán las barbacoas y podrás hartarte de contestar preguntas de conocidos cotillas.

Mi intento de hacerla sonreír funcionó a medias. Era evidente que aquel día se había levantado más revuelta de lo normal.

—¿Crees que debería volver? Quizás pueda pedirles que no me pidan explicaciones hasta que Daniel hable con ellos.

—Eso no funcionará —murmuré—. Insistirán hasta que cuentes lo que pasó.

—Joder.

—¿Es que estás mal aquí? —pregunté preocupado.

—No, al revés. Estoy tan bien que me sabe mal robarte tu espacio y tu intimidad. Lo días están pasando y me doy cuenta de que no quiero ser una cargar para ti.

—Eh —la abracé por el costado para que dejara de hablar—. No digas eso. No eres una carga para mí.

—Pero…

—Fabiola, tú nunca molestarás en esta casa. Nunca, ¿me oyes? Ni siquiera aunque hayas convertido todo este apartamento en un pequeño caos.

—¡Eh! —exclamó haciéndose la molesta, pero sin separarse de mí—. No soy tan caótica. —Me reí en alto y frunció el ceño—. ¿Qué?

—Oh, ¿quieres que te recuerde que mi baño antes no tenía prácticamente ningún estante ocupado? Ahora rebosa de cremas. Tu ropa está por todas partes y tu perfume no se va de ninguna de las habitaciones. —Las cremas y el perfume habían sido adquisiciones de la última semana que Fabiola había hecho en línea por insistencia mía, después de verla refunfuñar por echar todo eso de menos.

—Perdona, pero es un perfume carísimo y no deberías tener nada en contra de él.

—No tengo nada en contra. Es un buen olor.

—Lo es —insistió enfurruñada.

—¡Lo es! Solo digo que antes no estaba y ahora lo llena todo, pero eso no es malo.

—Has dicho que soy caótica.

—Lo eres, pero eso tampoco tiene por qué ser malo. En realidad, estoy acostumbrándome bastante rápido a tu caos.

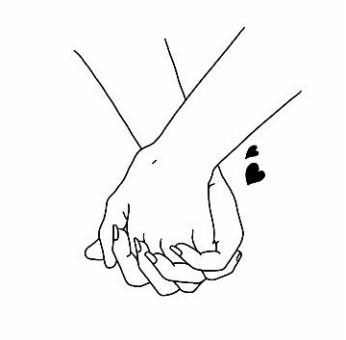
—Seguro que al final acabas echándome de menos.

Me reí, ella se separó de mi cuerpo para beber de su taza de café y yo pensé que tenía más razón de la que pensaba. El olor a Fabiola estaba volviéndome loco en muchos sentidos, pero estaba completamente seguro de que, cuando se marchara de casa, iba a sentir una especie de soledad que no había sentido hasta ese momento.

El modo en que aquella mujer había conseguido invadir cada espacio para dejar una huella imborrable era, simplemente, asombroso.

20

# Fabiola



El lunes me levanté mucho más animada que el día anterior. Estoy convencida de que fue porque Kane se encargó de que mi domingo fuera tranquilo, relajado y no pensara de más en la barbacoa que no se estaba celebrando por mi culpa. Se encargó de quitarme el remordimiento por el hecho de haber fastidiado la vida de mis padres durante aquellos días. Todavía me sentía culpable, claro, pero de algún modo él había logrado que el domingo se fuera entre películas, charlas insustanciales que me entretenían y una relajación a la que yo no estaba acostumbrada. En realidad, ni siquiera antes de la boda, cuando no tenía que estar encerrada, acostumbraba a encerrarme en casa. Era una persona activa y siempre me gustaba estar haciendo planes. Aquellos días en casa con Kane descubrí una nueva faceta mía. La hogareña que disfruta con un libro, una peli y una manta y con un té o una charla frente a dos tazas de café, sin más pretensiones que pasar el rato. Supongo que eso es otra de las cosas buenas que me trajo la traición de Daniel. En aquel momento no lo veía, claro, es difícil ver algo bueno cuando tu vida se pone patas arriba, pero con el tiempo aprendería a reflexionar acerca de aquellos días y verlos como un pequeño tesoro.

El lunes, como digo, estaba de mucho mejor humor. Quizás porque había soñado con un nuevo diseño, cosa que no pasaba a menudo, y me había decidido a pasar la mañana diseñándolos y trabajando en ellos. A ese ritmo, cuando Daniel por fin diera las explicaciones oportunas iba a tener todo un repertorio de diseños para mostrarle a Adriano. Quizás así se le

pasaría un poco el enfado.

Hablando de Daniel, volvió a escribirme esa misma mañana para asegurarme que iba a cumplir con su palabra, pero a mí aquello me sonaba a excusa una vez más. Cerré el correo y me dediqué a trabajar. La mañana se pasó rápida, incluso me olvidé de comer y seguí trabajando. Cuando quise darme cuenta me conformé con un sándwich ligero y, ya por la tarde, cuando llamaron al portero, pensé que Kane podría haberse olvidado las llaves.

Por un instante el pánico a que mi hermano estuviera volviendo a su casa pudo conmigo, pero en cuanto miré por el videoportero me fijé en que no se trataba de Adriano, sino de alguien que conocía solo a través de las fotos. Era el chico del que me había hablado Kane, para el que había hecho de hermano mayor. Podría haber ignorado su llamado, pues supuse que él estaba buscando a Kane, pero quizás llevada por el aburrimiento le di acceso al edificio aparentando el botón y, cuando quise darme cuenta, estaba en la puerta del apartamento esperando que el ascensor lo dejara en el rellano.

Cuando las puertas se abrieron y Easton salió, no pude evitar fijarme en dos cosas:

1— Era muy alto. Por raro que parezca, la gente siempre me parece mucho más alta en persona que en las fotos. Daniel solía decir que eso eran tonterías mías, que tendía a imaginar a la gente bajita. Puede que tuviera razón, pero, en cualquier caso, la altura de Easton me sorprendió.

2— Era mucho más atractivo en persona. Esto no era algo que me pasara siempre. O sea, no siempre veía a alguien en fotos y luego en persona me parecía atractiva. Easton era un jovencito muy guapo. Era una realidad.

—Buenas tardes —dije.

—Oh. —Se notaba que no me esperaba allí—. No sabía que Kane estaría ocupado. Yo… puedo volver en otro momento.

—Ah, tranquilo. Kane no está.

—Oh. —Bueno, no se podía decir que fuese muy dicharachero, aunque podía entender su sorpresa—. ¿Eres su novia?

Vaya vaya. Al final iba a resultar que no era tan tímido como había pensado.

—No —dije riendo—. Digamos que soy algo así como su invitada temporal.

—¿Invitada temporal? —Me hizo un barrido visual tan evidente que alcé una ceja. Joven sí, pero tonto no era—. Vaya.

—Qué elocuente.

Esta vez fue él quien rio.

—Es que no estoy acostumbrado a ver mujeres aquí. —Frunció el ceño y se rascó la cabeza de un modo adorable, lo reconozco—. No estoy acostumbrado a ver mujeres cerca de Kane, para ser sincero.

Sin pretenderlo, Easton abrió la puerta a una duda que no sabía había tenido hasta ese momento. ¿Tendía Kane mujeres a su alrededor? ¿Amigas aparte de Julieta o Becca? ¿Amantes? De pronto, saber aquello me resultaba tentador e importante.

—¿Por qué no pasas? Puedo invitarte a una taza de té o café. Kane llegará pronto, según me dijo. Podemos esperarlo juntos.

—¿Estás segura de que no molesto?

—Segurísima. De hecho, llevo un día bastante aburrido —mentí. Mi día en realidad había sido muy productivo, pero quería que Easton aceptara quedarse.

Y lo quería, en parte, porque así podría sacarle más información de Kane. En realidad, no sabía muy bien qué se supone que estaba buscando. ¡Lo conocía desde hacía años! Y ya había dicho que no había conocido mujeres a su alrededor, pero… ¿y si averiguaba algo jugoso?

—La verdad es que no me iría mal una taza de café. Mi día ha sido larguísimo.

—¿Un día duro en la maravillosa Harvard?

—¿Cómo sabes que estudio ahí? —preguntó con curiosidad mientras ambos entrabamos en el apartamento y él cerraba la puerta.

Fuimos hasta la cocina y hablé mientras preparaba café para los dos.

—Kane me ha hablado de ti, por eso sé tu nombre.

—¿En serio? ¿Habla de mí?

El modo en que lo dijo hizo que mi corazón se rompiera un poquito. Sí, Kane me había hablado de él, de cómo le había hecho de hermano mayor y de cómo había intentado ayudarlo para que su pasado de mierda no afectara en su futuro. De su familia desestructurada y lo solo que debió sentirse. En el fondo, estaba segura de que Kane lo había ayudado porque se había visto reflejado en él y eso me partió el corazón un poquito más.

—Oh, sí —dije—. Está muy orgulloso de tus logros —lo afirmé con una inmensa sonrisa, decidida a darle un buen alegrón porque no sabía si Kane se lo había dicho alguna vez, aunque estaba segura de que se lo había demostrado muchas—. Que acabaras en Harvard cumpliendo tu sueño lo hace muy feliz.

—Bueno, al menos uno de los dos está feliz.

—Uy, ¿qué pasó? ¿No te gusta Harvard?

—¡Me encanta Harvard! Lo que no me gusta es la gente de ahí.

—¿Estás teniendo problemas? —Me preocupaba, porque si era así quería que se lo contara a Kane. Sabía lo importante que era para él y, ya solo por eso, era importante también para mí.

—Bueno, para ser sincero, solo con Nora, una chica que también estudia allí.

—Una chica, ¿eh? —pregunté sonriendo esta vez.

—No es lo que piensas. —Bufó—. Es una tocapelotas increíble. Me tiene harto desde el momento en que la conocí, en el primer curso.

—¿Y eso por qué?

—¡Porque sí! Es metomentodo, va de listilla y, además, compite conmigo de un modo completamente absurdo. Le gusta cabrearme, estoy seguro.

Me contó algunos de los rifirrafes que había tenido con la tal Nora y, aunque intenté no reírme, lo cierto es que por momentos me parecían problemas casi adorables. No es que les quite mérito, pero sinceramente, ojalá mis problemas con Daniel consistieran en la competitividad por los estudios.

De todos modos, estaba seguro de que Easton me estaba contando la parte divertida y se guardaba para sí mismo la seria y la que de verdad le preocupaba. Y yo, desde luego, no iba a ser la persona que lo presionara para hablar porque después de todo era una completa desconocida. Me limité a escuchar lo que quisiera contarme sin presionar ni hacer demasiadas preguntas.

Así fue como él solito empezó a hablarme de Kane, de la relación que mantenían y de cómo se habían conocido. Me emocionó un poco que confiara en mí de ese modo, la verdad.

—Es un gran tío y, aunque seas su invitada personal por solo unos días, espero que no le rompas el corazón —acabo diciendo.

Lo miré sorprendida y me reí.

—No soy de ese tipo de invitadas.

—Yo creo que sí. Eres el tipo de chica que lo volvería loco.

—¿Tan bien lo conoces? ¿Acaso no has dicho que nunca le has visto con mujeres?

—Ya bueno, pero… no sé, es un pálpito.

—Me parece que tu enemiga de Harvard no es la única que a veces va de listilla.

Él soltó una carcajada y estaba a punto de decir algo más cuando la puerta se abrió y llegó Kane. Su sorpresa al vernos juntos fue tan evidente que me dio un poco de risa.

—Easton me ha contado todos tus secretos más vergonzosos —dije para romper el hielo—. Solo quiero que sepas que te quiero, aunque te mearas en los pantalones aquella noche.

—¿Qué? Yo no me he meado nunca en los pantal… —Kane se detuvo al ver la risa de Easton y mía—. Oh, genial, os acabáis de conocer y, según veo, habéis decidido hacer equipo contra mí.

El ambiente se relajó de inmediato. Kane sonrió y se adentró en el salón, donde Easton y yo estábamos. Charlamos un poco y, al final, cuando Easton dijo que se marchaba, el propio Kane fue el que propuso salir a cenar.

—¿Qué me dices? ¿Te apetece dejar de ser cautiva por un rato?

—Solo si me lleváis a un lugar en el que no me descubran.

—¿Descubrirte? —preguntó Easton.

—Es una historia muy larga —dije.

—Me encantará saberla —contestó él riendo.

Miré a Kane y él solo se encogió de hombros, como dejándome claro que era decisión mía. Asentí, les dije que iba a arreglarme y se lo contaría todo con la condición de que no dijera nada y mucho menos dónde estaba.

—O te prometo que buscaré a esa tal Nora y la ayudaré a hacerte la vida imposible.

Easton me miró con los ojos de par en par y miró a Kane.

—Tío, cuidado, es de las vengativas.

Kane soltó una carcajada y asintió.

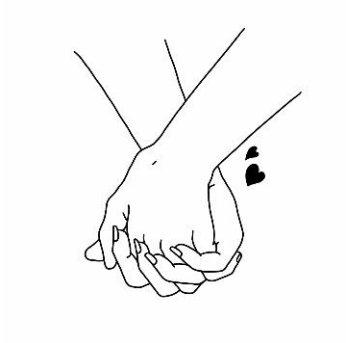
—Eso parece.

Me fui al dormitorio a vestirme y, por tonto que parezca, lo hice con una sonrisa porque ese día, en general, había sido mucho mejor en comparación con los demás. A lo mejor Kane tenía razón y todo aquello no era más que cuestión de tiempo. Quizás era hora de mantener el optimismo y pensar que las cosas se arreglarían pronto. Solo debía tener un poquito más de paciencia.

Y la verdad es que tener paciencia en compañía de Kane y Easton era muy muy divertido.

21

# Kane



Fuimos a cenar a un mexicano. A Easton le encantaban los burritos y estaba convencido de que no encontraríamos a nadie conocido ahí. Se trataba de un restaurante pequeño, familiar, al que solíamos ir los dos cada vez que se acercaba de visita por casa.

Nos sentamos en una mesa y tras pedir la cena Fabiola se disculpó para ir al baño. Me quedé mirándola hasta que desapareció por la puerta. No me pasó inadvertida la mirada incisiva que me lanzó Easton cuando nuestros ojos se encontraron.

—¿Qué?

—No he dicho nada —dijo levantando las manos con las palmas hacia dentro a modo de disculpa.

—Pero lo estás pensando.

—¿Es que pensar está prohibido?

Bufé con impaciencia.

—¿Y qué haces aquí? Pensé que no te vería hasta que finalizara el semestre. ¿No tienes los exámenes a la vuelta de la esquina?

—Sí, en realidad el lunes tengo el primero, pero mi madre no está bien y quería venir a

verla. Los días malos me preocupa que haga una tontería.

Asentí, comprendiendo. La madre de Easton sufría de esquizofrenia y su situación era complicada.

—¿Ha vuelto a dejar la medicación?

—Correcto. Últimamente decía que la medicación le cansaba y agotaba y cómo se sentía bien decidió dejar de tomarla. Así que ya puedes imaginar. Cuando ayer me llamó Tessa para explicarme que mamá había empezado a tener paranoias sobre estar siendo perseguida por un agente del gobierno para implantarle un microchip bajo la piel, supe que tenía que volver. Pillé el coche y vine hacia aquí cagando leches. No quería que Tessa pasara por eso sola. Y bueno, esta mañana he hablado con ella y la he convencido para que vuelva a tomarse la medicación. Supongo que su estado de ánimo se estabilizará en unos días.

Tessa era la hermana pequeña de Easton que aún estaba en la secundaria.

—Lo siento mucho, Easton. Si alguna vez lo necesitas puedo acercarme yo a ver cómo están las cosas y ayudar a Tessa.

—Lo sé, pero ya sabes cómo es mamá. Soy la única persona a la que hace caso.

—Eres demasiado joven para tener esa responsabilidad.

Conocía de primera mano el caso de Easton, que fue obligado a integrarse al programa de Hermanos Mayores para evitar pasar por un juicio. Por aquel entonces Easton era un chico más bien delgaducho y desgarbado que dedicaba su tiempo libre a hackear webs de todo tipo con fines poco éticos. Por ejemplo, burló los sistemas de seguridad de la intranet de su escuela y cambió la nota de dos compañeros suyos a cambio de dinero. El tratamiento de su madre para su trastorno era caro, no tenía padre, y hacía todo aquello para poder pagar los medicamentos. Cuando empecé a ejercer como su hermano mayor le hice prometer que nunca volvería a cometer una ilegalidad a cambio de pagar el tratamiento de su madre. Él en un inicio se negó porque no

quería que le diera nada gratis. Conseguí convencerlo a cambio de que hiciera pequeños trabajos para la empresa de Holden. Y eso hacía en su tiempo libre.

—Easton, en serio, si necesitas ayuda, no dudes en decírmelo. No puedes cargar con todo tú solo —insistí.

—Que sí. Lo sé. Pero de verdad puedo manejarlo solo. Soy un adulto. No necesito que sigas velando por mí. Mejor dedica esfuerzos en mantener contenta a tu no-novia. —Me guiñó un ojo y yo puse los ojos en blanco.

—Te equivocas con Fabiola. Lo mío con ella no va de eso.

—Ya.

—Hablo en serio.

Easton suspiró.

—¿Crees que no he visto cómo la miras?

—¿Cómo me mira? —La voz de Fabiola nos sorprendió de tal manera que ambos saltamos sobresaltados sobre la mesa. Se sentó a mi lado con sonrisa traviesa—. ¿Cómo si fuera el ser más encantador de la Tierra? —Parpadeó coqueta y Easton se rio ante su gesto descarado.

Esos dos habían confraternizado demasiado rápido, y yo acababa de sufrir un microinfarto por su culpa. En ese momento sirvieron las bebidas y yo di un sorbo a la mía. Noté calor en las mejillas.

—Por cierto, no he olvidado que me debes una historia —dijo Easton a Fabiola, que asintió despacio, dándose tiempo para pensar mientras removía el líquido de su bebida con una pajita.

—Cierto. Verás, todo empezó el día de mi boda… —Aquel inicio hizo que Easton abriera la boca de par en par, aunque más abierta se quedó cuando continuó con su relato. Le habló de Daniel, de cómo saltó de la ventana de la habitación en la que estaba y cruzó los viñedos

corriendo hasta toparse conmigo en la entrada—. Y esta es en definitiva la explicación de por qué estoy confinada en casa de Kane.

Easton parpadeó, procesando sus palabras.

—Guau, deberías de vender los derechos de tu historia a Netflix y hacer una película.

—Lo estoy pensando seriamente, no te creas. ¿Quién debería interpretarme?

—Um, no sé. ¿Quizás Eva Longoria? Está muy buena.

—Es guapísima, pero diría que un poco mayor para ser yo, ¿no? ¿Y Francesca Chillemi? Me parece una mujer super atractiva, y es italiana como yo.

—No la conozco, pero si es atractiva e italiana te representa.

Fabiola asintió complacida y en ese momento sirvieron la comida. Enseguida el tema de conversación cambió y Easton empezó a hablar de esa chica de la universidad que lo llevaba por el camino de la amargura. Conociendo las malas pulgas de Easton cuando se cabreaba, sentía mucha curiosidad por esa chica capaz de alborotar sus días con tanta facilidad.

Después de cenar nos despedimos de Easton en la puerta.

—Recuerda que puedes contar conmigo si lo necesitas. Y estudia mucho para los exámenes.

—Lo haré, pesado.

—Ven a visitarme cuando vengas a Nueva York, ¿vale? Kane te dará mi número de teléfono. Tomaremos café y te regalaré unos zapatos de la última colección.

Easton asintió y Fabiola lo abrazó. En aquel momento algo dentro de mí se removió.

No tenía muy claro cómo sentirme al respecto de que Easton y Fabiola se conocieran y se llevaran así de bien. Easton era una de las pocas personas fuera de Holden y Adriano con los que tenía un vínculo real. Lo consideraba casi familia, un hermano pequeño con el que quedar de vez

en cuando, y al que apoyar y ayudar cuando lo necesitaba. Dejar que Easton conociera a Fabiola significaba dejar que conquistara un nuevo espacio de mi mundo. Primero fue mi casa, luego mi cama y ahora Easton. Estaba bien para mí que así fuera, pero ¿qué sería de mí cuando se marchara? ¿Quién llenaría los huecos que dejaría vacíos en su paso?

De camino a casa esos pensamientos dominaron mi mente.

Estaba involucrando a Fabiola en mi vida hasta tal punto de que ya lo llenaba todo.

Durante el trayecto de regreso a casa Fabiola no dejó de parlotear sobre lo mucho que le había gustado Easton, la comida mexicana y salir de casa de nuevo. Se la veía contenta y optimista, y siguió de buen humor incluso cuando llegamos a casa.

—¿Te apetece ver una peli antes de irnos a la cama? —preguntó quitándose los zapatos y tirándose en el sofá—. Podríamos poner la primera de El Padrino, dijiste que no la habías visto.

Lo pensé unos segundos y acabé por negar con un movimiento de cabeza.

—Lo siento, pero estoy cansado, preferiría dormir.

La decepción apareció en el rostro de Fabiola durante unos segundos, pero lo disimuló con una sonrisa forzada.

—Vale. Tienes razón, es tarde. Vayamos a la cama.

Fabiola se encaminó hacia la habitación, pero yo no me moví. Cerré los ojos con fuerza, sabiendo que lo que estaba a punto de decir no le sentaría bien. Pero lo había meditado mucho durante el regreso de vuelta y había llegado a la conclusión de que poner distancia entre ambos era la única manera de mantener a salvo mi salud mental.

—Esta noche me acostaré aquí, en el sofá.

Fabiola abrió los ojos, confusa.

—Pero ¿por qué?

Suspiré antes de responder.

—Es complicado explicarlo, pero necesito un poco de espacio.

Fabiola frunció el ceño, claramente herida por mi respuesta.

—¿He hecho algo mal?

—No, no has hecho nada mal. No se trata de ti, sino de mí. Duerme tú en mi cama y yo dormiré aquí esta noche.

Tragó saliva con dificultad.

—¿Estás seguro de que todo va bien?

—Sí, yo… solo necesito un poco de privacidad.

Fabiola me miró con preocupación. Se notaba que no entendía por qué le estaba pidiendo aquello, pero asintió lentamente y respondió con voz temblorosa:

—En ese caso dormiré yo en el sofá. Duerme tú en la cama. Es tu apartamento, ni siquiera tendría que estar aquí.

—No pasa nada, Fabiola. Insisto. Duerme tú en la cama —supliqué exasperado, porque me parecía inaceptable lo contrario.

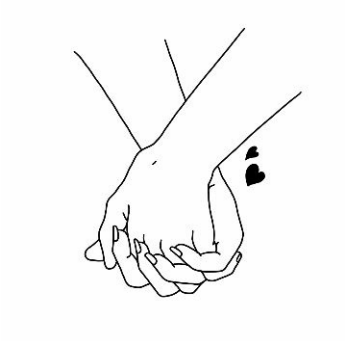
Fabiola se mordió el labio mirándome de una forma desconocida para mí.

—De acuerdo. Lo que tú digas.

Me echó una última mirada antes de desaparecer en el cuarto y yo me tumbé en el sofá y cerré los ojos, tratando de aclarar mis pensamientos. Sabía que la decisión de dormir en el sofá podría herir a Fabiola, pero ya había llegado al límite. Me asustaba la intensidad y la velocidad en la que mis sentimientos por Fabiola se estaban desarrollando, y no lo podía permitir. No cuando sabía que no eran correspondido. No cuando habían demasiadas cosas en juego.

22

# Fabiola



Kane me estaba evitando.

Hacía dos días desde que me dijo que prefería dormir solo y era evidente que me estaba evitando. Llegaba tarde del trabajo, pasada la medianoche, y se echaba a dormir en el sofá sin apenas intercambiar unas palabras conmigo. Su cambio de actitud me descolocaba. El dulce y considerado Kane había mutado a una versión fría y distante que me hacía sentir confusa y herida. Lo peor de todo era no entender qué había pasado, por qué eran así las cosas ahora.

Necesitaba hablarlo con alguien, supongo que por eso acabé explicándoselo todo a Arielle.

—Espera, ¿qué? ¿Estás viviendo en casa de Kane Right, el amigo de tu hermano?

Abrió tanto la boca y los ojos que me recordó a un emoticono.

—Eso es. Fue pura casualidad. Él apareció en el momento adecuado y lo convencí para que me dejara vivir con él.

—Adriano va a mataros. A los dos. —Arielle se colocó un mechón que se había soltado de su recogido detrás de la oreja en un movimiento nervioso.

—No te he llamado para hablar sobre los instintos asesinos de mi hermano. En realidad, lo he hecho porque necesito tu opinión sobre algo.

—¿Mi opinión? —Asentí con vehemencia y ella alzó las cejas—. ¿Sobre qué?

—A ver, ¿conoces a Kane, ¿verdad?

Arielle se lo pensó unos segundos y finalmente movió la cabeza en un gesto afirmativo.

—Coincidimos en una de las barbacoas de tus padres. Me pareció un chico muy guapo a simple vista, y con pinta de intelectual con esas gafas que lleva. Un poco serio, pero en plan bien. Además, recuerdo que fue muy amable conmigo a pesar de no conocerme de nada. Me tropecé con un escalón del porche y me salvó de acabar cayendo de bruces al suelo. ¿Por? ¿La opinión que necesitas es sobre él?

—Ajá. Algo así. El caso es que durante estos días se ha portado genial conmigo. Ha sido muy considerado y me ha cuidado como si le importara de verdad. Pero de pronto, de un día para el otro, su actitud ha cambiado. Dormíamos juntos en la misma cama y…

—Espera. —Arielle me detuvo levantando una mano—. ¿Has compartido cama con Kane?

—Claro. En su piso solo hay una. Es raro porque gana un pastón, pero su apartamento es bastante pequeño y…

—¿No crees que es un poco extraño compartir cama con alguien que no es tu amigo directo? —me interrumpió de nuevo—. Es decir, sí, os conocéis, pero él es amigo de Adriano, no tuyo. Puede que lo sea por extensión, pero… antes de este día, ¿cuántas veces habíais quedado a solas?

Su pregunta me sorprendió, porque ni siquiera me había parado a pensar en que mi relación con Kane no era lo suficiente cercana como para dormir con él.

—Pero nos conocemos desde hace años.

—Y seguramente él te tenga mucho cariño, pero… por mucho que seas la hermana pequeña de uno de sus mejores amigos, eres una mujer. Una mujer muy guapa, por cierto. No debe haber sido fácil para él dormir contigo, y más conociendo lo mucho que te mueves por las noches.

Hice una mueca, al recordar la última vez que Arielle y yo dormimos juntas. Acabé tirándola de la cama haciendo la croqueta mientras dormía.

—Pero él me dijo que no le importaba… me dijo que sería mi área de descanso personal.

Los ojos de Arielle no podían estar más abiertos a esas alturas.

—¿Te dijo eso?

—Sí. Aunque no es una persona de muchas palabras, siempre elige las adecuadas.

—¿No será que le gustas?

Su pregunta me hizo reír. Eso era absurdo. Yo no podía gustarle a Kane. Era mayor que yo, tenía la cabeza bien amueblada y nunca jamás había dado señales de tener sentimientos hacia mí. Probablemente me veía como una cría. Una cría caótica que había arrasado con su intimidad durante los últimos días.

—Eso es imposible —le aseguré.

—¿Por qué?

—Nos conocemos desde hace mucho. Y esas cosas se notan, ¿no?

—Bueno, Daniel llevaba una relación secreta con Justin durante años y tú no lo notaste, ¿cierto? Las cosas no son siempre lo que parecen—. Me quedé en shock ante la mención de mi exnovio y al ver mi cara descompuesta Arielle añadió—: ¿Demasiado pronto para hablar con naturalidad sobre Daniel?

—Demasiado pronto, sí.

—Solo quería ejemplificar el hecho de que no siempre es fácil conocer los sentimientos de otras personas.

Pensé en ello unos segundos. Seguía pareciéndome inverosímil que Kane pudiera tener

algún tipo de sentimiento profundo por mí. Quizás fuera factible que estos días juntos hubiera despertado cierta atracción y eso no sería tan raro porque yo misma me había descubierto pensando en él de una forma diferente. Sin embargo… no quería dar alas a ese tipo de pensamientos.

—Te equivocas —le aseguré.

—De acuerdo —dijo, aunque estaba claro que no estaba nada de acuerdo conmigo—. Dicho esto, ¿sobre qué decías que necesitabas mi opinión?

—Ah, sí —dije regresando a esa explicación interrumpida—. Como te decía, dormíamos juntos en la misma cama hasta que el lunes me dijo que necesitaba espacio y que iba a dormir en el sofá. No quise darle mucha importancia, pero de eso hace dos días y desde entonces me está evitando. Regresa del trabajo tarde y con la excusa de que está cansado se va directamente a la cama.

Arielle frunció las cejas y puso cara de concentrada como si estuviera reflexionando a fondo en ello antes de hablar.

—Bueno, llevas una semana y media en su casa, quizás empiece a sentirse un poco agobiado de tenerte ahí. A fin de cuentas, dices que su piso es pequeño. Y si de verdad está teniendo días complicados en el trabajo debe ser duro volver a casa y no tener ni un segundo para respirar y relajarse en soledad.

Aquella explicación de pronto me pareció tan plausible que quise llorar.

—Pero él me aseguró que no molestaba, que podría quedarme el tiempo que quisiera… ¿Lo dijo por cumplir?

—¿Y por qué no se lo preguntas a él? De nada sirve comerte la cabeza y hacer hipótesis cuando quién tiene la respuesta es otra persona. Habla con Kane y pregúntale directamente qué está sucediendo.

Tragué saliva con fuerza, porque la idea de confrontarlo me resultaba aterradora. No porque temiera que Kane me dijera cosas hirientes o me echara en cara nada, porque él no era así. Solo temía acabar descubriendo de verdad que había sido un estorbo para él. Que su amabilidad no había sido genuina, sino impostada.

Me despedí de Arielle e intenté concentrarme en el diseño del zapato que estaba dibujando. Se trataba de un zapato de corte elegante que me recordaba a Kane. Me gustaba diseñar zapatos pensando en las personas que me rodeaban, como si pudiera imprimirles parte de su personalidad o rasgos de su carácter.

Sin embargo, era difícil concentrarme en eso cuando una voz en mi cabeza no dejaba de darle vueltas a lo mismo sin parar.

Decidí dejar el diseño y consultar el correo electrónico para comprobar una vez más si Daniel se había puesto en contacto conmigo. Ya estábamos a jueves, le había dado de plazo hasta el viernes. Le quedaba un día para poder sincerarse con su familia antes de que lo hiciera yo.

Entonces mientras confirmaba que no tenía ningún correo suyo, me encontré con uno de Kane.

*De: Kane*

*Para: Fabiola*

*Asunto: Llegaré tarde*

*Volveré a llegar tarde esta noche. Pide la cena donde te apetezca y no me esperes despierta.*

*Kane.*

Su mensaje se sintió como si alguien me lanzara en la cabeza un cubo de agua helada. Me sentí tan indignada que estuve a punto de escribirle un correo bastante desagradable llamándole cobarde por su comportamiento de mierda, pero decidí ser yo la valiente e ir en su busca.

Me vestí con ropa de incógnito para pasar desapercibida y salí a la calle. Me acerqué a la primera avenida que había cerca y detuve un taxi. Tenía una tarjeta de Kane, que me había prestado por si tenía que hacer algún gasto en su ausencia, y decidí usarla.

Le di al taxista la dirección del trabajo de Kane y cuando llegué al edificio me dirigí a la entrada con paso determinante. Necesitaba respuestas y no me iba a marchar de ahí hasta obtenerlas, pero un agente de seguridad me detuvo antes de que pudiera cruzar la puerta.

—Señorita, el horario de abierto al público ha terminado. No se permite el acceso al edificio en este momento.

—Lo siento, pero necesito hablar con Kane Right. Es urgente.

—Lamentándolo mucho, no puedo dejarla pasar. Son las normas.

—¿Está seguro de que no puede hacer una excepción? Es algo muy importante—. Hice un mohín digno del GIF del gatito de Shreck que tanto em gustaba usar y que ahora me recordaba a Kane.

El agente dudó por un momento y luego suspiró.

—Está bien, déjeme verificar si el señor Right todavía se encuentra en su oficina.

Mientras esperaba, me sentía cada vez más ansiosa. No sabía cómo iba a reaccionar Kane cuando me viera allí.

Finalmente, el agente de seguridad regresó y asintió.

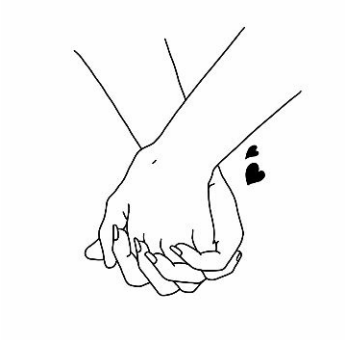
—El señor Right está en su oficina. Me ha dicho que baja ahora mismo y que le espere.

Y eso hice. Esperar mientras todo mi sistema se encontraba luchando contra un torbellino de

emociones descontroladas.

# 23

# Kane



Mientras observaba la pantalla del ascensor que iba indicándome el número de piso en el que estábamos no conseguía calmar los latidos de mi maldito corazón. ¿Qué hacía Fabiola allí? ¿Es que no pensaba en que había muchas posibilidades de que Holden la descubriera? O sea, justo ese día tenía una cena romántica con su esposa y había salido antes, pero eso ella no lo sabía. ¿En qué demonios estaba pensando?

—¿En qué demonios estabas pensando? —le dije en cuanto la vi.

No fue un buen saludo. Me di cuenta en cuanto las palabras salieron por mi boca, pero salí del ascensor como un rayo hacia la puerta y, cuando la vi, aunque fuera de incógnito, solo podía pensar en lo arriesgado que era aquel movimiento.

—Tengo que hablar contigo —dijo alzando la barbilla, dejándome claro que no iba a venirse abajo ni dejarse intimidar por mi tono fácilmente.

Aquello era algo que siempre había valorado en ella. Era terca y fuerte, no se dejaba dominar por nadie y llevaba fatal que alguien intentara darle órdenes, pero en aquel instante más que virtudes, me parecía que aquello era un listado enorme de defectos.

—Vamos —murmuré mientras la sujetaba suavemente por el brazo y la llevaba hacia el parking en el que solía aparcar.

Fabiola se soltó de mí de un tirón lo bastante fuerte como para que el guarda de seguridad

elevara una ceja. No dijo nada, pero era obvio que estaba sorprendido y yo no podía dejar de rezar para que no conociera a Holden.

Mierda, claro que lo conocía. ¡Allí todo el mundo lo conocía!

—¿Es que quieres que te descubran? —pregunté en cuanto entramos en el coche—. ¿Qué te pasa?

—Ya te lo he dicho: tengo que hablar contigo.

—¿Y no podías esperar a que llegara a casa?

—Teniendo en cuenta que haces hasta lo imposible para que yo esté dormida cuando llegas, pues no, no podía.

La culpabilidad me azotó con fuerza. Mantuve silencio porque después de todo no quería iniciar aquella conversación dentro del coche. Sería inútil y frustrante. Mucho más de lo que ya iba a serlo, porque de ese destino no podía salvarnos nadie. Había intentado evitar la discusión con Fabiola a toda costa y, según parecía, lo había hecho como el culo porque me había salido fatal.

Puse música para intentar rebajar la tensión del ambiente, pero Fabiola la apagó de un manotazo así que no hice más esfuerzos por establecer ningún tipo de ambiente pacifico.

Llegamos a casa y, nada más entrar, ella me encaró.

—¿Qué está pasando contigo, Kane?

—¿A qué te refieres?

Sabía perfectamente que intentar evadir el tema así no funcionaría y, de hecho, solo la enfadaría más. Por eso no me sorprendió que entrecerrara los ojos y me clavara el dedo en el pecho.

—Tienes un problema. Un enorme problema conmigo.

—Eso no es verdad.

—¡Claro que lo es! Me estás evitando de un modo muy cobarde.

—¿Cobarde?

—Sí, cobarde. Sé que tienes un problema conmigo, pero no me dices cual es. Has optado por venir tarde a casa, evitar dormir conmigo y… y… ¡y ser un cobarde!

—Conque soy un cobarde, ¿eh? —pregunté molesto.

—¡Eso estoy diciendo! Cuando una persona tiene estos problemas para encarar las situaciones molestas o incómodas de frente, es porque es un cobarde.

—Teniendo en cuenta que sigues sin ponerte en contacto con tu familia, considero entonces que los dos somos iguales, ¿no?

Fue como lanzar un misil en el centro de su pecho. En cuanto vi la cara que puso al oírme me arrepentí de lo que había dicho, pero, por desgracia, no hay forma alguna de volver atrás en el tiempo para dejar de hacer el capullo antes de cagarla.

Supe que le habían dolido y me arrepentí, pero cuando las primeras lágrimas asomaron a sus ojos me sentí tan miserable que quise abrazarla de inmediato. Sin embargo, por primera vez fue ella quien puso distancia física entre ambos, dando un paso atrás y dejándome claro que no quería que la tocara.

—Sé que estás harto de tenerme aquí y no te imaginas cómo siento en estos momentos tener que cargarte con mi presencia. Puedes creerme cuando te digo que me iría ahora mismo si tuviera a dónde ir sin ser descubierta porque, aunque tú no lo creas, solo intento no hundir más la vida de los que me quieren. Lo único que intento es que Daniel haga lo que corresponde y asuma su responsabilidad y siento mucho que eso te obligue a acogerme, así que, por favor, si eres tan amable me gustaría que me prestaras dinero en efectivo. Por su puesto redactaremos un contrato en el que quedará claro que te lo devolveré todo con creces y…

—Ni hablar, no haremos eso —dije anonadado.

—Solo necesito algo de efectivo para un taxi y un hostal en el que pueda registrarme con un

nombre falso, Kane —Su llanto se intensificó—. Sé que ya te he pedido mucho, pero esta es la forma de librarte de mí. No te lo pediría si no supiera que puedes prestarme algo. Sé que estás harto, pero…

Di un paso en su dirección y la abracé sin previo aviso. No soportaba oírla hablar así, como si yo fuera un ogro que quería quitársela de encima cuanto antes. No era verdad, joder. No era… ¿Cómo le explicaba que más bien era todo lo contrario?

—Mañana mismo se lo contaré todo a mi familia, pero necesito pasar la noche en algún lugar y…

—No vas a irte —le dije con firmeza, sujetándola contra mi cuerpo cuando al fin se rindió y se amoldó a mí.

—Kane… Por favor, no soporto más ser un incordio y aprovecharme de ti.

—Ni eres un incordio, ni te aprovechas de mí de ninguna de las maneras.

—Pero tú me estás evitando.

—Sí. —Ella se separó de mí y me miró como si no entendiera nada. No podía culparla, porque estaba haciéndolo todo mal—. Soy un imbécil, Fabiola.

—Yo… no… Lo siento, es que no entiendo nada. Kane, no pasa nada por reconocer que no te gusta que invada tu espacio.

—Joder, me encanta que invadas mi espacio.

Ella enarcó más las cejas y yo suspiré, frustrado. Habíamos llegado a un punto de no retorno. Si seguía, me tocaba decir la verdad, porque mentirle no era una opción después de que gente tan importante en su vida le hubiese mentido. Y si no seguía hablando, ella entendería que era un incordio para mí, lo cual era falso y, a su vez, una especie de mentira.

—Kane…

—Me encanta que estés aquí. —Me miró escéptica—. Es verdad, me encanta tenerte en

casa, Fabiola. Me encanta que duermas en mi cama, y joder, me encanta que me abraces cuando te duermes. Ese es el problema: me gusta demasiado, ¿entiendes?

—Yo…

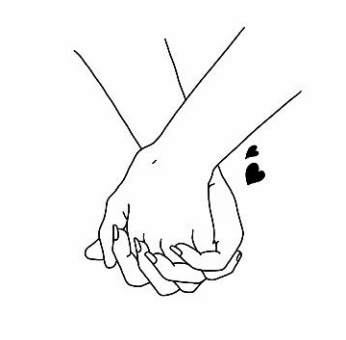
—Me gusta tanto que se me hace verdaderamente insoportable estar en una cama contigo, que te encarames a mi cuerpo y no reaccionar. Y aunque quede como un cerdo diciendo esto, se me hace jodidamente difícil no besarte, tocarte o hacer cada maldita cosa que deseo hacer porque sé que no debo y no es el momento adecuado para ti. Si te evito, Fabiola, es porque deseo tanto estar a tu lado que el mero pensamiento está destruyéndome.

La miré, pero ella había ido separándose de mí hasta quedar a unos pasos de distancia. Tenía los ojos y la boca completamente abiertos por la sorpresa. Incluso diría que había perdido un poco de color, pero no sabría asegurar si eso era cierto o una cosa de mi inseguridad. Lo que sí era cierto era que parecía haberse quedado sin palabras y yo me sentí el ser más miserable del mundo.

Había intentado hacer bien las cosas, pero lo único que había conseguido era fastidiarlo todo.

24

# Fabiola



Estaba en shock. Recuerdo que Kane me miraba como si deseara que dijera algo, y aunque me hubiese encantado, lo cierto era que las palabras parecían negarse a salir de mi boca. Me llevó unos segundos el simple hecho de coger aire.

—Necesito sentarme —murmuré cuando me vi capaz de articular palabra.

Kane me ayudó de inmediato. Me cogió con suavidad del brazo y me llevó hasta el sofá, en el que me sentó y se sentó a mi lado, aunque lo más lejos que pudo de mí.

No entendía nada. Aquello no tenía ningún tipo de sentido. Conocía a Kane desde hacía años y él nunca había mostrado interés en mí más allá de tratarme como a la hermanita de su amigo. En ningún momento había coqueteado conmigo, así que mi mente decidió hacerme creer que, en realidad, lo que pasaba era que Kane mentía para hacerme sentir mejor. Para que no me sintiera tan mal con mi mierda de situación.

Moví mi cabeza intentando despejarme y enfoqué mi vista en él todo lo que pude. Kane parecía ansioso, pero al mismo tiempo cansado. Como si hubiera tenido un día increíblemente largo. Posiblemente porque, bueno, lo había tenido.

—Si estás haciendo todo esto porque me he presentado en tu despacho sin avisarte, Kane, déjame decirte…

—No lo he hecho por eso —me contestó tajante y sin dejarme acabar.

—Oh, bueno. Pues si es para que no me sienta mal…

—No, Fabiola, joder, tampoco lo hago para que no te sientas mal.

—Es que no entiendo nada.

Kane pareció frustrado, negó con la cabeza y luego, para mi completa sorpresa, comenzó a hablar.

—La primera vez que te vi, en una barbacoa de tu familia, me quedé jodidamente prendado de ti. —Ahogué una exclamación, pero él no se detuvo y, aunque me miró, fue como si realmente no estuviera presente. Como si su mente estuviera perdida en algún punto de sus recuerdos—. Tú llevabas un vestido veraniego, el pelo suelto y largo, adornado con una cinta, y unos tacones de infarto que más tarde sabría que habías diseñado tú misma. Parecías… parecías mayor.

—Era mayor —dije sin entender—. Cuando nos conocimos yo ya tenía dieciocho años.

—Sí, pero parecías… parecías…

Se veía tan desesperado por encontrar las palabras que me ablandé. Aquello era inaudito, pero era… parecía sincero. Estaba segura de que estaba siendo sincero y, de pronto, mi ansiedad por saber qué es lo que tenía que decir aumentó.

—¿Más adulta? —intenté colaborar.

—¡Sí! Sí. Más adulta. O no. No sé. —Se quitó las gafas y se frotó los ojos como si necesitara concentrarse de verdad—. Maldita sea, no es así como quiero expresarlo. Es que no sé cómo decir que… —Suspiró, visiblemente alterado, y por fin fijó sus ojos en los míos—. No sé cómo decirte que no pude dejar de mirarte en todo el puto día.

—¿Qué? —pregunté estupefacta y con el corazón latiéndome a mil por hora.

—Tú estabas preciosa, Fabi. Verdaderamente preciosa. Y eras simpática, dulce, cariñosa y divertida. Aquel día para mí fue como mirar al puto sol, maravillarme y darme cuenta de que no podía tenerlo. Disimulé todo lo que pude lo impactado que me sentí y, al salir, recuerdo que

pensé que tenía que olvidarme por completo de ti. Yo no era lo bastante bueno para ti. Nunca lo sería, así que decidí ignorar cada sentimiento que brotó de mí al mirarte o tenerte cerca.

—Kane… —La conmoción era tal que no podía articular palabra. Mis ojos volvían a estar cargados de lágrimas, pero esta vez por motivos diferentes—. Tú nunca has sido inferior a mí.

—Por supuesto que sí. Tú eras una chica de buena familia, bien posicionada, preciosa, simpática, alegre, inteligente. Eras todo lo que cualquier hombre podría querer y yo solo era un pobre imbécil intentando superar un montón de traumas.

—No hables así —dije con la voz entrecortada—. Jamás has sido imbécil.

—Me pasé años intentando olvidarte, Fabiola. ¿Acaso eso no es ser un imbécil? El día que te conocí me dije que tú no podías ser para mí, que no querrías tener nada con alguien como yo y, pese a convencerme, no pude evitar enamorarme de ti como un idiota. Intenté disimular, porque tu hermano es uno de mis mejores amigos y había algo en eso que, simplemente, no estaba bien, pero el día que llegaste a una barbacoa con Daniel se me clavó como una maldita daga en el pecho y solo fue superado por el día que llegaste contando que ibas a casarte en un viñedo. Un viñedo… —Rio, pero fue una risa tan desprovista de humor y cargada de dolor que quise llorar aún más—. ¿Tienes idea de las veces que te imaginé en un viñedo conmigo? Joder, he tenido tantas fantasías de todo tipo al respecto que podría escribir un libro. —Suspiró, repentinamente agotado, o eso parecía—. No es que no quiera dormir contigo. Es que hacerlo sabiendo que nunca seremos nada me está llevando a un pozo del que no sé si podré salir bien cuando te marches y me quede a solas con un montón de recuerdos creados entre estas cuatro paredes, porque mi casa nunca volverá a ser la misma. Ahora está llena de ti y de… de todo lo que hemos hecho estos días. O más bien de lo que no. —Me miró de nuevo, con las mejillas un poco sonrosadas y la respiración acelerada—. Siento mucho haber sido tan brusco, pero necesito que entiendas que no es culpa tuya. Tú no has hecho nada mal. Tú… tú eres increíble.

Me quedé mirándolo en silencio durante unos instantes antes de carraspear.

—¿Podrías darme un poco de agua?

Kane pareció un poco sorprendido, era evidente que no esperaba esa respuesta, pero se levantó y fue a la cocina. Yo en realidad no quería agua. Quería pensar rápidamente sin que estuviera mirándome. Quería… quería recrearme en todas y cada una de sus palabras y supe que tenía algún tipo de tara cuando pensé que ojalá hubiese tenido una grabadora a mano para grabarlo y así poder oírlo todo una y otra vez. Pensé en lo que me había dicho y luego, pero sobre todo en lo que debió de sentir cuando le presenté a Daniel. En el viñedo en el que iba a casarme, siendo él amante de la enología. Y también pensé, no sé muy bien por qué, en lo que sentí estando en el mar, cuando imaginé a Kane con otra mujer en uno de esos viñedos. De hecho, la sola idea de imaginarlo en ese momento volvía a revolverme entera.

Miré hacia la cocina, donde él, vuelto de espaldas, llenaba un vaso de agua para mí. No sé en qué momento había pasado, pero sé que Kane era importante para mí. No solo en un sentido amistoso. Él… Él…

Cuando regresó al sofá y me extendió el vaso de agua lo cogí, pero lo dejé en la mesita y me acerqué a él tan repentinamente que se puso rígido.

—Kane, yo… yo…

Intenté decir algo coherente, pero lo cierto es que no me salía y, después de intentarlo varias veces, pensé que en realidad no había nada como la demostración. O dejarme llevar por lo que realmente quería en ese momento. Si fuera completamente libre, si atendiera única y exclusivamente, ¿qué querría hacer?

Así fue como besé a Kane en los labios por primera vez. Me acerqué a él guiada por mi instinto más puro, coloqué mi mano en la base de su cuello y rocé mis labios con los suyos en un gesto que me hizo sentir como si en mi interior se hubiese desatado una inmensa tormenta. Gemí, sé que gemí porque Kane gimió en respuesta y eso me hizo sentir… poderosa. Más de lo que me había sentido antes con ningún otro hombre, incluido Daniel.

—Fabiola…

—Shh. Yo solo… Kane, por favor, déjame…

En realidad, no sabía muy bien por qué estaba suplicando, pero lo hacía. Y él, en vez de preocuparse por sus propios sentimientos, que acababan de quedarse al descubierto, atendió a los míos, acariciando mis mejillas y sonriendo, aunque débilmente, para hacerme sentir bien.

—Está bien, toma lo que sea que necesites —susurró.

Fue el pistoletazo de salida. Como si me hubiesen llevado al bufete más exquisito del mundo y me hubiesen dicho que podía estar todo el día en él. Me convertí en una persona que no había sido nunca. Subí a su regazo, abracé su cuello por detrás y lo besé, esta vez de un modo mucho más intenso. Kane parecía sorprendido, pero se adaptó a mi beso tan rápido que en cuestión de segundos era yo quien suplicaba por más, pese a estar encima y tener, en apariencia, el poder. Recordé entonces sus palabras acerca de saber ser dulce y empotrador y… y supe que no iba a dejar de pensar en ello desde ese día. Era como si hubiese dado rienda suelta a algo que, al parecer, deseaba con ansias, pero me había privado de tener.

—Tendremos que hablar de esto —dije jadeando justo antes de que Kane me recolocara en su regazo y sintiera su erección empujando contra mí. Gemí y mordí su labio inferior. Dios, aquello parecía grande y… grande—. Lo hablaremos cuando… cuando…

—Lo hablaremos —dijo él con la respiración entrecortada y asintiendo—, pero luego.

—Luego —gemí cuando una de sus manos se apoderó de mi trasero y me apretó más contra él.

Fue enajenación mental. En ese mismo instante entendí el término y me di cuenta de que una persona podía perder la capacidad de razonar hasta el punto de no pensar en nada más que en calmar la sed, el deseo y las ganas.

Kane y yo teníamos una conversación pendiente, pero en aquel instante no había nada que importara más que besarnos, tocarnos y reconocernos en el otro de un modo completamente

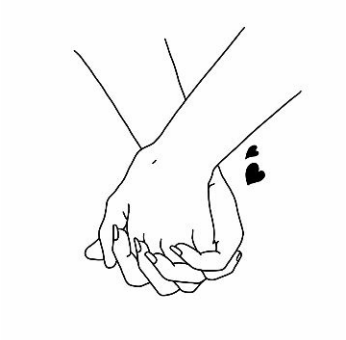
distinto al que habíamos tenido hasta ese momento. Aquello se sentía como estar en el cielo. Al menos hasta que una voz que no era la mía, ni la de Kane, irrumpió en aquel pequeño paraíso.

—¿Qué demonios está pasando aquí?

El rugido de Adriano fue tan potente que me congelé donde estaba, justo encima del regazo de Kane.

# 25

# Kane



Me congelé cuando la voz de Adriano retumbó en la habitación. Fue como si alguien acabara de tirarme un cubo de agua helada por la espalda, provocándome un estremecimiento.

Fabiola dejó de besarme y miró a su hermano con los ojos vidriosos. Sus labios estaban hinchados y enrojecidos, y su expresión cambió rápidamente de la excitación a la sorpresa, mientras procesaba lo que estaba sucediendo, al igual que yo.

—Oh, mierda, ¡joder! —Adriano se llevó las manos a la cabeza. Sus ojos nos miraban a Fabiola y a mí de forma alternativa, con una mezcla de incredulidad y enfado—. ¿Qué diablos estáis haciendo?

Fabiola abandonó mi regazo y se puso en pie. Parecía tensa y confundida, aunque por supuesto nada ganaba a la tensión y confusión que me habían frito el cerebro a mí. Había bajado del cielo al infierno en cuestión de segundos.

—¿Cómo me has encontrado? —preguntó Fabiola a su hermano, tratando de cambiar el foco de atención.

—No fue muy inteligente por tu parte mandar correos electrónicos desde esta IP, Fabi. El detective privado que contraté tardó segundos en rastrear la dirección. Al principio pensé que había cometido algún error, porque era la de Kane, pero luego todo empezó a cobrar sentido. La forma en la que te defendió el otro día durante la cena, y lo raro que se comporta últimamente…

¡Era por esto! —Nos señaló—. ¿Cuánto tiempo lleva pasando?

—¿Qué quieres decir? —Fabiola parpadeó.

—Es por esto por lo que dejaste plantado a Daniel, ¿no? —Volvió a señalarnos—. Porque estás liada con él.

Fabiola se quedó estupefacta y yo me levanté del sofá para enfrentarme a Adriano. Estaba siendo demasiado agresivo en las formas. Me jodió sobremanera haber tenido alguna vez la brillante idea de darle una copia de mis llaves a él.

—Oye, tío, cálmate. Estás sacando conclusiones equivocadas, Fabiola y yo nunca…

—Cállate. Estoy hablando con mi hermana, no contigo —espetó sin mirarme, con los ojos fijos en Fabiola.

—Te estás pasando —le advirtió Fabiola.

—¿Qué me estoy pasando? —Adriano soltó una carcajada rebosante de amargura—. ¿Yo? ¿Cómo puedes ser tan caprichosa e inmadura, Fabiola? No tienes la menor idea de lo mal que lo han pasado nuestros padres por lo que hiciste. Llevan días dando explicaciones por ti, devolviendo regalos y pidiendo disculpas por algo que tú hiciste. Y no solo eso. Han dejado de invitar a mamá a las partidas semanales del bridge, que sabes que le encantan, y papá ni siquiera puede pisar el club porque le hacen el vacío. Pero ¿crees que ellos te culpan? No, por supuesto que no. Están convencidos de que tenías motivos reales para escapar de tu maldita boda. Así que perdóname por «pasarme» después de descubrir que llevas todo este tiempo escondida en la casa de alguien al que consideraba mi amigo —espetó señalándome—. Sigo intentando luchar contra el impulso de arrancarme los ojos después de haber visto cómo os restregabais como animales en celo.

La mirada de Fabiola se llenó de dolor y culpa mientras escuchaba las palabras de su hermano. Sus ojos se llenaron de lágrimas y su voz tembló al hablar.

—Siento mucho que papá y mamá estén pasando por todo esto. No era mi intención

provocarles tantos problemas. Y respecto a Kane, esto que has visto es nuevo. Él no tiene nada que ver con lo que pasó.

Me lanzó una mirada con frialdad.

—¿Por qué debería creerte?

—Porque es cierto. Kane no tiene culpa de nada. Yo lo obligué a ocultarme aquí.

—Eso no es cierto —negué, pues no me parecía bien mentir cuando no había sido así—. Ella nunca me obligó. Dejé que se quedara porque quería.

—Lo que no habla muy bien de ti, ¿verdad? Viste lo destrozados que estábamos todos por su desaparición, ¿por qué no contaste la verdad? ¿Y tú te haces llamar un amigo? Eres un puto mentiroso, Kane. Y no pienso perdonarte esto en la vida. Por lo que a mí respecta, nuestra relación de amistad ha terminado.

Sus palabras fueron como dagas voladoras que alcanzaron mi pecho y se hundieron en él. Dolían. En lo más profundo.

—¡Yo se lo pedí! —exclamó Fabiola frustrada—. No te enfades con él, enfádate conmigo.

—Ya estoy enfadado contigo, pero resulta que por muy enfadado que esté no dejarás de ser mi hermana.

—¡Es una lástima! Porque yo ahora mismo tampoco estoy muy feliz de que tú seas el mío.

Aquella discusión se nos estaba yendo de las manos y no podía permitirlo. No podía dejar que Fabiola y Adriano dijeran algo de lo que más tarde se arrepintirían. Ambos tenían temperamentos parecidos, eran pasionales e impulsivos y en aquel momento aquello jugaba en su contra. Tenía que frenarlo ahí. Incluso cuando me sentía terriblemente mal por las palabras que Adriano había dicho sobre nuestra amistad.

—Basta por hoy. Es tarde. Será mejor que todos nos vayamos a dormir y afrontemos esto mañana a plena luz del día.

Fabiola y Adriano me miraron sorprendidos, como si se hubieran olvidado de mi presencia en la habitación. Pero mi voz firme pareció tener efecto, ya que ambos retrocedieron un paso.

—Lo siento Kane. No debería haberte metido en medio de todo esto— susurró Fabiola.

—No pasa nada. Tú no me has metido en ningún sitio, me he metido yo solo.

Adriano bufó, aún lleno de ira, pero asintió.

—De acuerdo. Dejémoslo aquí por el momento. Fabiola, recoge tus cosas que nos vamos.

—¿Qué? ¿Por qué? Soy una persona adulta, Adriano. No tienes ningún derecho a darme órdenes. ¡No quiero irme de aquí!

Adriano soltó un nuevo bufido lleno de impaciencia.

—¿De verdad no sientes ni un poquito de compasión por tu familia? Llevas desaparecida más de una semana. Debería salir de ti acompañarme a casa de nuestros padres y dar las explicaciones pertinentes. Porque si Kane no es la razón por la que huiste de tu boda, es que hay otra, y creo que ha llegado el momento de que nos la cuentes, hermanita.

Fabiola pareció pensar en lo que Adriano había dicho y asintió, llegando a la conclusión de que estaba en lo cierto. Me miró disculpándose por lo que estaba a punto de hacer y luego fijo los ojos en Adriano.

—Vale. Tienes razón. Supongo que ha llegado el momento de contar la verdad. Iré contigo a casa. Dame unos minutos para que coja unas cosas.

Pasó por mi lado rozándome al pasar y se metió en la habitación dejándome a solas con Adriano, que me ignoraba como si yo no estuviera ahí. Conocía a Adriano, era terco y obstinado como pocos, y estaba convencido de que me costaría muchísimo rebajar su enfado. No obstante, me acerqué a él y dije, suavizando el tono.

—Me importas, Adriano. Eres uno de mis mejores amigos y te quiero, pero no podía decirte la verdad, no cuando tu hermana me había suplicado que no lo hiciera. Lamento si eso ha herido tus sentimientos.

Me atravesó con su mirada fría y penetrante.

—No quiero excusas. Ni que lamentes nada. Tú y yo hemos acabado.

—Adriano…

—No vuelvas a acercarte a mí ni a mi familia. Y, por supuesto, no vuelvas a acercarte a Fabiola. Lo tuyo con ella es algo que no va a pasar, espero que te quede claro.

Mi corazón se hundió al escuchar esas palabras. Sabía que el enfado de Adriano era comprensible, pero ver nuestra amistad desmoronarse de esa manera dolía demasiado. Traté de encontrar las palabras adecuadas para hacerle entender que lo que sentía por Fabiola era real, pero su mirada implacable me lo impedía.

En ese momento Fabiola salió del cuarto cargando unas cuantas bolsas con ella. Nuestras miradas se cruzaron y pude notar un millón de preguntas flotar entre nosotros. Nos habíamos besado y ni siquiera habíamos podido hablar sobre ello. Habíamos sido arrancados abruptamente de esa burbuja perfecta en la que estábamos inmersos. ¿Dónde hubiera acabado aquello de no haber sido interrumpidos?

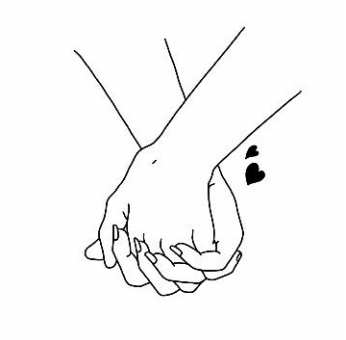
Adriano se acercó a Fabiola para ayudarle a cargar con las bolsas y, agarrándola del codo, la arrastró fuera del apartamento. Ni siquiera dejó que nos despidiéramos.

Me quedé solo, mirando la puerta por la que habían salido, preguntándome qué pasaría ahora. Aún podía sentir los labios de Fabiola presionar los míos y su lengua conquistar mi boca. Me sentía feliz y eufórico por eso, pero, a la vez, toda aquella felicidad se veía empañada por la desoladora certeza de que Adriano no aprobaba lo nuestro. Y no solo eso, en aquel momento, me detestaba.

Yo no tenía la menor idea de cómo iba a resolver aquella situación, pero sí tenía muy claras cuáles eran mis prioridades, y es que, si había una pequeña posibilidad de que Fabiola quisiera tener algo conmigo, yo estaba dispuesto a luchar por ella fueran cuales fueran las consecuencias, incluso cuando eso significaba tener que poner fin a mi amistad con Adriano.

26

# Fabiola



Di un sorbo a la taza con la infusión mientras mis padres y mi hermano asimilaban todo lo que acababa de contarles. Estaban tan impactados que las expresiones de sus rostros se quedaron congelados durante varios segundos. Mamá fue la primera en hablar. Lo hizo poniéndose una mano sobre el corazón como si quisiera contenerlo dentro de su pecho.

Adriano y yo Los habíamos despertado al llegar de madrugada, por lo que tanto papá como mamá iban en pijama.

—¡*Non posso crederci*! Pero ¿estás segura de lo que viste? ¿Y si lo malinterpretaste?

—No había nada que malinterpretar, mamá. Fue real. Daniel y Justin se besaron. Y no se dieron un simple piquito. Fue un morreo de esos que suele llevar a la gente a exclamar: ¡buscaros un hotel!

Papá salió de su aturdimiento y carraspeó.

—Puede que solo se sintiera un poco confuso e hiciera algo impulsivo y estúpido. Una boda puede ser un momento de eh… *molta pressione e confusione...*

—¿Tú te besaste con otra persona el día de tu boda, papá?

—¿Qué? *Ovviamente no*. No he vuelto a probar otros labios desde que besé a vuestra madre

por primera vez. *Le mie labbra gli appartengono*. Pero… cada persona se enfrenta a las situaciones estresantes de una manera distinta.

—Ya. Pero además de ver como metía la lengua dentro de la boca a Justin, también le escuché confesar que se casaba conmigo como tapadera, y que a quién amaba era a él.

—*¡Madonna santa!* —exclamó mamá santiguándose.

—Pues yo hay algo que no entiendo de todo este asunto —dijo Adriano, quién había estado escuchando la conversación en silencio hasta ese momento—. ¿Por qué huiste tú de la boda si quién la jodió fue él?

—Estaba en shock. No me sentía capaz de lidiar con esa situación en ese momento. Tener que enfrentarme a vosotros, a Daniel, a su familia y al resto de invitados de la boda…

—¡Por el amor de Dios! —exclamó mi hermano, con sus gestos típicos de italiano, gesticulando como si quisiera atrapar todas las palabras en el aire—. Preferiste huir de los problemas en lugar de enfrentarte a ellos. Muy maduro por tu parte. Siempre actuando impulsivamente, como si fueras una niña pequeña.

—Adriano… —le regañó mamá con un tono de advertencia.

—¿Qué? ¿He dicho algo que no sea cierto? —respondió él sin inmutarse.

Mamá quiso reprenderle de nuevo, pero yo la detuve.

—Déjalo, mamá, esta vez Adriano tiene razón. Fue inmaduro por mi parte irme así y dejaros el marrón a vosotros. Sé que habéis pasado por mucho por culpa del escándalo y que esto ha afectado a vuestra reputación y vuestra posición. Os pido disculpas de corazón.

Intenté transmitirle con mi mirada lo mucho que sentía haberles causado tantos problemas. Empezaba a dudar de mis acciones, y toda esa convicción de estar haciendo lo correcto que me había acompañado los últimos días se fue diluyendo poco a poco.

–¿Y dónde has estado escondida todo este tiempo? —preguntó papá.

—En casa de Kane.

—¿Kane? ¿el amigo de Adriano? —dijo mirando a mi hermano.

—Mi examigo, querrás decir —refunfuñó este.

Papá y mamá compartieron una mirada de confusión y les expliqué todo: que me subí en su coche durante la huida, que lo obligué a esconderme en su casa y que desde entonces había estado ocultándome allí. También les hablé de Daniel y nuestro trato. Al final había expuesto la verdad antes de que lo hubiera hecho él. Me sentí un poco mal por no haber esperado, pero estábamos a viernes, el trato vencía ese día y él seguía sin pronunciarse. Había tenido su oportunidad de explicarse y no la había aprovechado.

De lo que no hablé fue de la confesión de Kane, esa confesión que me había trastornado hasta el punto de acabar besándolo con desesperación. Y guau… recordar lo que había pasado entre nosotros conseguía que me sonrojase. Kane era demandante y apasionado, y besaba como si el mundo entero estuviera concentrado en mi boca. Y Dios, aún recordaba su erección apretando mi culo. Una erección enorme que me habría gustado descubrir de no haber sido interrumpidos.

Pero ahora tenía asuntos más urgentes que resolver. Papá, mamá y Adriano estaban ahí, esperando respuestas y explicaciones. No podía dejar que mi mente divagara hacia Kane.

—En resumidas cuentas, espero que podáis perdonarme. Mañana intentaré poner un poco de orden en el caos que he armado.

Papá asintió seriamente.

—Está bien, *amore*. Supongo que debes estar agotada, así que, ¿por qué no nos retiramos todos a descansar y seguimos hablando al despertar? *Domani sarà un nuovo giorno.*

Todos estuvimos de acuerdo en dejarlo allí, Adriano se marchó a su casa y yo les pregunté si podría quedarme con ellos una temporada. No tenía a donde ir ya que me negaba a volver al apartamento que Daniel y yo habíamos comprado juntos con la intención de mudarnos allí

después de regresar del viaje al Caribe, donde íbamos a pasar nuestra luna de miel. Siempre me molestó que no quisiera vivir conmigo antes, pero lo achacaba a su familia tradicional que veía mal la convivencia antes del matrimonio.

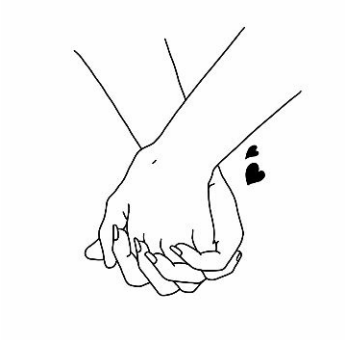
Acabé en mi antigua habitación que seguía igual que cuando la dejé, decorada en tonos pastel, y llena de cosas mías de cuando era adolescente. Había un corcho con fotos y me acerqué para mirarlas de cerca. Entre todas ellas una llamó mi atención. Sonreí como una tonta mientras mis ojos la recorrían con incredulidad. Estaba convencida de que esa foto fue tomada el día en el que conocí a Kane y Holden, durante una de las barbacoas organizadas por mis padres. Yo comía una brocheta de carne junto a una amiga del barrio y en el fondo se veía a Kane hablando con Holden despreocupadamente, pero, si te fijabas bien, podías notar cómo sus ojos estaban puestos sobre mí. Me miraba a mí.

Recordé su confesión y mi corazón palpitó con fuerza. Cogí la foto y me tumbé en la cama con ella, sintiendo mil mariposas en el estómago mientras la miraba con una sonrisa tonta en la boca. Porque sí, estaba metida de mierda hasta las orejas, me esperaban días muy difíciles dando explicaciones a muchas personas con las que no me apetecía hablar y… y bueno, algo tenía que hacer con ese futuro que había dibujado junto a Daniel y que ya no sería posible. Había muchas cosas que solucionar. Sin embargo… sin embargo una chispa de emoción acababa de prenderse en mi estómago al ver esa foto y yo no estaba dispuesta a apagarla.

De hecho, solo me apetecía una cosa: hacer que esa chispa creciera hasta convertirse en un incendio.

27

# Kane



Entré en la oficina después de pasar por una de las cafeterías de la cadena y hacerme con un gran café. Ya había tomado uno en casa, pero no era suficiente. Apenas había podido dormir. Era curioso, pero me había quejado un montón de no poder dormir con Fabiola encaramada a mi cuerpo y ahora que se había ido de mi apartamento era como si de todos modos no pudiera hallar el descanso porque todo lo que podía pensar era en ella. En cómo estaría, se sentiría y, sobre todo, cómo habrían reaccionado sus padres a la verdad cuando la hubiese contado. Esperaba que no hubieran sido tan duros como Adriano, porque mi amigo se había excedido muchísimo, a mi parecer.

Comprendía la rabia que podía sentir, incluso que se sintiera traicionado, pero eso no le daba derecho a tratar a Fabiola mal. En realidad, tampoco le daba derecho a tratarme mal a mí.

Me pregunté durante unos segundos, justo antes de entrar en el despacho, si Holden ya sabría algo. Quise pensar que no, que Adriano no había tenido tiempo de irse de la lengua, pero en cuanto entré, mi amigo y jefe me miró con una sonrisa sarcástica que me hizo saber que lo sabía todo y, no solo eso: no iba a callarse.

—Mira a quién tenemos aquí… Don semental.

—No sé de qué me hablas —dije haciéndome el tonto.

—Ah ¿no? —Holden se retrepó en su gran sillón de gran jefe y me miró con una sonrisita

que quise borrarle de inmediato—. Adriano me llamó anoche.

—¿Anoche? ¿En serio? ¿Ni siquiera ha esperado a esta mañana? —pregunté de un modo sarcástico.

—Ya sabes lo que dicen: las cosas importantes deben salir rápido.

—¿Quién dice eso?

—Yo —contestó riendo—. En realidad, es algo muy jugoso. El chico políticamente correcto cometiendo algo completamente impropio de él. No me negarás que es un argumento digno de una gran película.

—No sé qué películas ves, pero desde luego ese argumento no da para hacer una.

—Vamos, Kane… ¿de verdad no vas a confesarlo todo ahora que te he pillado?

—Depende.

—¿De qué?

—¿Vas a usarlo para atacarme? —Holden dejó de sonreír de inmediato—. Porque te aseguro que anoche ya tuve una buena dosis de culpabilidad gracias a las palabras de Adriano. Si vas a decirme que soy un imbécil, que he actuado fatal y que soy una puta decepción, entonces te agradecería que guardes silencio.

Holden se levantó de su sillón y se acercó a mí tan serio que no supe qué pensar. ¿Se había enfadado? Esperaba que no, porque de ser así habría cometido el dudoso honor de cabrear a mis dos mejores amigos en menos de veinticuatro horas. Él no paró hasta que estuvo a muy poca distancia de mí y entonces alzó una mano y la puso sobre mi hombro.

—No sé qué dijo Adriano, pero sea lo que sea, estoy seguro de que todo esto va a arreglarse. —Bufé—. Kane…

—No va a arreglarse —dije en tono derrotista—. Piensa que soy lo peor y, aunque entiendo que se sienta traicionado, no me arrepiento. Yo no podía traicionar la confianza de Fabiola,

Holden. Cualquier persona decente habría hecho lo mismo que yo. Ella merecía… merecía el espacio que necesitaba para reponerse antes de dar las explicaciones oportunas a su familia.

—Eso puedo entenderlo. No es que me resulte fácil, pero si hago un pequeño esfuerzo lo entiendo. Lo que no comprendo es lo otro.

—¿Lo otro?

—Adriano dice que estabais teniendo sexo y…

—No estábamos teniendo sexo.

—Dice que Fabiola estaba encaramada encima de ti.

—Eso no es tener sexo. Estábamos vestidos.

—Entiendo.

—No, no lo entiendes. Oye, sé que está cabreado, pero no estábamos teniendo sexo.

—Y si hubiese llegado cinco minutos más tarde, ¿tampoco os habría pillado haciéndolo?

Me quedé en silencio. Di un sorbo a mi café e intenté que ese gesto sirviera para calmar el rubor que de pronto quiso subir a mis mejillas. Imaginar lo que hubiese pasado si Adriano nos hubiese interrumpido más tarde era algo que había hecho mucho desde la noche anterior. Y aunque quisiera negarlo, lo cierto era que estaba bastante seguro de que, si hubiese tardado un poco más, habríamos estado desnudos, porque íbamos lanzados y… y, joder, yo quería más. Aún quería más. Y era lo bastante mala persona como para haber pasado parte de la noche imaginando lo que hubiese pasado, todo lo que habría podido hacer a Fabiola si no nos hubiesen interrumpido.

—¿Qué vas a hacer? —preguntó entonces Holden.

—¿A qué te refieres?

—Tienes que hablar con Adriano. Está enfadado y decepcionado, pero todavía eres su mejor amigo. Esto no puede acabar con vuestra amistad, me niego. Así que ¿qué vas a hacer?

Me lamí los labios y pensé en ello unos instantes. Quería hablar con Fabiola. Quería verla y que me contara cómo estaba. Quería… quería saber qué iba a pasar con nosotros, pero Holden tenía razón en algo: debía tener una conversación con Adriano. Sabía que él estaba enfadado, sabía que se sentía decepcionado y, posiblemente, no quería verme, pero yo tenía que intentarlo de nuevo, porque nuestra amistad tenía que estar por encima de todo aquello. Él tenía que recordar que habíamos pasado por demasiadas cosas, buenas y malas, como para romper aquella amistad.

—¿Me acompañas a la salida a la casa de Adriano? —pregunté a Holden en un impulso.

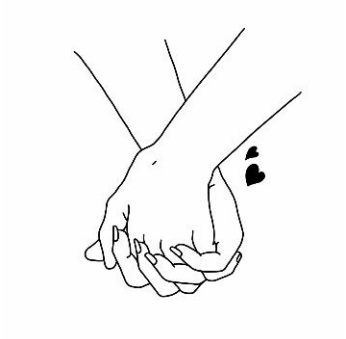
—Sí, claro.

Sonrío y palmeó mi brazo de un modo que me hizo sentir reconfortado, porque pese a que Holden solo sabía la versión de Adriano, que debía ser horrible, seguía allí, hablándome y tratándome como si fuéramos los mismos amigos de siempre. Él no lo supo, pero lo agradecí muchísimo porque, aunque no quisiera reconocerlo en voz alta, durante la noche me había llegado a preocupar que Holden se pusiera automáticamente de su lado y yo acabara solo y sin amigos. Quizás sonaba inmaduro o infantil, algo así como un niño que no quiere perder a sus amigos, pero es que ellos eran algo más: eran mi familia. La única que tenía, la que yo había elegido, y no podía siquiera pensar en perderlo todo de nuevo.

Aquello, simplemente, dolía demasiado.

# 28

# Kane



Aquel día, horas más tarde y habiendo acabado la jornada laboral, bajé del coche de Holden frente a la casa de Adriano. Los nervios estaban comiéndome por dentro, sobre todo porque no había sabido nada de Fabiola en todo el día y no dejaba de preguntarme qué habría pasado con su familia. A aquellas alturas ya debían saberlo todo, pero nadie me había dicho nada. Obviamente no esperaba que Adriano me llamara para contármelo, pero me encantaría haber podido hablar con ella. La llamé a su número habitual, pensando que quizás ya había recuperado su teléfono móvil, pero seguía apagado.

Eso me dejaba a mí con una sensación de incertidumbre tremenda, porque tenía que hablar con Adriano, pero ahora no sabía la información que él manejaba o no. Y, además, no sabía qué pensaba ella. Podía parecer una tontería, pero no lo era, porque yo quería defender lo que habíamos hecho, pero ¿y si para ella había sido un error? ¿Y si no quería repetirlo más? Joder, si no quería repetirlo más sería terrible, porque ahora que ya conocía el sabor de sus labios y sabía lo que era tenerla encima de mí, aun con ropa, no podía quitarme la idea de la cabeza de seguir adelante. Quería más con Fabiola. Lo quería todo, maldita sea, y sabía que con eso estaba arriesgándome muchísimo, que podía perderlo todo, pero aun así no podía evitar que mi cerebro, mi corazón y mi cuerpo me reclamaran constantemente que fuera al lado de Fabiola.

—Tú mantén la calma —me dijo Holden mientras nos acercábamos a la casa—. Ya sabes que Adriano es como un volcán en erupción cuando está enfadado, pero puedes manejarlo. Lo has hecho otras veces.

—Eso es porque otras veces su ira no iba dirigida a mí —murmuré mientras él apretaba el timbre de la puerta.

Tragué saliva, sobre todo cuando mi amigo me miró con algo muy parecido a la lástima. Él sabía, igual que yo, que aquello era más difícil de lo que a priori parecía.

Julieta abrió la puerta y nos miró sorprendida. Era evidente que no esperaba vernos por allí ese día.

—Hola, chicos. ¿Cómo estáis?

—Hola, ¿podemos pasar? —preguntó Holden dando un paso adelante.

Julieta bloqueó la puerta y se lamió los labios, nerviosa.

—Veréis, no es un buen momento.

—¿No? —preguntó Holden elevando una ceja.

—No —insistió ella justo antes de mirarme con algo muy parecido a la culpabilidad—. Adriano está teniendo un mal día. —Suspiró, visiblemente frustrada—. Estoy intentando que atienda a razones respecto a… muchas cosas —dijo volviendo a mirarme—, pero ya sabéis cómo es.

—Venimos a ayudarte —insistió Holden—. Queremos hablar con él.

—Y os lo agradezco mucho, chicos, de verdad, pero ya lo conocéis de sobra. Sabéis lo sobreprotector que puede llegar a ser con la gente que quiere y… y… bueno, no es un buen momento —repitió.

—¿Quién es, cielo?

La voz de mi amigo se filtró desde el salón y, en cuanto ella abrió la puerta y él nos vio, su

rostro pasó de la dulzura a la frialdad en cuestión de segundos.

—Adriano, Holden y Kane han venido a hablar contigo.

—Entiendo.

Julieta soltó la puerta, porque era más que evidente que ya no podía evitar aquello. Sin embargo, cuando Chiara apareció en el salón, la cogió de la mano y apenas dejó que nos saludara. Se la llevó escaleras arriba con la excusa de mostrarle un video nuevo sobre patinaje en internet y nos dejó a solas con su marido.

Holden entró en casa y yo le seguí, pero apenas había pisado la alfombra del salón cuando Adriano me señaló con un dedo

—No quiero traidores en mi casa.

—Vamos, Adriano… —Holden intentó sonar conciliador.

—Y tú no te metas. Te conté todo lo ocurrido ¿y me lo traes a casa? Ya se ve también la clase de amigo que eres.

—Eh, no te pases. Holden lo único que quiere es que hablemos —le dije.

—¿Que yo no me pase? ¿Y eso lo dice el tío que se follaba a mi hermana mientras toda la familia agonizaba de preocupación?

—Yo no he hecho tal cosa y deberías hablar con un poco más de respeto de tu propia hermana —dije en un tono serio.

—Sé muy bien lo que vi.

—Al parecer, no.

—¡Estaba encima de ti!

—Sí, es verdad. Estábamos besándonos, pero los dos estábamos vestidos y, de hecho, era nuestro primer beso.

—Me importa una mierda. Sé bien hacia dónde iba aquello. ¡He protagonizado ese tipo de

escenas un millón de veces, joder! Tú… tú… ¡Es mi hermana! ¿por qué te has tenido que fijar en ella? Hay mil mujeres en Nueva York, Kane. Podrías tener a cualquiera de ellas y has decidido fijarte justamente en Fabiola porque…

—Porque es única —le interrumpí—. Ella es única, siempre lo ha sido. —Suspiré, frustrado —. Si me dejaras tan solo explicarme unos minutos entenderías las cosas, Adriano.

—¿Quieres explicarte? De acuerdo, adelante, toma asiento en mi casa y cuéntame con todo lujo de detalles cómo es que hemos llegado a este punto.

Lo hice. Con incomodidad, inseguridad y muchas dudas, pero lo hice. Me senté en el sillón y esperé hasta que Holden y Adriano tomaron asiento en el sofá para hablarles de lo más básico e importante. Les conté que me fijé en ella el mismo día que la conocí y que, desde entonces, había intentado negarme a mí mismo mis sentimientos, pero los últimos días habían sido como el fuego necesario para prender la dinamita.

—Te juro que he intentado refrenarme durante años por respeto a ti, a nuestra amistad y a tu familia, pero anoche fue ella la que me besó y, Adriano, no quiero ignorarlo más. No puedo, ¿entiendes? Ni siquiera sé lo que piensa ella porque no hemos hablado desde que se fue anoche contigo, pero sí de mí depende, si ella quiere seguir adelante y concederme el honor de estar conmigo, no voy a privarme más.

—No, no. —Negó con la cabeza y se levantó, nervioso y tenso—. No lo apruebo, Kane, lo siento.

Llegados a ese punto me levanté y, con un suspiro pesaroso, asentí.

—Lo entiendo y lo siento mucho, pero no estaba pidiéndote tu aprobación. Te estoy diciendo que, por una vez en la vida, voy a luchar por lo que yo quiero. Y la quiero a ella, Adriano. Lo siento como no te imaginas si eso acaba con nuestra amistad, pero no voy a dar un paso atrás.

No esperé a que me echara, salí de casa con paso lento y preocupándome de cerrar la puerta

con suavidad para que no pensara que estaba enardecido o enfadado. No era así. Aquellas palabras no habían sido fruto de un calentón del momento. Era lo que yo sentía y estaba muy seguro de ellas.

Holden salió solo un minuto después y, aunque no habló, puso una mano en mi hombro y lo apretó, en señal de apoyo. Aquello bastó para que me sintiera un poco mejor. Al menos lo seguía teniendo a él.

De camino a casa me pregunté cómo serían las cosas desde ese momento. Adriano ya no quería ser mi amigo, así que imagino que eso me dejaba fuera de todas las reuniones, fiestas y barbacoas, pero, al mismo tiempo, si Fabiola accedía a salir conmigo y el asunto se volvía serio (y si dependía de mí, se volvería) acabaría volviendo a esas barbacoas. Era evidente que teníamos entre manos un problema enorme al que iríamos poniendo solución día a día, porque no había otra forma de hacerlo.

En aquel instante solo me interesaba conseguir contactar con Fabiola y, si no lo lograba ese día, iría al siguiente a casa de sus padres y preguntaría por ella. No iba a parar hasta hablar con ella y descubrir qué iba a pasar con nosotros.

Cuando Holden me dejó en la puerta de mi edificio solo hizo una pregunta.

—¿Estarás bien?

—No, pero me repondré —contesté con sinceridad y sonriendo un poco—. Vete a casa con tu familia. Mañana hablamos.

Estoy seguro de que se habría quedado si se lo hubiese pedido, pero quería estar solo. Necesitaba unas horas para revolcarme en mi propia mierda y Holden era tan intuitivo que lo supo.

Entré en el edificio, subí en el ascensor y, cuando salí, lo hice mirando el móvil distraídamente, por eso no la vi hasta que ya estuve en el rellano.

Estaba apoyada en mi puerta y me miraba con una sonrisa temblorosa, algo triste, pero

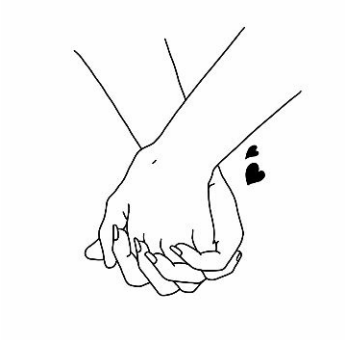
sonrisa, al fin y al cabo.

—Hola. Siento venir sin avisar, pero he pensado que podría invitarte a cenar, ahora que por fin he recuperado mi tarjeta de crédito.

Fue como si, pese a ser de noche, amaneciera en aquel rellano. Como un maldito faro en medio de la tormenta. Di un paso hacia ella, extendí los brazos y no necesitó más para lanzarse hacia mi cuerpo. Me abrazó con tantas ganas que cerré los ojos e inspiré, convencido de que había tomado la decisión correcta. Esta vez iba a luchar por mí, y por ella. La separé de mi cuerpo lo justo para besarla. Teníamos mucho que hablar, poner sobre la mesa y solucionar, pero en aquel instante solo quería sus labios y, cuando me los dio, me sentí el hombre más feliz del mundo, pese a todo lo malo que nos rodeaba.

29

# Fabiola



Besar a Kane tenía algo de adictivo. Una vez empezabas simplemente no podías parar. Querías más y más. ¿Alguna vez has intentado comerte una onza de chocolate y te has descubierto devorando la tableta entera? Pues esto justamente me pasaba a mí con los besos de Kane. No quería uno, los quería todos. Quizás fuera porque Kane besaba como si no existiera nada más en el mundo que mi boca y la suya. O porque notar su enorme erección apretar mi vientre mientras nos besábamos me hacía sentir más deseada que nunca.

No lo sé y en ese momento mientras su lengua se hundía en mi boca tampoco me importaban demasiado los motivos.

Me pegué más a él, gemí, abrí la boca y dejé que me la devorara entera mientras una corriente eléctrica recorría cada centímetro de mi piel hasta hacer palpitar mi sexo. Sus manos me enjaularon contra la puerta del apartamento mientras sus besos se hacían cada vez más intensos y demandantes.

Si Kane hubiera querido, le hubiera dejado follarme allí mismo. Así de cachonda estaba. Y eso que no había llegado allí con el mejor ánimo posible. Tener que lidiar durante el día con los problemas de una boda no celebrada me dejó al borde del colapso mental. Quien diría que los besos sucios y calientes podían servir para recargar las pilas.

Cuando finalmente Kane abandonó mis labios para tomar distancia sentí una especie de

desamparo. Se le habían empañado los cristales de las gafas y tenía los labios hinchados y enrojecidos.

—Creo que deberíamos entrar.

Asentí y me aparté para permitirle abrir la puerta. En el proceso aproveché para mirarle el culo. Tenía uno de esos traseros que daba gusto mirar. Proporcionado, de glúteos firmes. Me mordí el labio perdiéndome en pensamientos para mayores de dieciocho y lo seguí por el piso hasta el salón.

Kane se sacó la americana y la corbata y se sentó en el sofá y yo lo imité mientras echaba un vistazo rápido a nuestro alrededor. Era curioso lo rápido que aquel lugar se había convertido en un lugar seguro para mí.  Ni siquiera el piso que compré con Daniel y decoré yo misma consiguió ese efecto nunca. Recordé la primera impresión que tuve al entrar ahí. Pensé que era un lugar frío, soso, impersonal. Sin embargo, ahora todo había cambiado.  A fin de cuentas, ese fue mi refugio en momentos difíciles.

—¿Cómo estás? ¿Pudiste hablar con tus padres? —Sus preguntas estaban cargadas de preocupación sincera y eso me provocó una pequeña sonrisa.

—Estoy… bien. Más o menos. Y sí, pude hablar con mis padres. Les expliqué lo de Daniel y entendieron mis razones para ocultarme. Sin embargo, no funcionó para todo el mundo. Daniel incumplió su palabra y cuando hablé con sus padres para aclarar lo sucedido él lo negó todo. Así que, para ellos, soy una mentirosa.

Solté un largo suspiro recordando el episodio. Aquella mañana fui a la mansión de los padres de Daniel para construir juntos un relato que explicar a los demás sobre nuestra ruptura. Había estado dispuesta a no revelar la sexualidad de Daniel si así él lo quería con la condición de decir que la ruptura y la anulación de la boda fue algo pactado. Quería alejar del escándalo a mi familia. Pero los padres de Daniel se negaron a asumir la verdad sobre su hijo y este simplemente dijo que me lo había inventado todo.

—Pero tienes pruebas, ¿no? Dijiste que tenías un correo suyo admitiendo la verdad.

Asentí.

—Las tengo, pero de habérselas mostrado ellos habrían dicho que eran falsas. Podría mandarlas a la prensa, pero no quiero llegar a ese punto. A fin de cuentas, aunque Daniel sea un mentiroso y un cobarde… sigue importándome. —El rostro de Kane se ensombreció y yo me apresuré a negar rápidamente con las manos—. No me refiero de una forma romántica. Es solo que llevábamos muchos años juntos. Puede que nunca nos entendiéramos en la cama y que nuestros besos en comparación con los que nos hemos dado tú y yo dieran pena, pero éramos amigos. Nos queríamos aunque no hubiera atracción entre nosotros. No quiero ser yo quién destape su verdad al mundo.

Kane asintió despacio, procesando mis palabras.

—Lo entiendo.

—Pero ¿te molesta?

—¿Que no quieras exponer su sexualidad a la prensa? No, por supuesto que no. Me preocupa que tú seas señalada como única culpable de lo que ocurrió en la boda. Pero que intentes proteger a Daniel después de lo que te hizo solo habla de lo buena persona que eres. —Atrapó su labio inferior con los dientes, intranquilo—. ¿Podrás sobrellevarlo?

Me tomé unos segundos para responder.

—Lo intentaré. —Kane me miró con ternura y yo sentí que todo mi interior se removía. Las cosquillas mecieron mi vientre cuando acunó mi mejilla en un gesto cariñoso—. ¿Y tú cómo estás?

—Jodido. —Lo dijo con una sonrisa, pero esta no le llegaba a los ojos.

—¿Mi hermano sigue sin atender a razones?

—Sigue. He hablado con él hace un rato y básicamente se niega a perdonarme.

El corazón se me arrugó y las lágrimas se me agolparon a los ojos. Sabía lo importante que eran para Kane sus amigos, porque no solo eran amigos, eran familia. Pensar que yo había contribuido a ese conflicto me hacía sentir mal y culpable.

—Lo siento. Nunca debí pedirte que me ocultaras aquí. Fue muy egoísta por mi parte pedirte que lo hicieras y...

—Shhh… —Kane me pidió callar con un susurro—. No digas eso, Fabiola. Aunque pudiera tirar atrás y cambiar algo de lo que hice el día que te metiste dentro de mi coche vestida de novia, no lo haría. Volvería a tomar las mismas decisiones una y otra vez, porque gracias a esas decisiones ahora estás aquí.

Se me arrebolaron las mejillas, pero en lugar de apartar la mirada o avergonzarme, pregunté:

—Entonces, ¿de verdad siempre te he gustado?

—Siempre, lo juro.

—¿Y de verdad ibas a dejar que me casara con otro sin ni siquiera decirme lo que sentías?

Kane se encogió de hombros con suavidad.

—Para ser honestos, creí que eras feliz con él y que no tenía ninguna posibilidad. ¿Qué sentido tenía decir nada? Tú estabas con otro y nunca mostraste ese tipo de interés por mí.

—Ni siquiera pensé que pudieras estar a mi alcance. Es decir, ¿quién se atreve a soñar con Brad Pitt o Liam Hemsworth? Nadie. Están buenos y te permites fantasear con ellos de una forma platónica, pero nunca te llegas a plantear nada más. Lo que quiero decir es que de haber sabido que tenía una oportunidad contigo, te habría mirado con otros ojos antes.

—Me sirve que me mires con otros ojos ahora. —Una sonrisa preciosa se dibujó en los labios de Kane y yo quise comérmela entera.

—Voy a compensarte por todos esos años que te gusté sin saberlo.

Kane soltó una risa que enseguida se me contagió.

—¿Y cómo piensas hacerlo?

—Aún no lo sé, pero buscaré maneras ingeniosas de hacerlo. De hecho, ahora se me ha ocurrido la primera.

Me miró a la expectativa y yo deslicé mi cuerpo por el sofá hasta sentarme sobre su regazo, ahí donde había estado la noche anterior antes de que mi hermano entrara y lo estropeara todo. Me acerqué a sus labios, pero me detuve para preguntar:

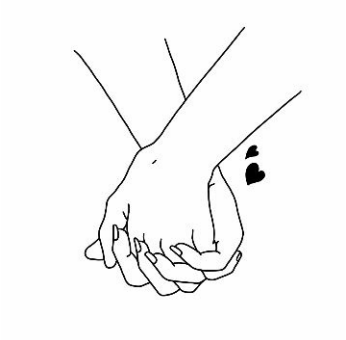
—¿Del uno al diez cuántas posibilidades hay de que Adriano vuelva a interrumpirnos?

—Ninguna porque ayer olvidó su copia aquí.

—Oh. Entonces, sigamos. —Volví a acercar mis labios a los suyos sin llegar a rozarlos y copié una de mis frases favoritas de la noche anterior añadiendo otra de cosecha propia—: Toma todo lo que necesites, Kane. Soy tuya.

30

# Fabiola



Empezamos a besarnos como locos con las lenguas enredadas. Con Kane era fácil pasar de cero a cien. En cuestión de segundos volví a sentir la excitación mojarme las braguitas y su polla dura apretarse contra mí culo. Gemí contra su boca abierta cuando Kane me cogió de las caderas y me apretó hacia abajo. Aquello era tan inmenso como recordaba y se me hizo la boca agua al pensar que dentro de poco sería mío.

Seguimos besándonos con desesperación, como si el mundo fuera a acabarse aquella noche. Sus manos se colaron por debajo de la blusa tocando mi espalda desnuda y yo sentí que estábamos en punto de no retorno. Y quería más. Lo quería todo. Porque ya no solo era adicta a sus besos, también era adicta a él. Le quité la camisa con avidez y dejé de besarlo unos segundos para admirar embobada sus abdominales perfectos. Deslicé mis dedos por su torso duro y firme pensando en lo mucho que me apetecía mojarlo de saliva, pero antes de que pudiera llegar demasiado abajo, Kane detuvo el avance de mi mano con la suya.

—Aún no. Primero tú.

Lo miré confusa unos segundos y Kane aprovechó aquel rato de confusión para quitarme la blusa y desabrocharme el sostén. Se notaba la experiencia en su habilidad y no pude evitar preguntarme el número de amantes que debía haber tenido a lo largo de su vida. Puede que yo le gustara, pero estaba convencida de que eso no lo había convertido en célibe.

Se metió uno de mis pechos en la boca y yo sentí que la excitación me freía el cerebro, No podía pensar, solo podía dejarme llevar por las sensaciones que me producía la forma en la que la lengua de Kane rodeaba mi pezón derecho antes de mordisquearlo con suavidad mientras pellizcaba con los dedos el izquierdo. En ese momento entendí por qué había tantas canciones que hablaban del sexo y lujuria. Si el sexo y la lujuria eran aquello, yo misma estaba dispuesta a dedicarle unos cuantos versos.

Dejé que repitiera la operación con el otro pecho mientras me restregaba contra su erección en busca de fricción. Dios, ¿era posible correrse así? Nunca lo había hecho, pero empezaba a pensar que sí, que sí Kane seguía comiéndome los pechos de aquella manera durante un poco más, podría llegar a alcanzar el orgasmo tan solo con eso. Me sentía tan mojada, tan al borde del abismo… pero no. Kane se detuvo, me miró y yo gimoteé frustrada por no haber conseguido mi premio.

—Quítate los pantalones —me ordenó con la mirada oscurecida.

—Me pone mucho que me des órdenes —confesé levantándome de su regazo con una sonrisa, mientras deslizaba los pantalones por mis piernas liberándome de ellos.

—En ese caso, quítate las bragas también.

Sin dejar de mirarlo y haciendo una especie de movimiento sexy un poco ridículo, todo hay que decirlo, me quité las bragas y me quedé completamente desnuda frente a él.

Kane me repasó con la mirada durante largos segundos, se relamió la boca y luego se quitó las gafas en un movimiento súper sexy que me puso aún más cachonda,

—Ven. —Palmeó su regazo y yo hice ademán de volver a sentarme sobre él, pero Kane negó con un movimiento de cabeza—. No sentada. Coloca tus rodillas en el sofá a lado y lado de mis piernas y apoya las manos en el respaldo del sofá.

Insegura, seguía sus instrucciones, y antes de que pudiera preguntarle si estaba en la posición correcta, cargó mis rodillas sobre sus hombros y me levantó a pulso hasta poner mi sexo

frente a su cara. Me aferré con fuerza al sofá ahogando una exclamación de sorpresa. Aquello era inesperado y…

—Dios… esto es muy raro —manifesté en voz alta,

Kane empezó a besarme los muslos por fuera, pero yo no podía ver nada porque, bueno literalmente tenía medio cuerpo fuera del sofá.

—¿Estás incómoda? —preguntó entre beso y beso.

—No, para nada, pero tú sí debes estarlo. Es decir, peso poco pero no creo que puedas aguantar mucho rato conmigo así y… —Los besos de Kane se internaron lo suficiente entre mis pliegues para que soltara un gemido—. Yo… no sé lo que voy a tardar en correrme, porque… ummm… vaya… —dije cuando su lengua bordeó mi clítoris que a esas alturas estaba palpitante.

—Joder, estás muy mojada.

—¿Eso es malo?

Kane se rio y yo no supe como tomarme sus carcajadas en esa situación.

—Por supuesto que no. Me gustas así, abierta y mojada para mí.

Su lengua volvió a rodear mi clítoris y yo cerré los ojos disfrutando de esa sensación tan… distinta a lo conocido.

—Uf, es la primera vez que alguien me hace algo así y uf… madre mía.

Kane se detuvo de pronto.

—¿Nunca te han comido ahí?

—No. Con mis novios de joven no sentía la confianza suficiente para dejar que lo hicieran. Y bueno, Daniel nunca lo intentó. Con él, el sexo era rápido y limpio.

Lo sentí temblar de rabia debajo de mí, pero enseguida se repuso.

—En ese caso, conmigo el sexo será lento y sucio.

Jadeé cuando su boca arremetió contra mi clítoris, succionándolo con suavidad. Cerré los

ojos y me abandoné a las oleadas de placer que me provocaba Kane con su boca y su lengua. Succionaba, luego lamía, y después volvía a succionar. Alternaba movimientos rápidos con movimientos lentos y luego rápidos otra vez. Aquello definitivamente era… lo más sucio que me habían hecho nunca.

Estaba tan cachonda, tan fuera de mí, que moví las caderas contra su boca, con ganas de alcanzar ya el límite, pero cada vez que él notaba que estaba a punto, ralentizaba el ritmo, lamiendo más lento para luego volverme a llevar a la locura con movimientos rápidos y certeros.

Kane sabía exactamente qué debía hacer para llevarme al precipicio una y otra vez, pero sin dejarme caer del todo.

Finalmente, cuando ya no pude soportar más el placer acumulado, Kane incrementó la velocidad y la presión de su lengua sobre mi clítoris, llevándome al clímax en una explosión de placer indescriptible. Grité su nombre aferrada al sofá mientras mi cuerpo se estremecía y mi mundo estallaba en putos fuegos artificiales.

Me bajó de sus hombros con cuidado, hasta sentarme de nuevo sobre su regazo. Sentí su polla dura contra mi culo ahora desnudo y lo besé, sintiendo en ese beso el sabor de mi propia excitación.

—Guau, ha sido… increíble.

Kane sonrió orgulloso de su logro.

—Prometo volver a hacerlo todas las veces que quieras.

—No digas eso. Corres el riesgo de que quiera vivir con tu lengua pegada a mi vagina.

Se mordió el labio divertido y volvió a besarme, A esas alturas me era muy difícil ignorar el bulto gigante que vivía contenido dentro de sus pantalones. Deshaciendo el beso, me levanté de su regazo y me puse de rodillas en el suelo frente a él. Le quité los pantalones con un movimiento rápido y fluido, y luego los bóxers negros. Mi boca se abrió de par en par cuando su polla saltó como un resorte delante de mi cara. Dios, era mucho más enorme de lo que había

imaginado. No solo era larga, también era ancha y venosa.

—No estoy segura de que eso quepa dentro de mí —dije anonadada.

Kane se empezó a reír.

—No tenemos que hacer nada que no quieras.

—Pero sí quiero.

—Seré cuidadoso.

—No te quiero cuidadoso, Mr Right. Te quiero desinhibido y desatado —dije acercando el glande a mi boca.

Me lo metí entero y chupé. Kane me cogió del pelo y apoyó una mano sobre el sofá mientras cerraba los ojos con fuerza y tiraba la cabeza hacia atrás. Me lo quité de la boca y lamí toda su extensión de la base a la punta esparciendo mi saliva antes de volver a meterme el glande en la boca. La respiración de Kane se agitó y yo decidí darle más. Quería devolverle todo el placer que me había dado y lo hice tragándome su polla hasta el fondo. Abrió los ojos y me miró desde su posición mientras yo empezaba a subir y bajar por su miembro. Quería verlo enloquecer tanto como había enloquecido yo con su boca.

Pero no me dejó hacer aquello mucho rato. Con un gemido, tiró de mi pelo hacia atrás para pedirme que parara.

—Quiero correrme dentro de ti.

Antes de que pudiera asimilar su petición, Kane se puso en pie y tiró de mi mano para levantarme. Me lancé contra su boca de nuevo cachonda y me dejé llevar, rodeando su cintura con mis piernas. Sin dejar de besarnos, en besos que eran choque de lenguas y saliva, Kane dio unos pasos en dirección al dormitorio, pero se detuvo antes de llegar, apoyando mi espalda en una pared. Me restregué contra él jugando con su polla en mi entrada mientras nuestras lenguas se enroscaban una vez tras otra.

—Hagámoslo aquí —dije con la voz entrecortada—. Desde que me dijiste que podías ser

empotrador y dulce, yo… bueno, he tenido ciertas fantasías sobre lo que podrías hacer contra una pared.

Kane me miró a través de sus ojos vidriosos por el deseo.

—¿Estás segura? No creo que aguante mucho. Son… muchos años fantaseando con esto.

—Está bien. Tenemos toda la noche.

Volvimos a besarnos y de nuevo jugué con su polla en mi entrada, pero Kane se detuvo antes de que su punta me penetrara, lo que me hizo soltar un suspiro de frustración.

—Mierda, el condón.

Hizo ademán de soltarme, pero yo no lo dejé.

—Tomo la píldora y estoy limpia, no sé si tú…

—Yo también estoy limpio.

Confié en él, sabía que nunca me mentiría en algo así, así que volví a restregarme contra su polla.

—En ese caso, fóllame, Kane. Piel con piel. Llename de ti.

Como si hubiera apretado algún tipo de botón invisible con mis palabras, Kane se colocó cuidadosamente entre mis piernas y me penetró. Lo hizo con cuidado, permitiendo que mi carne fuera acostumbrándose poco a poco al tamaño de su miembro. Contuve el aliento unos segundos, hasta que la metió hasta el fondo y me empaló con ella. Kane apretó los dientes y apoyó su frente contra mi hombro.

—Dios, estás muy apretada.

Gemí como respuesta y Kane empezó a moverse. Lo hacía lento, contenido, como si temiera hacerme daño, con la mandíbula apretada y cierta rigidez en las embestidas. Pero yo no lo quería contenido, lo quería desatado. Quería que Kane me empotrara y me follara sin pensar que podría romperme.

—Más rápido —pedí entre jadeos—. Toma todo lo que necesites, Kane.

Kane gruñó en respuesta a mi petición sirviéndome de lo que dijo la noche anterior y dejó atrás toda contención. Sus embestidas se volvieron más rápidas e intensas, y el placer se multiplicó a medida que se dejaba llevar. Ahora sí me estaba tomando con la pasión y el deseo que había querido.

Mis uñas se clavaron en su espalda mientras nuestros cuerpos chocaban una y otra vez y nuestras bocas se convertían en un manojo de lenguas. Sentía que estaba a punto de explotar, y sabía que Kane también estaba llegando al límite.

—Más duro, Kane, no te detengas.

Él obedeció, aumentó la intensidad de sus embestidas y me empujó directamente hacia el orgasmo. Cada músculo de mi cuerpo se tensó y me entregué a la ola de placer que inundó por completo mi sistema.

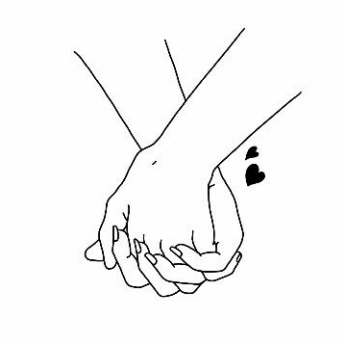
Con un último gemido ronco, Kane se corrió también, y sentí cómo su miembro se tensaba y se derramaba dentro de mí. Apoyó su frente contra la mía y nos miramos sin movernos unos segundos, recuperando el aliento y la consciencia.

Lo último que recuerdo decir antes de volver a besarnos fue:

—Solo para que lo sepas, Kane. El sexo sucio y lento es desde hoy mi favorito.

# 31

# Fabiola



Amanecer con Kane después de tener sexo por primera vez fue especial. Por una parte, me sentía como si hubiésemos hecho aquello mil veces: yo estaba tumbada sobre él, con la mejilla apoyada en su pecho, oyendo su lenta respiración y mirando al vacío. La diferencia la marcaba la situación. En ese instante no pensaba en Daniel, ni en mi huida de mi propia boda, ni en el montón de problemas que tenía. No, todo lo que podía pensar era lo que habíamos hecho por la noche y lo mucho que deseaba repetirlo todo. Todo. Había comprobado en una sola noche la razón que tenía Kane cuando decía que un hombre podía ser dulce y al mismo tiempo un empotrador. Nunca me habían dicho cosas tan bonitas mientras me hacía cosas tan sucias.

Me sentía… plena. Satisfecha al cien por cien. Era una sensación completamente nueva y liberadora. Incluso sentía que tenía más poder como mujer.

—¿Se puede saber en qué estás pensando? —preguntó la voz ronca de Kane.

Su mano acarició mi cabello y sonreí por inercia. Se lo conté. Lo de sentirme más poderosa, y también lo de sentirme plena y feliz. Su pecho vibro con su risa y lo sentí en mi mejilla. Fue increíble.

—No puedes reírte de mí. Me has descubierto un mundo nuevo, Kane Right, y no estoy dispuesta a renunciar a él.

—Si de mí depende, no renunciarás nunca, ni yo a ti.

Eso hizo que alzara mi cabeza y lo mirara. Tenía los ojos hinchados, demostrando que no había dormido mucho porque la noche había dado mucho de sí. Aun así, una preciosa sonrisa bailaba en sus labios.

—¿Lo dices en serio? —pregunté.

—¿Lo de no renunciar a ti? Completamente.

Me mordisqué el labio y sonreí como una tonta.

—Creo que tenemos mucho de lo que hablar.

—Ah ¿sí?

—Sí.

—¿Qué te parece si preparo café y lo hacemos?

—¿Quieres hacerlo? —pregunté enarcando una ceja.

Su risa vibró en toda la habitación.

—Me refería a tomar café, pero, ahora que lo dices…

Alzó las caderas y sentí su erección apretando mi cuerpo. No tuve que decir nada. Bastó una suave caída de pestañas para que se moviera rápido y veloz, girándome y tumbándome en el colchón.

Esa mañana descubrí que Kane era de matutinos. En realidad, al parecer Kane era de hacerlo a cualquier hora siempre y cuando se tratara de mí, o eso dijo justo después de alcanzar el orgasmo mientras besaba el hueco de mi cuello intentando recuperar la respiración y yo sonreía, satisfecha y feliz.

Salimos de la cama, nos duchamos sin tener sexo, para variar, y me senté en la cocina mientras él preparaba ese café y me ofrecía una taza. La cogí con una sonrisa y luego los dos nos trasladamos al sofá. Una vez ahí, me sentí un tanto tímida, no por lo que habíamos hecho, sino

porque no tenía muy claro cómo iba a ir la conversación.

—Entonces… —empezó él—. ¿Qué pasará ahora?

—¿Ahora?

—Contigo y conmigo.

Miré su torso desnudo y mi cuerpo cubierto solo con la camisa que le había quitado yo misma el día anterior. Me quedaba enorme y, de algún modo, eso me hacía sentir bien. Era un recordatorio de que aquella ropa era suya y no mía, pero, de todos modos, era libre de ponérmela. Una tontería romántica, supongo.

—Pues… ¿por qué no me lo dices tú? —dije.

El modo en que entrecerró los ojos me dejó claro que sabía que estaba tirando por la vía fácil.

—He estado pensando en todo lo que me contaste —confesó.

—Te he contado muchas cosas, así que agradecería que especifiques.

—No lo vas a poner fácil, ¿eh?

Me reí, pero lo cierto es que estaba nerviosa. No sabía muy bien a qué se refería, aunque esperaba que el resultado de aquella conversación fuera positivo.

—Me hablaste de tu sueño de casarte antes de los treinta, tener una casa, hijos…

—Oh. Eso.

—Sí, eso.

Mis nervios aumentaron. De pronto recordé a Daniel poniendo evasivas constantes, sin negarme todo eso, pero sin ilusionarse como yo. En aquel entonces ya entendía su poca ilusión, pero durante mucho tiempo me hizo daño saber que era la única que lo deseaba fervientemente. Por un instante, me imaginé que Kane iba a mostrarse igual de reacio y algo dolió con fuerza en mi interior, lo cual era absurdo porque apenas hacía unas horas que lo nuestro había dado

comienzo. Si es que había un comienzo.

—Kane, yo…

—Lo quiero todo —murmuró antes de coger una de mis manos y llevársela a su regazo, donde jugueteó con mis dedos y la pulsera que llevaba puesta—. Quiero dártelo todo, Fabiola. La boda, la casa, los hijos. —Ahogué una exclamación y él me miró alarmada—. No me malinterpretes, sé que es demasiado pronto. Apenas estás saliendo de la ruptura con Daniel y aún estás lidiando con el resultado de tu boda fallida. Yo solo quiero que sepas que, cuando estés lista, si quieres, yo… quiero dártelo. Quiero dármelo a mí también. Sería un sueño formar una familia junto a ti.

—Kane… —Volví a intentarlo, pero de nuevo me cortó.

—Sé que no debo presionarte, no es eso lo que quiero. Sé que esto es nuevo para ti. Apenas estás adaptándote al conocimiento de que esté enamorado de ti y ya estoy hablando de hijos. Es surrealista, pero llevo tanto tiempo soñando contigo que siento que estoy desatado. Solo quiero avisarte. Solo es eso. Un aviso. Una información sin tanta importancia.

—¿Sin tanta importancia? —pregunté con una risa nerviosa.

—Bueno, sí.

—A ver, suena precipitado, lo sé, pero lo que quiero decir es que… joder, Fabiola, que voy en serio. Que esto no es pasajero para mí. No te pido nada, solo te informo de lo que yo siento y…

Lo besé por muchos motivos. El primero y principal era que estaba segura de que, si no lo hacía, no iba a dejarme hablar nunca. El segundo era la felicidad que me había embargado al oírlo hablar así y el tercero… bueno, no recuerdo el tercero, pero sé que me separé de él lo justo para enmarcar su rostro entre mis manos y asegurarme de que estaba mirándome.

—Todavía es pronto, sí, pero en algún momento… en algún momento me encantaría formar todo eso junto a ti. Estoy bastante segura de que harás que pierda la cabeza por ti Kane.

—¿Sí? ¿Cómo lo sabes?

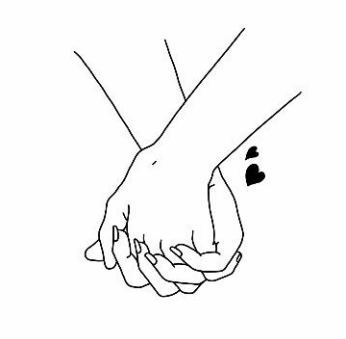
—Porque… porque hace menos de un mes que hui de una boda y ya estoy pensando en otra.

Esta vez fue él quien rio y tiró de mi cuerpo para llevarme a su regazo. Subirme a sus piernas y llevarme, de algún modo, al mismo punto de partida. Al modo en que lo nuestro había comenzado.

Fui tan feliz que no pude evitar cerrar los ojos y desear con todas mis fuerzas que aquello no acabara nunca. Que no se estropeara nunca. Que Kane no me fallara nunca.

# 32

# Kane



Días después de que Fabiola y yo pusiéramos el punto de partida a nuestra relación todavía me sentía en una maldita nube. Era como estar entre algodones. Como vivir en una feria permanente. Veía a Fabiola a diario, la desnudaba a diario, oía sus gemidos, mi nombre entre sus labios justo cuando alcanzaba el orgasmo… era el hombre más jodidamente feliz del mundo, al menos en lo que respectaba a esa parte de mi vida.

Había otra, claro. En medio de mi nube de felicidad había partes oscuras. La peor, sin duda, era saber que Adriano seguía enfadado conmigo. Le había escrito un par de veces, porque no contestaba a mis llamadas, y no me había respondido nunca. No me hablaba y me dolía mucho, porque pensaba que estábamos por encima de cualquier cosa. De verdad llegué a pensar que Adriano y Holden eran mi familia. Que ellos querrían lo mejor para mí. Entendía el enfado de mi amigo, de verdad, pero no dejaba de dolerme que, aun sabiendo la verdad de la anulación de la boda de Fabiola, cargara contra mí.

—Hoy tampoco responde, ¿eh? —preguntó Holden ese día en la oficina, al verme mirar el teléfono.

Carraspeé y me encogí de hombros.

—¿Cómo sabes que pensaba en él?

—Porque en estos días solo pones cara de culo cuando piensas en él —bufé, pero eso no lo detuvo—. Entrará en razón. Dale espacio.

—¿Te ha dicho algo?

Holden negó con la cabeza, pero fue un gesto dudoso. Como si, en realidad, la negación fuese más para sí mismo. Al final suspiró y, por una vez, se puso serio.

—Está dolido. Mira, si quieres un consejo…

—Lo quiero —interrumpí.

Holden sonrió un poco, consciente de que mi ansiedad estaba ganándome la partida.

—Mi consejo es el siguiente: déjalo en paz.

Tragué saliva, nervioso, y lo miré con el ceño fruncido.

—Pero, Holden, no quiero perder su amistad…

—Lo sé, pero tal vez Adriano necesita sentir que te das por vencido. No sé, a lo mejor lo que le hace falta es un poco de espacio. Dejar de tener noticias tuyas para que él también empiece a temer perderte.

—Él quiere perderme —dije poniendo especial énfasis en la palabra “quiere” porque así era.

—Lo sé, pero está ofuscado y enfadado. Sabes perfectamente cómo es. No entrará en razones hasta que su humor de mierda no se suavice y, para eso, necesita lidiar con todo esto solo.

—No es sano.

—No lo es, pero nuestro amigo Adriano no es famoso por tener comportamientos sanos frente a los problemas, ¿verdad?

Me reí, pero luego me sentí mal. En realidad, Adriano era muy de meter la pata con ciertas cosas y luego hacer lo posible por arreglarlo. Para muestra estaba su relación con Julieta.

Claro que no era lo mismo. Él estaba enamorado de Julieta. A mí, en aquel instante, me odiaba con todo su ser.

Iba a decir algo más, pero entonces la puerta se abrió y entraron Becca, Nora y la pequeña Lizzy.

—¡Pero bueno! —exclamé—. ¿A qué se debe el honor de vuestra visita?

—Venimos a llevarnos al jefazo a comer —dijo Becca acercándose a su marido y besando sus labios—. ¿Qué me dices? Te invitamos.

—Hemos hablado muchas veces de que tenéis que avisarme de estas cosas —dije un poco enfurruñado—. Tiene una reunión en solo media hora. ¿Qué se supone que voy a hacer ahora?

—Anularla —dijo Holden con ligereza—. Mis chicas van antes.

—Oye, llevo tu agenda lo mejor que puedo, pero, sinceramente, si te empeñas en ser un grano en el culo…

—De hecho, vas a venirte con nosotros. —A Holden parecía no importarle en absoluto lo que tenía que decir al respecto de su maldito trabajo—. Necesitas relajarte.

—No, necesito que cumplas tu agenda.

—Bah, eso puede esperar. ¿Qué me decís, chicas? ¿Nos llevamos a Kane para animarlo?

—¡Claro! —exclamó Nora—. Ya me he enterado de que la has cagado con Adriano. —Me miró con tanta lástima que no supe cómo reaccionar—. ¿Estás bien?

—Está increíblemente bien —aseguró Holden—. La ha cagado con Adriano, pero eso no le evita el placer de follarse a su hermana.

—¡Holden! —exclamó Becca enfadada—. ¿Qué hemos dicho de hablar así delante de Lizzy?

—Perdón, nena. Es que la trama de Kane me tiene enganchado.

Tuve la esperanza de que Becca le riñera también por el hecho de divertirse tanto a costa mía, pero al parecer la mujer de mi amigo estaba demasiado ocupada intentando no reírse.

Al final anulé la reunión y nos marchamos todos a comer. Al principio se rieron un poco de mí, pero al final las chicas me felicitaron por mi relación con Fabiola y lo agradecí con una sonrisa. Era bonito que alguien se alegrara por aquello. En realidad, si lo pensaba bien, me resultaba muy agridulce empezar por fin una relación con la mujer de mis sueños y que mi mejor amigo se negara incluso a hablarme. A Fabiola no se lo decía, porque no quería preocuparla en exceso, aunque ella sabía que las cosas entre su hermano y yo no estaban bien, pero como ella tampoco es que se llevara superbién con él en aquellos instantes no preguntaba. Era como un tabú entre los dos. Cuando estábamos juntos intentábamos disfrutar de nuestra mutua compañía y no estropearlo con conversación acera de Adriano que a los dos nos dolían demasiado.

—Venga, Nora, no será para tanto. —Salí de mis pensamientos cuando oí la voz de Becca dirigida a su hermana.

Nora tenía el ceño fruncido y removía su ensalada con desgana, como si ni siquiera estuviera prestándole atención.

—Os lo digo en serio. Byte está poniéndome de los nervios. He empezado a llamarlo Hombre de Hojalata.

—¿Cómo? ¿Y eso por qué?

—Porque no tiene corazón y parece una máquina.

Me reí, pero enseguida intenté ponerme al día.

—¿Te refieres a tu compañero de clase?

—¡Ese no es compañero! Es… es… un ser con el que estoy obligada a lidiar, nada más.

—Entiendo que la rivalidad entre los dos sigue presente.

—Y será así hasta que reconozca que soy mejor en todo. Es simple, ¡no debería costarle tanto!

Me reí de nuevo. Nora era la chica más dulce del mundo, así que imaginé que el tal Byte debía ser un verdadero grano en el culo si conseguía alterarla de ese modo.

Hablamos un poco más de él, de la rivalidad que mantenían y lo mucho que, al parecer, se odiaban. Y después la pequeña Lizzy decidió que era un gran momento para ponerse a cantar algo acerca de una arañita. Yo no sabía canciones infantiles, pero ver cómo Holden se unía de inmediato a su hija sin importarle que el resto de los comensales pudieran mirarnos me hizo sonreír, lejos de avergonzarme.

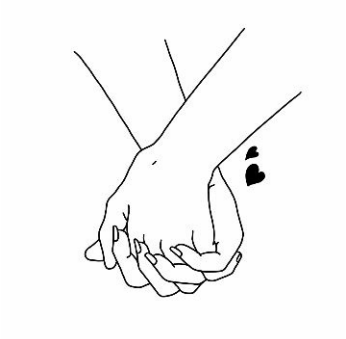
Eso era justo lo que yo quería: una familia. Un bebé con el que cantar sin importarme nada más. Crear mi propio mundo junto a Fabiola y que nada nos importara más que nuestra propia burbuja.

Una burbuja en la que me encantaría que estuviera Adriano, claro, pero, al parecer, eso no iba a darse en un futuro próximo. Y aunque intentaba mantener el ánimo, había momentos, como aquel, en que el dolor se clavaba tan hondo como un puñal.

Solo esperaba que Holden tuviera razón y el no ponerme en contacto con él funcionara de algún modo.

# 33

# Fabiola



Unos días más tarde, salí de la sala de reuniones con el estómago hecho un nudo. La reunión con el equipo de diseño había sido tensa e incómoda al máximo. No por nada en concreto, pero desde el escándalo de la boda no celebrada todos en la oficina me miraban como si me hubiera salido un tercer brazo y me dedicara a saludarlos con él.

Con un suspiro, entré en mi despacho y me dejé caer en la silla detrás del escritorio. Odiaba haberme convertido en el centro de atención, pero no podía culparlos por las miradas y chismorreos. A fin de cuentas, para ellos solo era la mala del cuento, la chica egoísta que había dejado plantado frente al altar a un pobre novio enamorado. Obviamente nadie me preguntaba directamente por lo sucedido, porque yo era la jefa y me respetaban por ello. Pero había días que me moría de ganas de gritar que yo no era culpable.

Tenía a Kane, claro, y me enfocaba en lo mucho que me gustaba estar con él. Gracias a Kane estaba redescubriendo el amor y el deseo, y cada encuentro con él era como un respiro en medio del caos que rodeaba mi vida. Entre sus brazos, todo estaba bien, me sentía protegida y segura, como si nada malo pudiera ocurrirme mientras estuviera con él.

Cogí aire, lo expulsé despacio y moví el ratón de mi Mac de última generación. El salvapantallas desapareció y en su lugar apareció el editor de imagen con el diseño del zapato

que había dejado a medias. Era uno de los bocetos que dibujé en casa de Kane durante mi encierro. Me concentré en terminarlo mientras rezaba en silencio porque el tiempo pasara rápido.

Mi teléfono vibró sobre el escritorio, sacándome de mis pensamientos. Vi que tenía una llamada entrante de Arielle y la acepté de inmediato.

—¡Fabi! ¿Sabes lo de Daniel? —preguntó a modo de saludo. Sonaba excitada, nerviosa y un poquitín histérica.

—¿El qué?

—¡Ha confesado! Que está con Justin, que es gay y que quería usarte como tapadera para esconder su orientación sexual.

Solté un grito ahogado.

—No tenía ni idea, ¿cómo te has enterado?

—Lo ha hecho público en Instagram. Ha subido una foto con Justin contándolo todo. ¡Tienes que leerlo!

Con el pulso acelerado, dejé el móvil sobre la mesa, pulsé el manos libres, y consulté la cuenta de Instagram de Daniel desde el ordenador. Cuando vi la foto, solté un nuevo grito contenido. Era una foto donde ambos se abrazaban y el texto que lo acompaña decía así:

> Hoy quiero compartir con vosotros mi verdad, esa verdad que llevo años ocultando por miedo al rechazo: soy gay. No es fácil aceptar algo así cuando has crecido con unos valores y unas expectativas que no encajan con tu propia identidad. Pero la vida es demasiado corta para vivir en la mentira y para negar quién eres realmente. Sé que por culpa de mi cobardía he herido a mucha gente por el camino, como a @Fabiola_Romeo, con la que mantuve una relación que nunca fue auténtica. Lamento profundamente el dolor que causé y espero que algún día ella pueda perdonarme. La boda se canceló por mi culpa, no por la suya. Otra persona que ha resultado herida con mi mentira es @Justin_Boyd, al que llevo amando desde hace más de una década, a quién pedí de forma egoísta mantener lo nuestro en secreto por miedo. Por él

quiero ser valiente hoy; quiero convertirme en la persona que él se merece. Y a vosotros que estáis leyendo esto y que no conozco personalmente, espero que podáis aprender de mi experiencia y que tengáis el coraje de vivir de forma auténtica, sin importar lo que digan los demás. Es hora de ser fieles a nosotros mismos y encontrar la felicidad en nuestra propia verdad. #AmorSinMiedo #ViviendoAuténticamente

Me quedé tan atónita al leer aquel mensaje que olvidé que Arielle seguía en línea.

—¿Hola? ¿Sigues ahí?

Sacudí la cabeza saliendo de mi aturdimiento.

—Sí, perdón, es solo que…

—Te has quedado alucinada —terminó Arielle por mí.

Asentí, con la mirada fija en la fotografía. Daniel y Justin se abrazaban con cariño, y transmitían tanta complicidad juntos que me sentí tonta por no haberme dado cuenta antes de que lo suyo no era una amistad sin más. Todos aquellos fines de semana que se marchaban juntos a esquiar o a hacer planes de chicos, de pronto, se me antojaron demasiado evidentes como para no haber sospechado. Él siempre puso a Justin por encima de mí. Era su prioridad. Y yo siempre lo acepté porque me parecía bonito que tuviera una amistad tan estrecha con él como la que yo tenía con Arielle.

—Sus padres van a desheredarlo —susurré, un poco apenada por su realidad. Porque sí, me había mentido, y no podía perdonarlo por ello, pero sentía que le habría costado un mundo hacer aquella declaración.

—No te compadezcas de él. Su realidad no cambia lo que te hizo. Te usó, Fabiola.

Le di la razón, pero una parte de mí era incapaz de dejar de pensar en Daniel y en las consecuencias de haber anunciado su relación por redes sociales. Por mucho que estuviera resentida con él, seguía importándome.

Colgué a Arielle y abrí el chat de WhatsApp que tenía con Daniel. Los últimos mensajes

eran suyos, todos ellos del día de la boda, y en ellos me preguntaba dónde estaba y manifestaba su preocupación. Los ignoré y redacté el mío. Fue corto, conciso. Tres palabras valieron para expresar lo que quería decir:

**Fabiola**

Lo he visto

Segundos después, dos palomitas azules me anunciaron que el mensaje había sido leído.

**Daniel**

Sé que he tardado más de lo que debería, pero espero que eso ayude a mejorar tu situación. No mereces que te señalen por algo que es responsabilidad mía. Lo siento.

**Fabiola**

¿Cómo se lo han tomado tus padres?

**Daniel**

No demasiado bien. Me han echado de casa con la promesa de repudiarme legalmente como hijo si no recapacito.

**Fabiola**

Acabarán por aceptarlo.

**Daniel**

No lo sé, ya los conoces, para ellos las apariencias lo son todo. Pero eso ahora no importa. Después de años sintiéndome mal conmigo mismo por estar viviendo una mentira, me siento… libre. Solo lamento haberte arrastrado conmigo todo este tiempo.

Me tomé unos segundos para pensar en sus palabras. Seguía dolida por lo que hizo, pero, de alguna forma, yo también me sentía culpable. Ordené mis pensamientos en mi cabeza y luego intenté ponerlos en palabras.

**Fabiola**

Yo también lo lamento, Daniel. A pesar de todo, supongo que ninguno de los dos era honesto con el otro. Porque después de todo este tiempo de reflexión, creo que yo tampoco nunca te quise como se debe de querer a alguien con el que esperas compartir una vida en común. Creía que sí, pero me equivocaba. Puede que tú me usaras, pero yo me conformé con lo que teníamos a pesar de saber que algo no encajaba.

**Daniel**

No sé qué decir.

Me mordí el labio mientras escribía las palabras siguientes, sabiendo que con ellas cerraría un círculo. Las lágrimas se enredaron en las pestañas.

**Fabiola**

Podríamos simplemente desearnos una buena vida.

**Daniel**

Sí, supongo que tienes razón. Aunque me da pena
despedirme de ti. Siempre serás una de mis
personas favoritas. Que tengas una buena vida,
Fabiola.

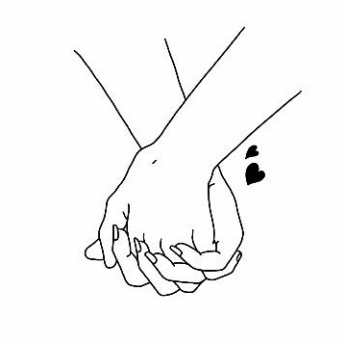
Dejé que los momentos vividos con Daniel se agolparan en mi mente. Puede que lo nuestro no fuera un amor apasionado y que siempre hubiéramos sido más amigos que novios, pero entre todos esos recuerdos anodinos, hubo espacio para la felicidad. Soltar no siempre es fácil, pero en aquel momento supe que era indispensable. Así que me limpié las lágrimas con la manga del vestido que llevaba y eso hice, soltarle. Escribir el punto final de nuestra historia.

**Fabiola**

Que tengas una buena vida, Daniel

34

# Kane



Unos días después de que Daniel publicara su relación con Justin en Internet, Fabiola y yo nos encontrábamos en casa de Holden, esperando que Adriano apareciera en cualquier momento.

—Venga, tío, relájate, todo va a salir bien —dijo Holden mientras palmoteaba mi hombro, justo cuando el timbre sonó. Estaba sentado en un sofá, con Fabiola a mi lado, y sentía cómo la tensión se acumulaba en mi cuerpo al saber que Adriano estaba a punto de unirse a la velada que Holden y Becca habían organizado. Según ellos, esta reunión tenía como objetivo suavizar las cosas entre nosotros, pero no estaba seguro de que eso fuera a funcionar.

—Tranquilo, Kane. No tienes por qué preocuparte. He hablado con Adriano esta mañana y me ha prometido que se portaría bien —susurró Fabiola con una sonrisa tranquilizadora.

Adriano entró al salón seguido de Julieta y me lanzó una mirada asesina desde la distancia. Si las miradas pudieran matar, esa me habría fulminado al instante. Era una noche sin niños. Chiara estaba en casa de los abuelos y Lizzy con la madre de Becca. Según Holden, esto era lo mejor para poder abordar las cosas sin interrupciones, pero enseguida eché de menos la compañía infantil que solía aliviar la hostilidad cuando era necesario.

—Bueno, chicos, ¿qué os parece si pedimos pizza para cenar? —sugirió Becca rompiendo aquel momento incómodo.

—Claro, buena idea —Holden cogió su móvil y navegó por él hasta dar con la aplicación de

comida a domicilio—. ¿Pedimos una de cada y las compartimos?

—Vale. Pero nada de pizza con piña —dijo Adriano con una sonrisa mordaz, sentándose en una butaca frente al sofá. Hubo algo extraño en su tono de voz, una pizca de... no sé cómo describirlo, ¿desafío?

—¿Por qué no? A mí me gusta la pizza con piña. Es mi favorita —dijo Fabiola frunciendo el ceño.

—Ah, ya veo. Una pena. Pero que te guste no significa que sea una buena opción. ¿A alguien más le gusta la pizza con piña? —Nadie levantó la mano, pero no sé si porque todos odiábamos esa fruta en la pizza o porque no sabíamos hasta que punto era buena idea llevar la contraria a Adriano—. ¿Ves? Eres la única a la que le gusta.

—¿Y quién eres tú para decidir si es una buena opción o no?

—Alguien sabio. Sé más sobre la vida y puedo asegurarte que la pizza con piña no te conviene.

—Oh, vaya, ¿ahora además de CEO de una multinacional eres también dietista?

—No es necesario ser dietista para saber que la pizza con piña es una aberración.

—Pues será una aberración, pero aparece en la carta y yo la quiero.

—Por supuesto, y como tú la quieres qué importa lo que queramos los demás, ¿verdad? Muy egoísta por tu parte.

—¿Yo egoísta? Egoísta tú por no dejar que pida una pizza que a mí sí me gusta solo porque tú no la encuentras adecuada para mí.

¿Seguíamos hablando de la pizza con piña? Porque aquel intercambio de palabras estaba tomando un tono de lo más personal.

—Yo solo me preocupo por ti. No entiendo por qué insistes en comer pizza con piña cuando existen pizzas mucho más sofisticadas.

Un momento… ¿la pizza con piña era yo?

—Eh, Adriano… —empecé a decir, porque se estaba pasando tres pueblos y no iba a permitir que se metiera conmigo en mi propia cara, pero la señal de Holden indicando que callara me detuvo.

Becca puso fin a aquel sinsentido.

—¿Sabéis qué? Ya no quiero pizza. De pronto me ha entrado antojo de comida china. A todos nos gusta y hay variedad para que cada cual elija lo que quiera sin ser juzgado por nadie.

La cena transcurrió sin sobresaltos, aunque la conversación fue tensa e incómoda todo el tiempo. Cada vez que yo hablaba Adriano me ignoraba, y cuando lo hacía Fabiola aprovechaba la ocasión para llevarle la contraria o picarla sin razón. La cosa no mejoró cuando Holden sugirió jugar a las cartas. Que yo ganara dos partidas seguidas hizo que Adriano se enfurruñara como un niño pequeño y se levantara frustrado con la excusa de ir al baño.

Aproveché la ocasión para seguirle y esperé hasta que saliera para hablar con él. Como era de esperar no le hizo mucha gracia encontrarme allí.

—Si ibas a comportarte como un capullo podrías haberte quedado en casa.

—Para ser honesto me apetecía una mierda el plan, pero Julieta me ha sobornado con sexo.

—Veo que tienes claras tus prioridades.

—Tanto como tú las tuyas.

Solté un suspiro contenido y Adriano se cruzó de brazos.

—¿De verdad vas a echar por la borda diez años de amistad por esto? —pregunté.

—Tú los echaste por la borda primero cuando decidiste mentirme, Kane. No supero que fuera a verte a tu casa hecho mierda el día después de la desaparición de Fabiola y que ella estuviera allí escondida mientras yo te contaba mis penas. Es que por mucho que lo intento soy incapaz de entender por qué me ocultaste la verdad.

—Lo hice por ella.

—¿Seguro? —preguntó lanzándome una mirada escéptica—. A veces me pregunto si te callaste lo de Fabiola por ella o por puro interés.

Parpadeé, confuso.

—No te entiendo, explícate.

—Puede que a fin de cuentas todo fuera una estrategia para tirártela.

Sentí como si me dieran un golpe directo en el estómago que me hizo dar un paso hacia atrás.

—¿Estás insinuando que me aproveché de tu hermana en un momento de vulnerabilidad como el que estaba viviendo? ¿En serio piensas que soy capaz de algo así? ¿Tan poco me conoces? —mis palabras salieron con un tono de incredulidad, mezclado con una pizca de indignación. Sentí cómo mis puños se cerraban automáticamente y tuve que hacer un esfuerzo para mantener la calma y no reaccionar de forma impulsiva.

Vi en los ojos de Adriano el rastro del arrepentimiento.

—Lo siento, no iba en serio. Sé que nunca te aprovecharías de ella.

Suspiré, soltando la tensión que había acumulado en mi cuerpo.

—Te aseguro que nada de lo que ocurrió fue premeditado. Llevo años teniendo sentimientos por tu hermana y nunca he hecho nada porque pensaba que era unidireccional, pero ahora que ella siente lo mismo yo…

—Pero ¿estás seguro de que el interés de mi hermana por ti es genuino? No me cuadra que tú le gustes.

—¿Por qué como la pizza con piña soy una aberración?

Hizo una mueca al reconocer el ejemplo.

—No digo que seas un mal tipo. Siempre he pensado que de nosotros tres tú eras el mejor,

pero… no tienes mucho que ofrecer. No hablo de dinero. No soy tan materialista. Hablo de ambiciones. ¿Cuál es tu objetivo en la vida, Kane? Desde que te conozco has sido el fiel escudero de Holden, pero ¿qué hay de ti? ¿No tienes metas propias? —Chasqueó la lengua contra el paladar—. Fabiola siempre ha luchado por sus sueños. Recuerdo una vez que se quedó sin inspiración para diseñar nuevos zapatos, se fue un mes sola a la India y regresó de ese viaje con la maleta llena de nuevas ideas. Ella merece tener a su lado a alguien que tenga ese mismo entusiasmo para perseguir lo que de verdad quiere. Alguien que le dé alas, que comparta esa pasión por lo que hace. Y no sé si tú eres esa persona.

Me quedé sin aliento después de escucharle decir aquello. No usó un tono cruel ni me lo dijo por joder. Podía ver en el fondo de sus ojos la preocupación real por Fabiola. Y yo no supe qué responder porque, mierda, yo tampoco estaba seguro de ser esa persona.

—Chicos, ¿va todo bien? —dijo la voz de Julieta a nuestras espaldas.

Nos giramos y asentimos a la vez. Adriano se disculpó y regresó al salón con la cabeza baja y yo me quedé en el sitio, sintiendo las palabras de Adriano resonar en mi cabeza como un maldito eco. ¿Y si tenía razón? ¿Y si yo no era la persona adecuada para Fabiola? Estaba tan abstraído con mis pensamientos que no supe que Julieta seguía allí hasta que volvió a hablar:

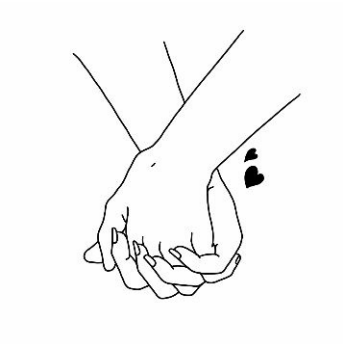
—Oye, no hagas caso de lo que sea que Adriano te haya dicho. Sigue enfadado, pero él te quiere y te echa de menos. De hecho, el otro día lo pillé mirando videos donde salías tú con ojos llorosos. Solo necesita tiempo para acostumbrarse a la nueva realidad.

Me palmeó el hombro y yo asentí, pero fue un asentimiento automático, no de corazón. Porque en mi cabeza el maldito eco se negaba a marcharse. Un eco que no dejaba de repetirme que no era bueno para Fabiola, que no era la persona que ella se merecía.

¿Podría algún día convertirme en esa persona?

35

# Fabiola



No tenía ni idea de lo que había pasado cuando Kane fue al encuentro de mi hermano, pero sabía que había sido algo importante, porque desde entonces Kane se había mostrado serio y reservado, incluso conmigo.

Al llegar a su casa esa noche, después de un camino tenso y silencioso, decidí irme directa al asunto sin preámbulos. Tenía el corazón acelerado y me daba miedo su respuesta, pero no iba a postergarla. Había pasado por muchas cosas en mi relación con Daniel y estaba segura de que uno de mis mayores errores fue no hablar cuando debía. No hacerle partícipe de mi desconfianza y dudas. Con Kane sentía cosas que no había sentido ni siquiera con Daniel, lo que es una locura porque había estado a punto de casarme con este último. No quería secretos con Kane. No quería que empezara a callarse cosas y dejarme fuera de una parte importante de su vida. Ya había vivido eso y no me había gustado, pero además es que estaba convencida de que lo que yo sentía por Kane era mucho más fuerte, pese a que me sorprendiera cada vez que reflexionaba sobre ello.

Si Daniel me hizo daño, Kane podría destrozarme.

—¿Estás bien?

Él me miró sorprendido, como si no entendiera la pregunta, pero solo tardó unos segundos

en suspirar y asentir.

—Sí, es que ha sido muy tenso.

—¿Qué te ha dicho?

—¿Qué?

—¿Qué te ha dicho mi hermano cuando has ido al baño tras él? Ha debido ser algo fuerte porque desde entonces estás raro.

Kane me observó como si estuviera sorprendido y estuve a punto de ofenderme. ¿De verdad me creía tan tonta como para no percibir sus cambios de humor?

—Me ha dejado claro que sigue sin estar de acuerdo con lo nuestro, eso es todo.

Me acerqué a él, lo abracé por detrás de la nuca y, cuando sentí sus brazos rodear mi cintura de inmediato, me sentí aliviada. Kane jamás rechazaba el contacto físico. Puede que fuera una tontería, pero a Daniel no le gustaba mucho y eso me hacía muy difícil acercarme a él, generar una sensación de intimidad.

—No le hagas caso, ¿vale? Lo único que importa es lo que pensemos tú y yo. Yo sigo queriendo estar contigo, Kane. ¿Y tú…?

—Por supuesto —susurró justo antes de besarme—. Lo que tu hermano diga no va a cambiar lo que siento por ti, Fabiola, por más daño que intente hacerme. —Apoyó su frente en la mía y supongo que sintió mi suspiro de alivio—. Estás preciosa esta noche. Estás preciosa siempre, Fabiola.

—¿Intentas seducirme? —pregunté en broma.

Kane había empezado a mover nuestros cuerpos, como si bailáramos una lentísima canción en medio de su salón.

—¿Funciona?

—Puede.

—¿Y por qué no pones música de verdad? —pregunté—. Nunca he bailado contigo y algo me dice que va a encantarme.

Kane desplegó una sonrisa lenta y silenciosa antes de pedirle a Alexa que hiciera sonar una canción. Eligió *Perfect*, de Ed Sheeran, y aunque nunca la había bailado, intuyo que Kane la seleccionó más por lo que decía que por lo bailable que fuera. Nos seguimos moviendo al mismo ritmo, de hecho. Estaba segura de que, vistos desde fuera, parecíamos dos personas completamente descompasadas, pero no me importaba. Él estaba allí, conmigo. Me estrechaba cada vez más contra su cuerpo y, sea lo que sea lo que mi hermano le dijera, no le había afectado tanto como para alejarse de mí.

Lo besé siguiendo a mis instintos, que no soportaban más la falta de contacto, y él entreabrió mis labios y me pidió sin palabras que le diera acceso a mi lengua. Lo hice, claro que lo hice. Aquellos días descubrí que, en realidad, haría prácticamente cualquier cosa que me pidiera Kane Right.

—No te imaginas cómo te deseo —susurró entonces Kane, apretándome más y haciéndome notar su erección—. No imaginas cómo te he deseado durante años.

Su confesión me estremeció y al mismo tiempo me pareció tierna, porque estaba mostrándose tal cual era, sin máscaras. Estaba confesándome, una vez más, cómo se sentía y yo me derretía por completo con aquellas palabras.

—Hazme el amor, Kane —susurré de vuelta.

No tuve que repetirlo. Pese a que la música sonaba en el salón, Kane me alzó en brazos con delicadeza y me llevó al dormitorio, donde la canción seguía sonando, pero de un modo más amortiguado. Allí me puso en pie el tiempo suficiente para despojarme de la ropa. Me desnudó tan rápido que me sorprendí, sobre todo porque en todo momento fue delicado y dulce. Hizo que

me tumbara en la cama y se desabotonó la camisa hasta mitad del pecho, pero luego paró, apoyó una rodilla en la cama, abrió mis piernas y me miró con tanto deseo que me estremecí.

—Te necesito tanto ahora mismo…

—Tómame —susurré, consciente de que jamás había dicho esas palabras antes. Solo Kane hacía que sintiera tal desesperación que no me importaba suplicar. Alcé las caderas y gemí de anhelo—. Hazme tuya, Kane.

Sentí el peso de mis palabras. Él jadeó, se tumbó sobre mí, aún a medio vestir, y atrapó mi boca con la suya de un modo tan voraz que me mareé. Sus manos parecían estar por todas partes, acariciaban mis pezones y un segundo después se perdían entre mis piernas, acariciándome y haciendo que la humedad entre ellas fuera insoportable. Me arqueé contra su cuerpo, sentí su polla en mi estómago y, aun así, cuando le supliqué que se quitara la ropa y entrara en mí, él sonrió con malicia y negó con la cabeza mientras mordisqueaba mi barbilla.

—Primero vas tú. Primero siempre vas a ir tú.

No pude quejarme. Bajó por mi cuerpo con rapidez y su lengua atrapó mi clítoris con tal agudeza que no tuve más opciones que gemir y abandonarme al placer.

Kane besó, chupó y lamió apenas unos minutos, porque el orgasmo llegó rápido y certero, como un rayo dando justo en el punto clave para hacerlo arder todo. Grité su nombre, me arqueé y, solo cuando mi cuerpo estalló, él se permitió alejarse un poco de mí y quitarse la ropa a toda prisa. Volvió a la cama en tan poco tiempo que hubiera sido gracioso, si no fuera porque el deseo que brillaba en sus ojos me robaba toda capacidad de pensamiento. Abrió más mis piernas, se coló entre ellas y me penetró hasta el fondo, sin pensarlo, porque sabía mejor que nadie lo húmeda y lista que estaba. Gimió mi nombre mientras se enterraba en mi cuerpo y cerraba los ojos y recuerdo que pensé que nunca antes había visto nada tan sexy como eso. Nada tan increíblemente sensual como Kane Right teniendo sexo.

Abracé sus caderas con mis piernas y lo insté a ir más rápido, pero se negó. Abrió los ojos, me miró y vi en ellos tantos sentimientos que me emocioné.

—¿Tienes idea de lo mucho que te quiero, Fabiola?

Aquello me sobrecogió. Por lo general Kane era dulce y sosegado, pero aquella noche, mientras me hacía el amor con la música de fondo, había algo intenso y casi salvaje en él. Lo besé en respuesta y, cuando nos separamos, pero aún con nuestros labios rozándose levemente, susurré.

—Creo que eres tú quien no tiene ni idea de lo rápido que yo estoy queriéndote a ti.

Se estremeció de tal modo que mi cuerpo le siguió. Kane entró más hondo, más profundo y con más lentitud aún. Aquel día no tuvimos sexo salvaje. Aquello iba mucho más allá. Teníamos sexo como un acto de amor, más que de satisfacción física, aunque esta llegara en forma de premio de todos modos.

Fue la primera vez que alcanzamos el orgasmo prácticamente al mismo tiempo y, cuando lo sentí estallar dentro de mí, me sentí más satisfecha que nunca antes en toda mi vida. Lo besé, dejé que me abrazara y me envolviera en su cuerpo, prácticamente, y supe que no importaba lo que pensara mi hermano o el resto del mundo: iba a luchar con uñas y dientes por aquello que tenía con Kane.

Estaba conociendo, al fin, lo que significaba amar a alguien con todo mi ser y no iba a permitir que me lo quitaran.

El problema fue que, mientras yo tenía esta certeza, Kane volvía a su mutismo. Me abrazó mientras dormía, como siempre, y me deseó las buenas noches, como siempre, pero había algo en él… que no cuadraba. Algo que me hacía latir el corazón demasiado deprisa, porque tenía la sensación constante de que, sin importar lo que dijera, las cosas no iban bien.

A la mañana siguiente, mientras desayunábamos, la sensación persistía. Kane estaba aún

más callado.

—¿De verdad estás bien? —insistí. Kane ni siquiera me miró, absorto como estaba en mirar al vacío a través de la ventana—. ¡Kane!

—Perdona, estoy… despistado.

Había más. Estaba completamente segura de que había más y el miedo, de pronto, se me atravesó en la garganta. Sobre todo cuando, al salir para su trabajo, besó mis labios y me miró como si no pudiera creer que yo estuviera allí, con él.

—¿Confías en mí? —preguntó entonces.

Mi corazón se aceleró. Aquello no me gustaba. No me gustaba nada pero, aun así, no tuve más opción que ser sincera. Asentí con la cabeza.

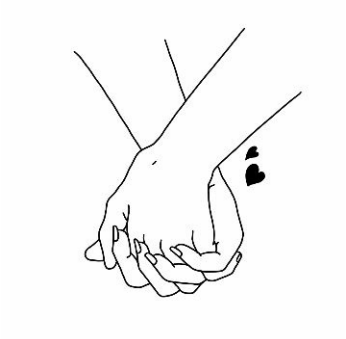
—Sí, Kane. Claro que sí.

—Te amo, Fabiola. Te he amado desde hace mucho y estoy seguro de que voy a amarte hasta el último de mis días.

Aquellas palabras llegaron a mi alma, no solo por bonitas, sino porque justo después Kane salió de casa y yo me quedé con la sensación de que, más que declaración, aquello había sonado a despedida.

# 36

# Kane



Durante los días siguientes mi cabeza estuvo dándole vueltas a las palabras de Adriano. No podía dejar de preguntarme si tenía razón. ¿Y si yo no era lo suficientemente bueno para Fabiola? Estuve raro, taciturno, reflexivo. No hacía más que pensar en las decisiones tomadas esos últimos años. Como cuando terminé la carrera y el posgrado y acepté el puesto que Holden me ofreció sin cuestionarme si eso era lo que realmente quería. A fin de cuentas, ¿cómo iba a negarme a trabajar con mi mejor amigo? Él había sido mi apoyo, me había ayudado en momentos malos y su abuelo era como un abuelo para mí. Los King eran mi familia, no quería decepcionarlos. Y por eso trabajé duro todo ese tiempo. Quería esforzarme para que se sintieran orgullosos, para demostrar que era competente y que podían confiar en mí.

Intenté conformarme con ese trabajo que no me llenaba porque no era tan malo. Compartía mi vida con Holden, lo veía a diario y lo que hacía se me daba bien, ¿no era eso suficiente? A fin de cuentas, el trabajo es trabajo, ¿no?

Pero Adriano había abierto una brecha en mi conformismo. Con sus palabras me había llenado de dudas, de posibilidades. Y luego estaba Fabiola, a la que se le iluminaban los ojos con pasión cuando hablaba de zapatos. Yo también quería tener algo con lo que se me iluminaran los ojos con esa misma pasión. De hecho, ya lo tenía. Tenía los vinos. Había dedicado mi tiempo

libre a especializarme en ello. Tenía un título de sumiller homologado y había hecho diferentes cursos sobre enología. ¿Y si por fin dejaba de pensar en los demás y empezaba a pensar en mí mismo?

No recuerdo muy bien en qué momento tomé la determinación de hacerlo. Puede que tampoco hubiera un momento en concreto, que esa decisión se gestara durante los días anteriores hasta coger la fuerza suficiente para llevarla a cabo. Solo sé que aquella mañana cuando llegué al trabajo lo supe. Que tenía que hablar con Holden, ser franco y hablarle de esos sueños platónicos que quería que dejaran de ser platónicos.

—¿Puedo invitarte a comer? Tenemos que hablar —dije después de terminar la última reunión de la mañana.

Acabábamos de salir de la sala donde acabábamos de discutir los pormenores del marketing para la temporada otoño-invierno, y teníamos dos horas antes de que empezara la siguiente reunión con el equipo de planificación.

Holden se detuvo de pronto en mitad del pasillo para examinarme con los ojos entrecerrados.

—¿Va todo bien?

—Ummmm… Sí. Más o menos. Preferiría entrar en detalles luego.

Siguió mirándome sin decir nada y asintió despacio, como si de alguna manera acabara de leer en mi expresión que lo que tenía que decir era algo serio.

Propuse ir al japonés que había cerca de la oficina y ocupamos uno de los reservados. Quería poder hablar con tranquilidad sin que el ajetreo de la gente a nuestro alrededor nos molestara.

Después de que nos sirvieran la comida, llegó el momento de las confesiones.

—Holden, puede que nunca te haya dicho esto, pero quiero que sepas que eres más que un amigo para mí. Eres mi hermano y mi familia. Estar a tu servicio todos estos años ha sido un

honor para mí, pero… —Me quedé en silencio unos segundos sintiendo como los nervios se apretaban en mi estómago, necesitaba encontrar las palabras adecuadas para expresar lo que sentía sin dar lugar a malentendidos.

—Pero quieres seguir tu propio camino, ¿no?

Lo miré sorprendido y él curvó sus labios en una sonrisa triste.

—¿Cómo lo sabes?

—Bueno, tu «tenemos que hablar» ha sido bastante esclarecedor, es la típica frase que usa la gente para romper una relación.

—Yo no quiero romper nuestra relación —dije apresuradamente.

—Pero no quieres seguir trabajando para mí.

Asentí despacio y traté de explicarme mejor.

—No me malinterpretes. Me ha gustado estar a tu lado todos estos años, he aprendido mucho sobre el mundo de los negocios y me ha encantado ayudarte a mejorar el tuyo. Sin embargo, creo que ha llegado el momento de cerrar esa etapa y abrir una nueva.

—¿Quieres abrir tu propio negocio?

Volví a asentir.

—He estado estudiando y formándome en enología durante mucho tiempo, y quiero comprarme un viñedo y convertirme en vinicultor. El mundo del vino es mi verdadera pasión, Holden, y ha llegado el momento de darle cabida en mi vida.

La sonrisa triste de Holden se transformó en una expresión de asombro.

—¿Enología? ¿En serio? ¿Quieres ser vinicultor? ¿Y por qué nunca me hablaste de ese sueño?

Me encogí de hombros con suavidad.

—No lo sé. Creo que es por mi complejo de inferioridad. Yo no tengo una familia

importante que me respalde. Estoy solo en el mundo, vengo de lo más bajo. A la gente como yo no se le permite soñar muy alto.

Un breve silencio. Luego:

—Eso no es cierto, Kane. Sí tienes una familia importante que te respalde. Me tienes a mí. Los King somos importantes, ¿no? Y como has dicho antes, somos hermanos. Yo siempre estaré aquí para ti. Así que sueña todo lo alto que quieras.

Se me humedecieron los ojos. No pude evitarlo. Escuchar a Holden tener esa confianza ciega en mí fue como un abrazo cálido, de esos que recomponen tus pedazos cuando estás un poco roto.

—Gracias por decir eso.

—No, gracias a ti por tu dedicación y esfuerzo todos estos años. Estoy seguro de que has sido clave para el crecimiento y desarrollo de *Coffee King*. No sé muy bien qué haré sin ti a partir de ahora —dijo con la voz un poco rota.

—Puedes seguir llamándome siempre que lo necesites.

—Eso espero, porque dudo que pueda sustituirte.

Sus ojos también se humedecieron e intercambiamos una mirada llena de emociones compartidas. Aunque disimulamos rápido con un carraspeo, porque eso de llorar juntos era algo que no habíamos hecho nunca antes y no empezaríamos ahora.

***

Aquella misma tarde fui a ver a Adriano en su casa. Sabía que tenía que compartir esa decisión con Fabiola también, pero antes de eso quería tener una última conversación sincera con mi amigo. Tenía la esperanza de poder seguir llamándolo amigo a pesar de todo.

Llamé a la puerta y esperé. Adriano abrió y se sorprendió al verme, aunque al contrario de lo que había previsto no me pidió que me marchara, sino que me dejó pasar con un gesto. Fuimos al salón, me senté en el sofá y Adriano sirvió dos copas de whisky. Parecía alicaído, mucho más que la última vez que hablamos en casa de Holden.

—¿Chiara y Julieta no están?

Adriano negó con un movimiento de cabeza.

—Chiara está entrenando y Julieta en la floristería. Creo que ella y Braulio hoy cerrarán tarde porque tienen un pedido importante que preparar.

Asentí, nervioso. Tener a un Adriano receptivo era algo nuevo.

—Quería hablarte sobre nuestra última conversación.

Adriano levantó una mano para interrumpirme.

—Lo sé, dije cosas horribles y me comporté como un capullo. En realidad, llevo comportándome como un capullo desde que pillé a mi hermana teniendo sexo contigo.

—¡No estábamos teniendo sexo! —me quejé.

—La cuestión es que me jodió tu mentira, y me jodió que estuvieras liado con mi hermana pequeña. Pero fui demasiado duro contigo y lo siento, ¿vale? Probablemente haya sacado las cosas de lugar, pero no estoy en mi mejor momento y tú me has servido como saco de boxeo. Julieta el otro día me hizo ver que me había pasado de la raya y que si seguía así acabaría por joderlo todo.

Fruncí el ceño sin comprender.

—Creo que necesito más información.

Se llevó una mano al cabello y lo removió nerviosamente.

—Julieta y yo llevamos un año intentando tener un bebé. Pero no hay forma de que ella se quede embarazada y me siento más frustrado y susceptible que de costumbre.

Lo miré sorprendido por su confesión, pues en todo ese tiempo nunca nos había dicho nada sobre su deseo de convertirse en padre de nuevo.

—Vaya, no tenía ni idea. ¿Os habéis hecho pruebas?

Adriano asintió.

—En teoría todo está bien, ambos estamos sanos y somos fértiles, pero… no sé, no llega. El médico dice que tengamos paciencia, pero la paciencia no es lo mío, ya sabes. Y me muero de ganas de tener una mini Julieta correteando por casa y jugando con Chiara. Nada me haría más feliz.

Asentí, empatizando con su deseo.

—Llegará, estoy seguro.

Adriano me miró resignado y suspiró.

—Eso espero.

Nos quedamos un momento en silencio, hasta que recordé el motivo por el que decidí ir hasta allí.

—En realidad yo había venido aquí para contarte que he renunciado a mi trabajo con Holden para convertirme en el hombre ambicioso que Fabiola merece. —Le conté todo pausadamente, intentando sonar firme y convencido, a pesar de las dudas que tenía en mi interior. Porque a fin de cuentas hacer aquello sería dar un salto al vacío sin saber si había agua debajo.

—Mierda, Kane, ya te lo he dicho. No hablaba en serio, no necesitas demostrarme nada.

—No lo hago para demostrarte nada a ti, sino a mí. Tú solo me diste el empujoncito que necesitaba.

—¿Y lo sabe ya mi hermana?

—No, aún no. Se lo diré esta noche.

Adriano me observó con atención, evaluándome.

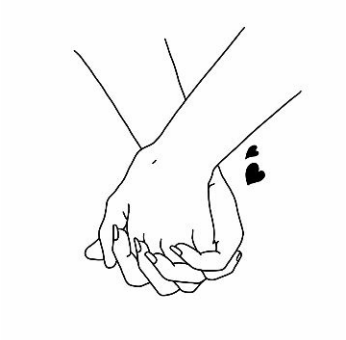
—Si estás realmente decidido a hacerlo, adelante. Sé que lo conseguirás. El otro día no mentía cuando te dije que creo que tú eres el mejor de los tres. Seguro que Holden estaría de acuerdo en eso. Cuenta con mi respaldo. —Dibujó una pequeña sonrisa en sus labios, la primera sincera que veía en las últimas semanas—. Supongo que, después de todo, podrías llegar a ser lo que mi hermana necesita. —Levantó su copa y la chocó suavemente con la mía—. Por Fabiola, entonces.

—Por Fabiola —respondí.

Compartimos una sonrisa y el ambiente entre nosotros se relajó. Sentí alivio al ver cómo, después de todo, Adriano y yo volvíamos a ser los grandes amigos de siempre.

37

# Fabiola



Para ser honestos, yo ya sabía que algo le ocurría a Kane desde la cena en casa de Holden. Había algo raro en el ambiente. Él parecía ausente casi todo el rato. Hablábamos, sí, pero no como siempre. Había instantes en los que parecía desconectar perdido en su propio mundo. Y yo… lo confieso: tenía miedo. Tenía miedo de que lo que fuera que le dijo Adriano aquel día hubiera abierto entre nosotros una brecha demasiado profunda como para poder cerrarla de nuevo.

La cuestión es que aquella noche, cuando llegué a casa de Kane después de una larga jornada de trabajo, tuve un presentimiento. Es decir, fue abrir la puerta del piso con la llave que Kane me había dado semanas antes y sentir un escalofrío recorrerme de arriba a abajo. Se respiraba algo… diferente. Y simplemente lo supe. Que se había producido un cambio definitivo en Kane.

Dejé el bolso en el recibidor y salí corriendo hacia el salón. Kane estaba sentado en el sofá y respiré aliviada, pero el alivio se convirtió en angustia cuando vi unas maletas a su lado.

—¿Te vas?

—Fabiola, siéntate —dijo palmeando su lado del sofá.

Pero yo sentía que me faltaba el aire. Sentí el estómago hecho un nudo y el pulso latirme fuerte en las sienes.

—No quiero sentarme, quiero que me respondas. ¿Te marchas?

—Sí, pero…

—¿Vas a dejarme? —El corazón subió por mi garganta y se quedó allí atravesado.

Hacía algo más de un mes que había descubierto a mi prometido morreándose con otra persona, y el dolor de entonces no era nada comparado con el dolor de ahora. La idea de perder a Kane me pareció de pronto tan insoportable que todo mi sistema colapsó. Las lágrimas empezaron a brotar de mis ojos en cascada.

—Eh, Fabiola, no. —Kane se puso en pie y me rodeó con sus brazos—. No voy a dejarte. Llevo años esperando por ti, ¿cómo voy a dejarte escapar ahora?

Me limpió las lágrimas con los pulgares y lo miré a los ojos. Sonaba sincero. Y sonreía. Kane… sonreía. Después de semanas viéndolo triste y tenso, fue refrescante verlo sonreír.

—Entonces, ¿a que vienen esas maletas? —Las señalé—. ¿A dónde te vas?

—Deja que te lo cuente.

Kane me cogió de la mano y me llevó con él de vuelta al sofá. Después de eso, me acunó el rostro y me besó con suavidad los labios.

—¿Y bien? —pregunté ansiosa.

Kane sonrió, cogió mi mano entre las suyas y después de un breve silencio reflexivo, dijo:

—El otro día Adriano me dijo algo que me hizo pensar. Me insinuó que yo no era la persona adecuada para ti, porque no tenía ambiciones y que tú debías estar con alguien que sí las tuviera.

Bufé y me enfadé.

—Mi hermano no tiene derecho a opinar sobre mi vida, Kane. ¡Tú sí eres adecuado para mí!

—Lo sé, pero quiero ser mejor, Fabiola. No te mentía cuando dije que quería dártelo todo. La boda, la casa, los niños. Y, también, una versión mejorada de mí mismo.

—No te cuestiones quién eres por culpa de mi hermano.

Kane me miró con ternura y suspiró.

—No se trata solo de Adriano, Fabiola. Se trata de mí. Durante mucho tiempo he estado viviendo una vida que no me satisface por completo. He estado a la sombra de los demás, complaciendo a todos menos a mí mismo. Pero eso va a cambiar. Quiero perseguir mis propias metas, mis propios sueños, para poder estar a la altura de la mujer increíble que eres tú.

—Tú ya estás a mi altura.

—Imposible. Tu grandeza es inalcanzable. —Kane tomó mis manos entre las suyas y las apretó con cariño—. Hace un tiempo me dijiste que debía dedicarme a la enología si era lo que me gustaba, ¿recuerdas? —Asentí con cautela—. Lo he estado pensando mucho y creo que eso es justo lo que debo hacer. Quiero amar lo que hago, igual que lo haces tú.

Mis ojos se abrieron con sorpresa.

—¿Vas a dedicarte a los vinos?

—Esa es la idea. Quiero producirlos y luego comercializarlos

—Guau… eso es… impresionante.

—Y difícil, sobre todo cuando empiezas de cero como es mi caso. Por eso mañana vuelo hasta California. Tengo conocidos allí que gestionan sus propios viñedos y se han ofrecido a enseñarme el negocio desde dentro.

Miré las maletas comprendiendo de pronto por qué se encontraban allí. El corazón en mi garganta subió un poco más.

—¿Y cuánto tiempo vas a estar fuera?

—Unos meses. También quiero visitar viñedos de otros lugares para inspirarme. Luego volveré y empezaré a buscar un viñedo por Hudson Valley, está cerca y de esta forma podremos encontrar la manera de que lo nuestro funcione. ¿Es egoísta pedirte que me esperes?

Negué con un movimiento de cabeza, intentando ordenar mis ideas

—Tú has esperado por mí una década entera. ¿Qué son unos meses comparado con eso?

Además, te admiro por ser valiente y luchar por lo que quieres.

Una sonrisa incontenible se dibujó en sus labios.

—Te llamaré todos los días.

—Y yo te escribiré a todas horas.

Su sonrisa se amplió y yo intenté asimilar todo lo que se me venía encima. Porque tener a Kane en mi vida esas semanas de incertidumbre habían servido para evadir la realidad. Quizás, después de todo, sería bueno tener aquel tiempo en solitario para poner todas las piezas de mi vida en su sitio.

Aunque…

—Creo que voy a tener que comprarme un vibrador. Me has malacostumbrado a los orgasmos, ahora me niego a vivir sin ellos.

Kane se rio y me atrajo a él. Su olor me envolvió y odié no poder capturarlo en algún frasco para poder olerlo cuando lo echara de menos. ¿Y si le robaba una sudadera? Eso serviría.

—Aún nos queda esta noche —dijo separándose un poco para mirarme a los ojos—. Puedo proporcionarte unos cuantos orgasmos antes de marcharme como compensación.

—Eso me gusta.

—Pero antes de eso quiero proponerte algo. —Le hice un gesto para que hablara y él prosiguió —: Me dijiste que querías buscar un piso de alquiler mientras vendías el piso que compraste con Daniel, ¿verdad? —Asentí—. ¿Y si te quedas en este apartamento? —Abrió los brazos como si quisiera abarcar todo el espacio—. Yo no estaré, así que será como si fuera tuyo.

Parpadeé llevada por la sorpresa.

—¿Quieres que viva aquí?

—Solo sí tú quieres. Sé que es pequeño y que tú estás acostumbrada a vivir en lugares más espaciosos, así que no pasa nada si dices que no. Lo entiendo.

Miré el apartamento de Kane, dejando que todos los recuerdos de las últimas semanas volvieran a mí. Aquel lugar era un refugio y, además, vivir en él sería una forma bonita de seguir conectada a Kane.

—Vale, acepto tu propuesta.

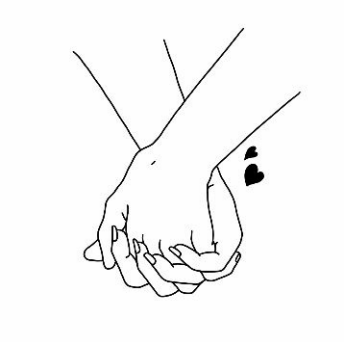
—¿En serio? —Kane no cabía en sí mismo del entusiasmo.

Asentí y Kane volvió a envolverme entre sus brazos. Su boca buscó la mía y deslicé mi lengua en su interior en un beso húmedo y caliente.

Aquella noche Kane cumplió su palabra y me compensó con un puñado de orgasmos que me servirían para hacer más dulce la espera.

38

# Fabiola



Un año después de despedirme de Kane en nuestro apartamento de Nueva York, conducía en solitario por primera vez hacia el viñedo que Kane había comprado hacía muy poco tiempo en Hudson Valley, irónicamente muy cerca de donde estuve a punto de casarme con Daniel. Había estado allí antes, por supuesto, pero siempre conducía él, o un chófer. Ese día, en cambio, el mensaje que decía “ven sola” me dejó claro que debía lanzarme a conducir hasta allí por primera vez. Y además me hizo imaginar un sinfín de posibilidades porque, si algo había descubierto en el último año, era que Kane tenía a su disposición una imaginación prodigiosa. Y eso se atañía a todo: el sexo, nuestra relación, su trabajo…

A veces me reía de él y le decía que era un poco indignante que todo se le diera tan bien. Entonces él me recordaba que había pasado años trabajando en algo que no llenaba su corazón por conformismo. En efecto, no era perfecto, pero estaba muy cerca de serlo, al menos para mí.

Quería verlo. Ansiaba el momento de poder besarlo de nuevo. Lo cual era un poco estúpido porque lo había besado esa misma mañana, muy temprano, cuando él se marchó sin decirme adónde.

Había pasado un año desde que nos despedimos, Kane estuvo unos meses en California, donde nos veíamos poco y nos llamábamos mucho, y luego empezó a viajar a distintas partes del

mundo para aprender de los mejores enólogos de aquí y de allá. A algunos de esos viajes me apunté con él y así fue como descubrí que Italia es un país muchísimo más bello en compañía, por ejemplo. Había estado antes, pero nunca la había disfrutado igual.

Quizás tenía que ver el hecho de haber hecho el amor con Kane en un viñedo de la Toscana al atardecer. El recuerdo de ese momento concreto todavía me hacía mojar ciertas prendas. Y Kane lo sabía, porque cada vez que hablábamos de ese día una sonrisa traviesa bailaba en sus labios. Al final tenía razón: nada como un hombre que sepa ser dulce o empotrador, dependiendo de la ocasión.

En ese año pasaron muchas cosas: una de las más importantes es que Julieta al fin estaba embarazada. Después de saber la lucha que mi hermano y ella mantenían por intentar tener un bebé, me ablandé un poco con él, porque lo cierto es que al principio sentía mucho rencor y rabia por haber tratado mal a Kane. Al final entendí que en la vida todos pasamos por épocas en las que las circunstancias nos hacen comportarnos como una mala versión de nosotros mismos. Pero ahora, por fin, Julieta estaba embarazada y no de uno, sino de dos bebés. La noticia de que iban a tener mellizos fue tan grande que hicimos varias fiestas para celebrarlo. Por otro lado, Chiara empezó a ganar competiciones importantes de patinaje. Cada vez era menos la niña pequeña que soñaba con algo y más la adolescente que se había propuesto conseguirlo. Era realmente increíble verla alcanzar sueños.

Otra de las cosas buenas que habían ocurrido era que había sacado una colección de zapatos inspirados en los viñedos con los que Kane soñaba y estaban triunfando en medio mundo. Aquello era importante, no solo por el reporte económico, sino porque pude ver el modo en que Kane se emocionaba al saber que algo inspirado en él y su sueño había llegado tan lejos como estaba llegando él. Estaba convencida de que, con el paso de los años, Kane sería uno de los enólogos más prestigiosos del mundo.

Llegué, por fin, y aparqué en la entrada, justo al lado del coche de Kane. Miré mi teléfono

para obtener la ubicación exacta, porque me la había enviado por mensaje, y comencé a caminar entre los viñedos.

Por suerte, llevaba unos zapatos cómodos porque ya había estado allí antes y sabía que el terreno podía ser inestable. Aun así, me había puesto un vestido que sabía que a Kane le encantaba porque, si él estaba planeando una sorpresa para mí, fuera cual fuera, quería que acabara con él despojándome de la ropa.

Al fondo, la enorme casa del viñedo en obras me saludaba. Kane estaba haciendo un gran trabajo con ella y, cada vez que pensaba que algún día cercano la usaríamos para pasar fines de semana y vacaciones allí, un escalofrío recorría mi espalda. Uno bueno, porque podía imaginarlo todo: los hijos, las mascotas y, sobre todo, el hombre al que más había querido y querría nunca abrazándome cada noche.

Me llevó un poco dar con la ubicación exacta, porque Kane era mucho más experto que yo en eso de no perderse entre viñas y el teléfono me marcaba toda la zona, en vez del punto concreto, pero de pronto oí una música de fondo y supe que se trataba de él. Metí el teléfono en mi bolsillo, me dejé llevar por el sonido y, en pocos minutos, llegué hasta un extremo del viñedo, donde había un claro precioso. Un claro en el que hicimos el amor cuando por fin fue propietario. Lo nuestro, al parecer, era ir haciendo el amor en viñedos del mundo… y estaba feliz con eso.

Sonreí cuando vi a Kane hasta que me di cuenta de que estaba vestido con un traje completo de chaqueta. Eso era raro. O sea, mientras trabajó para Holden siempre vestía así, pero cuando se dedicó por fin a lo que amaba, solía vestir con pantalones y camisas los días de reuniones importantes y, el resto, con pantalones y camisetas mucho más informales y que le quedaban como un guante. Que estuviera tan bien vestido era raro, como también lo era la manta de picnic extendida sobre la tierra, la cesta con el vino y el queso o las uvas repartidas en pequeños platos. Raro y romántico, así que mi sonrisa volvió mientras me acercaba a él ya con los brazos

extendidos y la firme intención de besarlo.

—Tardaste demasiado. Te eché de menos —murmuró justo antes de darme el gusto y besarme.

Me reí sobre su boca, feliz de provocar todo aquello en él.

—Bueno, he venido conduciendo con calma y reflexionando mucho.

—Ah ¿sí? ¿Reflexiones buenas?

—Ajá. Pensaba en ti y en mí.

Kane sonrió con tal dulzura que me derretí.

—¿Quieres expresar esos pensamientos en alto?

—Te amo, Kane Right, te amo con toda la fuerza de mi corazón. Eso es, básicamente, lo que pienso el noventa por ciento del tiempo. En lo increíble que eres y lo mucho que te amo.

Sus ojos se suavizaron y sus brazos me estrecharon con más fuerza.

—Sabes que siento lo mismo, ¿verdad? —Asentí—. Te amo muchísimo. Por eso necesitaba hacer esto.

Señaló la manta y sonreí.

—¿Un picnic?

—Algo así.

Fruncí el ceño. No entendía bien a qué se refería, pero entonces él se separó de mí, clavó una rodilla en el suelo y me miró con nerviosismo.

—Kane…

—Pensaba hacerlo luego, después de unas copas de vino y algunos besos lánguidos, pero

estoy tan nervioso que no puedo esperar más. Te amo, te lo he dicho hace unos segundos, te lo digo ahora y te lo volveré a decir cada día de nuestra vida. Hace ya un tiempo te dije que algún día quería tenerlo todo contigo y no mentía, Fabiola. La casa, la boda, los niños, el perro. Todo. Contigo lo quiero todo, así que: ¿Qué me dices? ¿Me concederías el inmenso honor de convertirte en Fabiola Right? ¿Quieres casarte conmigo?

Mentiría si dijera que no imaginé ese momento. Lo hice, pero todas y cada una de las veces me reñí a mí misma y me recordé que yo ya había estado prometida una vez y no había sido, ni de lejos, el cuento que imaginaba. Sin embargo, esto era distinto. Yo no había tenido que insinuarlo ni una vez. Yo… ni siquiera sabía si Kane lo contemplaba ya. Sabía que llegaría, porque lo habíamos hablado mucho y él estaba haciendo obras en la casa para que nos mudáramos, pero a la hora de la verdad me puse tan nerviosa como si no hubiera tenido ni idea. Y, sin embargo, todo lo que tuve que hacer fue seguir los latidos de mi corazón, que me gritaban la respuesta desde mi interior.

—Sí, Kane. Por supuesto que quiero casarme contigo. Yo contigo lo quiero todo.

Me di cuenta, al hablar, de que las lágrimas resbalaban por mis mejillas. Lágrimas de felicidad, porque nunca pensé que llegaría a tenerlo todo de ese modo. Sencillo, íntimo, solo él y yo amándonos y planeando nuestra vida en conjunto.

Kane me puso una preciosa alianza que me había comprado y se levantó para abrazarme y besarme con una intensidad que me estremeció. Sonreí en su boca de nuevo y, cuando nos separamos y me ayudó a sentarme en la manta, no pude evitar fijarme en los destellos que lanzaba mi alianza cuando el sol del atardecer le daba.

—¿Te gusta? —preguntó él con una sonrisa.

—Me encanta —susurré—. Y me gustará más cuando la combine con mi anillo de casada.

Kane sonrió, me besó y, casi sin darme cuenta, me tumbó en la manta mientras su lengua

empezaba a juguetear con la mía.

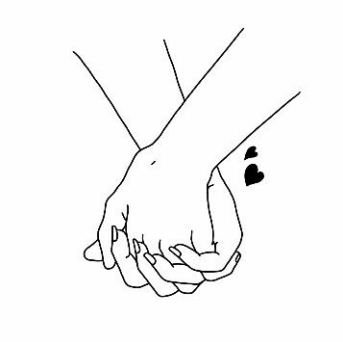
—Voy a hacerte el amor, futura señora Right.

—Ya tardabas, señor Right. Soy toda tuya.

Algo brilló en sus ojos. El orgullo, la felicidad, el agradecimiento. El amor más puro que había visto nunca brillar en los ojos de nadie. Sonreí, tiré de su camisa hacia mí y, cuando sus labios tocaron los míos, supe que estaba, por fin, en casa.

Epílogo

# Fabiola



Recogí la cola de mi vestido con un nudo, sin importarme que estuviera sucio, porque ya había cumplido su función. Llevaba solo unas horas casada con Kane y ya podía decir, sin miedo a equivocarme, que estar casada con él era lo mejor que me había pasado en la vida.

Esta vez no opté por una gran boda. Eso ya lo intenté una vez y era evidente que no había resultado. Después de lo ocurrido, decidimos casarnos por lo civil en una ceremonia íntima, rodeada de las personas más importantes de nuestras vidas y sin grandes aspavientos. Lo celebramos en la casa del viñedo con las personas más allegadas de nuestro entorno. La gente que estaba allí era la que de verdad se alegraba de que hubiéramos dado aquel paso. Los que nos querían por quienes éramos y no por lo que hacíamos o teníamos. Incluso Adriano que tanto parecía haberse opuesto a nuestra relación en un inicio, había soltado alguna lágrima durante la ceremonia. Puede que haberse convertido en padre de nuevo le hubiera ablandado. Eso o que el dormir poco le sentaba bien, pues me constaba que los mellizos daban mucha guerra por la noche.

Hicimos una barbacoa al estilo de los Romeo, con mucha comida, bebida y buena música. Bailamos hasta que nos dolieron los pies y, cuando eso pasó, nos quitamos los zapatos y seguimos bailando. Puse a buen recaudo mis tacones, porque había grabado en las suelas las iniciales de Kane y mías y quería mantenerlos de recuerdo, pero bailar descalza con la luna

iluminándonos y Kane mirándome como si fuera alguien increíble era todo lo que quería hacer esa noche.

Había sido una boda completamente perfecta, a excepción de una escena que jamás hubiéramos pensado. Easton, el «hermano menor» de Kane llegó a la ceremonia con su mejor traje y una sonrisa que se congeló en su rostro en cuanto vio a Nora, la hermana de Becca.

—¿Tú? ¿Qué haces tú aquí? —preguntó en un tono que yo jamás le había visto.

Easton era un gran chico. Kane lo adoraba y yo no necesité mucho para hacerlo también. No era conflictivo, ni le iban las discusiones. En cuanto veía una situación tensa se quitaba del medio, así que me quedé a cuadros con su reacción.

—No, ¿qué haces tú aquí? —preguntó Nora—. ¿Es que no puedo librarme de ti ni en los actos familiares?

Eso fue aún más sorprendente. Nora nunca, jamás, hablaba en ese tono.

Nueva York es inmensa, de verdad, pero por alguna razón, resultó que Easton y Nora eran archienemigos en la universidad. Me percaté entonces de que el famoso Byte que tanto criticaba Nora no era otro que Easton. Y la famosa “tocapelotas” de la que él hablaba constantemente era… Aquello era tremendo.

Miré a Kane entrando en pánico. Acabábamos de casarnos y ya teníamos que lidiar con un conflicto como aquel, pero mi recién estrenado esposo se llevó a Easton a un lado y, no sé qué le dijo, pero sé que se mantuvo calmado el resto de la celebración. En aquel momento estaba sentado en una silla comiendo ganchitos y mirando a Nora bailando con el ceño fruncido y ojos de odio, pero contra eso no podíamos hacer mucho. No íbamos a cambiar el odio que sentían el uno por el otro, pero si se mantenían alejados y se comportaban, nos servía. Siempre y cuando no establecieran ningún tipo de relación, todo iría bien.

Sentí unos brazos rodearme y, por primera vez, no eran los de Kane, sino los de Arielle. Me

alegró mucho ver a mi amiga bailar tan contenta, porque lo había pasado mal desde que su última relación amorosa había fracasado. Juro que, por más que lo pensaba, no entendía cómo tenía tan mal suerte en el amor. Era una mujer preciosa, carismática, lista y… no era justo. Deseé que encontrase a un hombre que de verdad la mereciera, porque no conocía a nadie que deseara amar y ser amada tanto como ella. Y que se lo mereciera tanto.

—Tengo algo que decirte —me dijo antes de soltar una risita.

Estaba un poco borracha, pero no podía juzgarla. Yo misma iba avispada.

—Tú dirás.

—¡Me vengo a Nueva York!

—¿Cómo?

—Una chica me ha encargado su vestido de novia. Tiene dinero, Fabi. Muuuuucho dinero. Como tú. Quiere que esté aquí y haga su vestido y he dicho que sí. ¡Nos podremos ver más! Y no estaré tan sola.

Me quedé parada en el sitio, sujeté su cara con ambas manos e hice que me mirara fijamente. O todo lo fijamente que puede mirar una persona que ha bebido.

—¿Estás hablando en serio?

—Sí, ¿te hace ilusión? Porque a mí me encanta saber que vamos a estar más tiempo juntas.

Grité. Di un grito que hizo que Kane viniera a mi lado de inmediato y varios en la familia preguntaban qué ocurría. Abracé a mi amiga, ignorando a todo el mundo, incluido mi marido, y sollocé en su cuello. También iba achispada, como he dicho, así que fue fácil perderme en los sentimientos desmedidos.

—Seré tan feliz teniéndote aquí. ¡Tanto!

Mi amiga soltó una carcajada enorme, dio una vuelta sobre sí misma, para celebrar su

alegría y, de no ser porque Kane la sostuvo, se habría caído al suelo, pero lejos de desanimarla eso la hizo reír más alto.

—¡La vida es maravillosa! ¿A que sí, Fabi?

—¡Lo es! —dije riendo a carcajadas.

—Creo que es hora de sentarse un poquito, ¿qué me dices, Arielle? —Kane le sonrió con dulzura mientras la guiaba hacia una de las sillas, al lado de Easton.

—Eres un gran hombre, Kane Right. Un gran gran hombre. —Palmeó su mejilla de un modo que me hizo reír más.

Definitivamente, Arielle borracha era algo que no había visto mucho y me gustaba.

Me quedé bailando en la pista, pero no tardé en sentir unos brazos de nuevo. Y esta vez sí que eran los de Kane. Lo miré sonriendo, acaricié sus hombros y enlacé mis manos detrás de su nuca.

—¿Qué sientes al estar casado con una Romeo?

—En realidad, no mucho. —Fruncí el ceño y él rio—. Pero me encanta estar casado con una Right.

—¡Eh! —me ofendí—. Te dije que, aunque mi apellido cambie, yo siempre voy a ser una Romeo.

—Lo sé, cielo, lo sé. Y sabes que, si quieres, puedes mantener tu apellido. Añadiremos el mío con un guion detrás.

Sonreí. Esa era solo una de las millones de razones por las que amaba tanto a Kane. No había nada que le importara más que nuestra relación. Sabía que le hacía ilusión que llevara su apellido porque me había hablado muchas veces de la necesidad de crear su propia familia y hacerlo perdurar, pero no quería que yo renunciara a nada para lograrlo. Y aunque pareciera una

tontería, no lo era. No para mí, porque me hablaba de lo mucho que me quería y, sobre todo, lo mucho que me respetaba.

—He estado pensando… —murmuró justo antes de besarme—. Todavía no estás borracha, ¿Verdad?

—Contentilla —contesté con sinceridad—. Pero no voy a beber más. Quiero ser plenamente consciente de mi noche de bodas.

Kane me estrechó más entre sus brazos y descubrí, con sorpresa, que ya estaba excitado y una gran erección se apretaba contra mi barriga.

—Llevo un rato viéndote bailar e intentando disimular esto. Debería calmarme, pero es que me he puesto a pensar que ya tenemos muchas cosas de la lista, ¿no? La casa, la boda, el trabajo de nuestros sueños…

—Ajá. Cierto. ¿Qué tiene eso que ver con esto que noto? —dije apretándome más y besando sus labios.

—¿Qué te parece empezar esta misma noche a buscar otra cosa de esa lista? —Me quedé mirándolo, un poco confusa, y él sonrió, besó mis labios y llevó su boca a mi oído—. Hijos, Fabiola. ¿Qué te parece si empezamos a practicar para buscar esos hijos que tanto ansiamos?

Un estremecimiento recorrió mi cuerpo. Tiré de su cuello e hice que me mirara. Él sabía que yo tomaba las anticonceptivas, pero aquello… aquello era un regalo más de bodas. Era la promesa de que podía dejarlas cuando quisiera. Tragué saliva y sonreí.

—Podemos empezar ahora mismo —susurré.

—¿Ahora mismo?

—Ahora mismo. Toda esta gente está fuera de casa. Solo tenemos que entrar, subir a nuestra habitación y cerrar con llave.

—¿Y no te importa perderte de mi propia boda? —preguntó con una sonrisa canalla, usando el doble sentido, puesto que había huido de mi primera boda.

Me reí, tiré del cuello de su camisa y lo besé antes de morder sus labios.

—No me importa siempre y cuando mi marido venga conmigo.

No tuve que decir más. Kane cogió mi mano y, mientras todos nuestros seres queridos bailaban y brindaban por nuestro amor, nosotros entramos en casa y dimos comienzo a nuestra nueva y maravillosa vida.

# ¡Esto no acaba aquí!

¿Os ha gustado la serie de *Manhattan in love*? Pues tengo buenas noticias: ¡No acaba aquí! Hay muchos personajes interesantes que explorar y que merecen su propia historia. ¿Os atrevéis a adivinar quién protagonizará la siguiente? Os doy una pista: es pelirroja y tiene muy mala suerte en el amor ;-).

¿Qué más puedo decir? Que vosotras, lectoras, sois mi inspiración y mi motor para seguir adelante. Puede que no os lo diga suficiente, pero os debo todo lo que he conseguido hasta la fecha en este mundo de letras. Gracias, gracias y gracias por seguir eligiendo mis novelas.

Por último, os recuerdo que recibir vuestra valoración en Amazon es muy importante para mí. Me hacen muy feliz y me ayudan a seguir escribiendo.

¿Nos vemos en el próximo libro?

Os espero.

Con amor,

***Ella Valentine***

¡Ah! Acordaros de seguirme en mis redes sociales, porque vienen un montón de novedades y sorpresas y no quiero que os perdáis nada.

Instagram: https://www.instagram.com/ellavalentineautora/

Facebook: https://www.facebook.com/ellavalentineautora/

También podéis seguirme en Amazon, de esta forma el propio Amazon te avisará cada vez que publique una novedad:

Amazon: https://www.amazon.es/Ella—Valentine/e/B07SGG42T8

# Novelas anteriores

**—Serie Manhattan in love**

Un acuerdo con Mr King: leer aquí

Una Julieta para Mr Romeo: leer aquí

**—Serie Highlanders de Nueva York**

No te enamores del highlander: leer aquí

Mi jefe es sexy y highlander: leer aquí

Maldito seas highlander: leer aquí

No te resistas al highlander: leer aquí

**—Serie Multimillonario&**

Multimillonario & Canalla: leer aquí

Multimillonario & Rebelde: leer aquí

Multimillonario & Libre: leer aquí

**—Serie Las chicas de Snow Bridge**

La chica que perseguía copos de nieve: leer aquí

La chica que cazaba estrellas fugaces: leer aquí

La chica que leía novelas de amor: leer aquí

**—Autoconclusivas**

Posdata: te odio: leer aquí

Multimillonario, soltero y sexy: leer aquí

Novio ficticio: leer aquí